Alfaro de Romero, Esperanza. (1949). Luna panameña.
Repertorio Americano, 45(20), 311

Luna panameña

A la culta
y distinguida educadora panameña
doña Manuelita de Spener.

En esta noche plácida y risueña
en que todo es ensueño, paz y calma,
tú me inspiras, ¡oh luna panameña!,
y tu recuerdo ha de vivir en mi alma!

Ya pasaron los años juveniles
con su cortejo de amores e ilusión;
lejos están aquellos quince abriles,
llenos de encanto, vida y emoción.

Sólo tú, luna bella, no has cambiado;
eres siempre la misma en tu sendero,
y rendida en los brazos de tu amado,
te inundas de su luz, y eres lucero.

Una noche planteada por sus rayos,
esplendente de luz y de añoranzas,
una noche en que todos tus vasallos
te confiaban secretos y esperanzas,

esa noche tan llena de armonías
entonó mi laúd sus dulces cantos;
y fuí feliz como en aquellos días
en que la vida brindóme sus encantos.

Ya cuando lejos de esta Tierra Istmeña
también te mire allá en mis tiernos lares,
no olvidaré, ¡oh luna panameña!,
que a ti confié mis dichas y pesares!

Panamá, Agosto de 1946.

Almanza, Esmeralda. (1955). A la madre. *Repertorio Americano*, 49 (5), 69.

A la madre

Dedicado a la madre en su día.

¡Madre! que con tus caricias endulzas el destino,
que nos das con tus besos el sublime néctar materno,
envío estos versos como elogio a tu nombre divino,
de crepúsculo suave, de un amanecer eterno.

Dedico esta ofrenda con el canto de mi más intima emoción,
tocar en palabras lo que palpita en mis labios,
y en alarde de mis adentros en pura confesión
decirte que eres la inolvidable ciencia de los sabios.

Quisiera que mis estrofas nacieran del fulgor que encierras
como visiones legendarias de tesoros orientales
derramar sobre ellas savia de la tierra
y dar a tu existencia mis rimas seculares.

¡Madre!, Diosa que al poeta sus cánticos inspira,
que al mundo concibes gloria de luz y armonía
y la eterna pureza de tu alma suspira
bajo las blancas alas de la hermosa poesía.

¡Madre! Himno sagrado de la naturaleza,
gloria inextinguible de lumbre que fulgura,
de la verdad humana vistes tu belleza
y vuestro sexo hermoso lo bendice. . . Dios de la altura.

San José, 15 de Agosto de 1955.

Almanza, Esmeralda. (1953). Aquella tarde. *Repertorio Americano*, 48(1), 14.

Aquella Tarde

Fué en aquella tarde que renació mi amor,
aquella tarde llena de oasis, de perfumes de placer,
creyendo que faltaba algo para matar mi dolor,
mi vida y mi alma entera te entregué como mujer.

Fue en aquella tarde, que pensaba en un amor fiel,
llegaste exuberante de luz y de ilusión,
y nuestras bocas juntamos con la miel
y nuestros labios se quemaron de pasión.

Y en aquella tarde envuelta de sombras y celajes,
respiras el ardor de mi sensualidad.
Y colgaba esta tarde de zafiros y paisajes,
di a tu vida canto, ternura y majestad.

Nos mirábamos iguales, con pasión encendida,
y estampando en tu rostro el rojo verbena,
quise ser la fuente en tu mañana florida
con mis besos quemantes de humana sirena.

Fué idilio encantado, arrogante de estrellas,
me sentí en tus brazos con fe conmovida
y fué en aquella tarde pletórica y bella
que a cambio de tu amor, te di entera mi vida.

Seguí viviendo de romances dorados,
las aves trinaban el canto primaveral
y las flores exhalaban aires perfumados,
sin pensar siquiera en la falsedad y en el mal.

Llegaban las noches, pasaban los días,
toda yo me confundía con la grandeza del mundo,
porque mi existencia entera se volvió poesía,
latiendo en mis labios… tus besos profundos.

Después, ¡oh, llegó el olvido! lleno de melancolías,
sumió mi alma en profunda meditación
y pensando en la imagen que alegrara mis días,
me desmayé esperando la ansiada compasión.

Y llegó el olvido con espíritu amargo,
y oyendo que me decía no quiere verte,
quise fundir mis sienes para no pensarlo
y pensé en Dios, en… ti y en… ¡la Muerte!

San José, Costa Rica. 1952.

Álvarez Brenes, Miryam. (1949). Anochecer. *Repertorio Americano*, 45(23), 372.

Anochecer

El sol se está anidando
en el confín del mundo.
La noche, sobre el día
vuelca su negro nimbo.
A lo lejos, se mira
la cortada silueta
de las altas montañas.
En el aire hay perfume
de polvo humedecido
y Reinas de la Noche.
Y en el inmenso cielo,
los ojos titilantes
de dos blancas estrellas,
se abren adormecidos.

8/X/48.

Álvarez Brenes, Miryam. (1949). El duelo de la Patria.
Repertorio Americano, 45(23), 372.

El duelo de la Patria

Notas tristes…
Notas graves…
las que
el armonio
desgrana.
Y desgrana
la trompeta
y hace tañer
la campana.

Notas de dolor
colmadas
y en la pena
cinceladas.
Notas,
que lloran hirientes,
al caer
de los valientes,
cual mustias
hojas de otoño,
al herirlos:
una bala

y otra bala.
¡Cuán tristes
son los arpegios
de ese
Duelo de la Patria!
¡Cómo
hacen vibrar
el cuerpo!
¡Cómo
hacen llorar
el alma!

Abril. 1948

Álvarez Brenes, Miryam. (1949). Flores de abril.
Repertorio Americano, 45(23), 372.

Flores de abril

Cuando la lluvia
besa los campos,
por vez primera
en el mes de abril:
los cafetales,
tornan su traje,
de verde tierno
a blanco marfil.

Se ven entonces
albos los campos;
y el aire todo
huele a pensil.

Con esas lluvias
puras primeras,
viste de bodas
el cafetal.

Y el viento alegre,
llena de aromas,
el aire puro
de la ciudad.

Mayo. 1948

Álvarez Brenes, Miryam. (1947). Homenaje a don Roberto Brenes Mesén. *Repertorio Americano*, 43(21), 331.

Homenaje a don Roberto Brenes Mesén

Del albúreo mármol
de la blanca loza,
que guarda los restos
de ese ser mortal,
que pasó la vida
elevando su alma,
hacia el infinito
azul celestial:
caía una gota
y tras ellas otra,
de ese transparente
y nítido cristal
que los cielos lloran.
Y esa pura gota,
al rozar una hoja
de la tierna hierba
hacíala doblar;
mas, la hoja presta,
cual la luz del día
su erguida cabeza
volvía a levantar;
mientras las palabras
de una alma surtían.
Y yo comprendía
que hay hombres
que mueren,
pero que sus almas,
cual la tierna hierba
elevan su vuelo,
hacia el infinito
azul inmortal.

20/5/1948

Álvarez Brenes, Miryam. (1949). La canción de las ranas. *Repertorio Americano*, 45(23), 372.

La canción de las ranas

En el charco oscuro
las ranitas cantan:
gro-gro-gro-gro-gró,
mientras con sus manos
los vestidos lavan
y con sus patitas,
las arrugas sacan.

En el charco oscuro
las ranitas cantan,
con sus panderetas
los aires enzalsan,
mientras en las noches,
las lunas esmaltan
ese charco oscuro
del gro-gro-gro-gró.

Mayo. 1946.

Álvarez Brenes, Miryam. (1949). La danza de las gotas. *Repertorio Americano*, 45(23), 372.

La danza de las gotas

Las gotas de agua
son bailarinas
que el traje sueltan
para danzar,

cuando las nubes,
allá en los cielos,
abren sus ojos
para llorar.

Cantan y bailan
alegremente,
repiqueteando
en el tejar:

golpean los vidrios,
ríen y gritan.
Y antes que el agua
vaya a cesar:

Las gotas juntas
se dan la mano
y besan el campo
para bailar.

2 de octubre. 1946

Álvarez Brenes, Miryam. (1949). La lluvia. *Repertorio Americano*, 45(23), 372.

La lluvia

Lluvia, lluvia cristalina
que bajas a la colina
y entre la hierba te escondes.
Que las flores vas besando
y las vidrieras limpiando.
Que con tus hilos de plata
juegas en la tibia hamaca
de las ramas…
Y que luego quedamente,
vas cayendo gota a gota,
de una hoja a otra hoja…
Lluvia, yo te estoy mirando
desde aquí, donde las almas
todas en una se unen,
y miro cómo tus gotas
al caer, también se unen.

Mayo. 1946.

Álvarez Brenes, Miryam. (1949). La peinadora de la Virgen. *Repertorio Americano*, 45(23), 372.

La peinadora de la Virgen

Aún me parece
que a hurtadillas,
hago volar mis ojos
hacia aquella ventana.
Siempre está la viejita
que miré aquella tarde.
En sus regazos tiene
la crespa cabellera
de la Virgen Carmela.

Y sus manos,
que a veces,
torpemente se mueven,
ahora juegan lentas
con los negros cabellos.
Y así, sin desflecarlos,
con suavidad ingenua,
la peina y acomoda
de celestial manera.

Y de esas viejas manos,
que a veces,
ya muy torpes
dejan caer el rosario,
sale nítida y suave,
la crespa cabellera
que lucirá la Virgen
en procesión postrera.

24/IX/48.

Álvarez Brenes, Miryam. (1949). Las reinas de la noche. *Repertorio Americano*, 45(23), 372.

Las reinas de la noche

En el campo
del cielo,
los ángeles,
anoche hicieron fiesta:
tocaron sus panderos,
corrieron las estrellas,
se acercaron a la luna nueva,
y besaron los niños
de la Tierra.
Y al ser la media noche
huyeron de la Tierra
y sus flautas dejaron en la cerca.

30/XI/48

Álvarez, Rosa Elvira. (1938). Fina sensación. *Repertorio Americano*, 35(1), 12.

Fina sensación

El ojo verde de la naturaleza
siempre alerta e isomne
me mira desde el lago.
En su pupila me reflejo toda
envuelta en el abrazo sin presión
de un árbol.
Fina sensación,
quedarse presa en el cristal de un lago
en un abrazo de árbol.

Los labios frescos de la naturaleza
se pegan a mi carne
con su beso húmedo de musgo blando.
Me acaricia la lengua de un helecho,
y yo me voy transfigurando.
Fina sensación,
estoy clavada
entre ese ojo verde
y estos labios.

Alma del paisaje, voy tendida
en la pupila del lago…
envuelta toda en el abrazo sin presión
de un árbol.

Los Ángeles, Calif., 25 de dicbre. De 1937.

Álvarez, Rosa Elvira. (1937). Mar y tu. *Repertorio Americano*, 34(3), 36

Mar y tu

Esa línea verde
allá en la distancia
que separa el cielo
del mar verde-plata.
Esa estrella eterna
que parece un alga
bañándose quieta
en esta copa ancha.
Tú y yo perdidos
sobre espacio y playa,
las velas lejanas,
las gaviotas blancas,
¿no conmueven tu alma?
No, porque mis ojos
ven y no ven nada,
y la estrella es vieja
y la mar es agria,
y esa línea verde
no es verde ni es larga;
yo no siento nada,
tan sólo me acuerdo
de aquella voz blanda
que en la tarde quieta
me llamó su amada

Berkeley. Calif., 23 de junio de 1937

Álvarez, Rosa Elvira1. (1937). Nostalgia. *Repertorio Americano*, 34(3), 36

Nostalgia

Llevo una angustia en los ojos
y otra más honda en el alma
por haber visto estos cielos
y estos mares verde-plata.
Las manos las traigo pálidas
y largas por la nostalgia,
gaviotas de picos rojos
sin un hogar ni una patria.
Tras esta sonrisa dulce
hay otra sonrisa amarga,
por las sales de otros mares
y espejismos de otras aguas.
De arañar tanto el recuerdo
las uñas llevo gastadas,
la soledad ha vestido
de blanco todas mis lágrimas.
Quisiera volver a veros
esmeralda de mi patria,
Panamá que yo recuerdo
pequeña y enamorada
de los crepúsculos rojos,
sensual, joven, extasiada
con el traje a la rodilla
y una cesta de guayabas,
mostrando los dientes blancos
y una cintura delgada.
Ciudad, cabellera al sol,
ciudad, música lejana,
peinándote descuidada
entre abanicos de palma:
cuando yo te vuelva a ver
estaré ya tan cambiada.
Ha enmudecido la alondra
porque se rompió las alas.
Llevo una angustia en los ojos
y otra más honda en el alma…
Hoy, en lomos de un deseo
he llegado hasta tu playa;
cabalga la realidad,
la realidad tan amarga.
De tanto cruzar los mares
ya no mido las distancias;
me echo a volar otra vez
goteando vivas mis ansias.

Berkeley. Calif., 23 de junio de 1937

1 En los Angeles de California, esa ciudad, vive Rosa Elvira Álvarez, poetisa panameña, mujer de 23 años, poesía toda ella. Vive y muere en la ciudad extraña, lejos del paisaje nativo, del guayabo, del tamborito, del canto de la jagua y de la palomita Titibu. Su voz, de delgada nostalgia, se va hacia su Trópico, toda lágrimas. Su juventud canta en la noche de su angustia con los acentos de Delmira Agustini hacia la cual se acerca en su hambre de misterio y de vida. Nos ha enviado la joven poetisa panameña dos breves poemas y por ellos le auguramos un franco éxito. Panamá debe sentir el orgullo de esta voz nueva, y más aún su ciudad natal, David.

Rogelio Maldonado

Álvarez, Rosa Elvira. (1938). Prisión. *Repertorio Americano*, 35(1), 12.

Prisión

Qué triste es quedarse en casa
si hay alegría en el alma
y el corazón pide a gritos
castañuelas y maracas.

Cuando se es joven y alegre
qué triste es quedarse en casa.

El alma a obscuras y sola
como lámpara apagada
y una angustia inexplicable
amarrada a la garganta.

Qué triste se me hace el cuarto
hoy que tengo alegre el alma.

Y pensar que el tiempo corre
(sólo se le ve la espalda),
que la muerte anda rondando
y la juventud se acaba.

Qué triste se me hace el cuarto
hoy que tengo alegre el alma.

Prisiones que nos formamos
(qué prisión es esta casa)
y el corazón pide a gritos
castañuelas y maracas.

Los Ángeles, Calif., 25 de dicbre. de 1937.

Álvarez, Rosa Elvira. (1937). Puro diamante. *Repertorio Americano*, 34(10), 155

Puro diamante

Dices que tengo una voz
de rumba y tango,
y que a la vez puedo ser
diamante y mango.
Dices que voy bailando
hacia la muerte,
yo detendré mi baile
por retenerte.
Que has encontrado a todas
las que en mí habitan,
a la mujer de carne,
y a la infinita.
Que sacaste de ti
mi yo impreso,
y ahora lo devuelves,
lágrima y verso.
Yo no quiero dejarte,
siempre contigo,
quiero gustar la nieve
de mi delirio.
En verso te devuelvo,
diamante y mango,
yo sigo con mi baile
de rumba y tango.
Y seguiré contigo
lo mismo que antes,
puro mango del trópico,
puro diamante.

Los Angeles. California, agosto de 1937

Álvarez, Rosa Elvira. (1937). Tarde de mar. *Repertorio Americano*, 34(10), 155.

Tarde de mar

Versos y besos
a la orilla del mar,
olas que se cruzan
sin saber donde van.
Alas de gaviota
sobre espuma de ola,
un alma que es loca,
y otra alma que es sola.
Arenilla incierta
que se lleva el mar,
esta arena no sabe
si viene o si va.
Vidas que se cruzan,
velas que se alejan,
no saben si llevan,
o si dejan.
Versos, besos, velas,
eterno soñar.
Mi huella en la playa
¿quien la borrará?
Ala de gaviota,
espuma de ola,
ésta mi alma loca,
y ésa tu alma sola.
En el alba-rosa
un barco se irá,
cuando el sol se oculte
¿quién se acordará?
Versos y besos
a la orilla del mar;
almas que se cruzan
sin saber dónde van!

Los Angeles. California, agosto de 1937

Álvarez, Rosa Elvira. (1938). Telefonema. *Repertorio Americano*, 35(1), 12.

Telefonema

Terciopelo de tu voz
junto a mi oído,
golondrinas nostálgicas tus palabras
hallaron nido.

Tú leyendo esos tangos
–angustias vivas–
que despertaron mis ansias
adormecidas.

Serpentina desdoblada,
hilo invisible
que trocó lo borroso
en lo tangible.

Orquídeas tropicales
mis emociones
maravillosamente abiertas
por tus canciones.
Tu voz ondulante y larga
como un palmar
tenía sabor a cocos
de Panamá.

¡Hoy tú quién sabe dónde!
Mas nos unía
una exquisita y larga
melancolía.

Los Ángeles, Calif., 25 de dicbre. de 1937.

Álvarez, Rosa Elvira. (1938). Último poema. *Repertorio Americano*, 35(1), 12.

Último poema

Yo iba bailando por los caminos
y mis pies eran los tacones de la alegría.
En la cabellera llevaba peinetas de helechos húmedos
y con el alfiler largo de mi ingenuidad
ensarté estrellas en la lejanía
para hacerme un collar.
Pasaba por las ciudades
con el cuerpo lleno de sol;
me seguían las miradas de los hombres
blancas de pasión.
Yo iba tendida en un cáliz azul
que en los mares era barca de milagro
y en la tierra era milagro de luz.

Pero tú me has dejado en no sé qué playas frías
y voy entre las multitudes, sola,
con un paisaje triste dormido en la pupila
y una lágrima empañándolo como un encaje de ola.

Tú te haces pequeñito y mi dolor se agranda.
Ultimo poema a ti. Entre este verso y la muerte
otras bocas, otras lágrimas
como un vino claro y fuerte.

Y mis manos eternamente por la gran vía
mudas, dobladas, vacías.

Los Ángeles, Calif., 25 de dicbre. de 1937.

Amighetti, Cecilia. (1956). Guaraní. *Repertorio Americano*, 49(11), 175.

Guaraní…

Guaraní… sonoro y dulce.
Acentos indios de canción,
cantas tu raza noble,
carne de barro, libre el corazón!

Hoy tu nombre es un río,
hoy tu nombre es verdor
lluvia de clara música
alma de colibrí.

Guararí, Guararí…
en borrosas leyendas
que el tiempo nos legó
fue nombre de cacique…
Fue nombre de ilusión?

Hoy el campo repite
tu nombre musical
entre la lluvia buena
y el alto robledal.

Hoy tu nombre se siente
temblar en el pinar
y en el trueno lejano
de alguna tempestad.

Guararí, complejo
y tibio nombre,
encierras tantas cosas
que es bello
hablar de ti.

Y decir recordando
en dulce imaginar,
decir tu nombre alado…
Guararí… Guararí…

Sto. Domingo del Roble,
Costa Rica. 1951.

Amighetti, Cecilia. (1956). Mi canción. *Repertorio Americano*, 49(11), 167.

Mi canción

I

De lo hondo, de la sombra
o de la luz, casi de la desentrañable
tibieza de las cosas… salgo
para querer vivir sólo un minuto;
(la relatividad del espacio y del tiempo,
de tortuga o abeja, de silencio o bullicio,
de grito o de sollozo)
una alegría plena, un como recordar
de cosas idas y soleadas, un como presentir
futuros de fulgor inmutable.
Ese querer vivir viviendo
ese querer soñar viviendo
ese querer querer viviendo,
debo desmadejarlo del ovillo
del miedo o del silencio
Saltar de alados miembros juveniles
que buscan más allá de los caminos.
Desnudar a las cosas de misterio
con valor de mirarlas sin vendajes
de niebla en la retina.
Sacrificarlo todo:
—disparates, absurdos, garabatos—
por un minuto —relativo
como tiempo o espacio—
y en diabólico y santo desbordarse,
encontrar en recóndito, interno,
delicioso paraje,
la desterrada esencia de la dicha perdida.

II

Lo cotidiano es todo.
Sí, tantas cosas humildes
que llegan y nos tocan
¡Inocencia!
sin querer dejar huella, tan sencillas.
Mas si forman una totalidad, un contenido,
si son nuestra vida más real, por ser cercana;
qué dilema, qué falta de sentido que estremece.

III

Desde el acontecer a los distante
existe un paso largo como río
en que se juntan lágrimas y cantos
en un atormentar de desvarío.
Desde el acontecer a lo distante
(tiniebla ayer, luz en transcurso)
se siente la presencia de los(sic) cosas
tan viva y real cual en los poros mismos.
Antes misterio de silentes garras
mas hoy la vida en claridad constante.
Adolescencia: angustia. Experiencia
dolida de la doliente sombra,
para surgir como reacción violenta
en conciencia de acero y corazón de alondra.

IV

Ah! terrible, doliente desbordar de contenidos
detente, alerta, escucha.
¿Mas qué importan el niño en la ventana,
la muchacha que silba o la silueta?
Todo se desvanece. Todo muere.
Más doliente desbordar de cosas vivas,
más vivas en mi ser por ser mi ser,
detente para escuchar la voz de ese que canta.

Es más dulce su voz que tus sentidos,
más clara su retina que mis ojos,
¡y qué hermosa la vida si hasta él llega,
si en su sí se proyecta!
¿No es magnífico todo?
¿No es sublime?
Ah! mi sinceridad, cuando así te viertes me redimes.

Guatemala 1955

Antía Martínez, Carmen. (1955). Amanecer lozano.
Repertorio Americano, 49(1), 14-15.

Amanecer lozano

Risa en colinas
Carcajadas de oro
Amanecer lozano
Yo camino hacia ti.

Camino hacia ti
Prestísima, gozosa de albores
La mirada grande y bella
Puesta hacia el Sur.
Soy toda claridad!

Yo bajo del Norte
Y embelezada.
Camino hacia ti.

Mis pies sienten en su desnudez
La delicia de la alfombra
Tendida hacia el Sur
Y mi cuerpo anida un mensaje llegado!

Sorprendo la rotura de los cielos
Y un chorro de luces recojo!
Y el aire...
Que finísimo suena!

Niña soy en este amanecer lozano

Y mientras camino
Me alimento de mensajes
Traídos a mí por los elementos
Porque soy castísima y real.

Y hay una Paloma posada en mí
Mientras yo canto
Con mi flauta serena.

Nueva York,

Antía Martínez, Carmen. (1955). Este mi traje azul.
Repertorio Americano, 49(1), 14-15.

Este mi traje azul

En tu sana tibieza
Sol Poeta,
he bordado yo alegre
este mi traje azul.
Este mi traje azul

caído en mí
y ceñido amorosamente a mi cuerpo
con mis sueños;
un camino me ha abierto.
Y un ramo grande de mañanitas
señala hacia mi pecho.

Sol Poeta:
sobre la falta azul
caída,
hanse presto las flores
y con tal viveza quieren vivir
que adornándome se adoran.
¡Qué buen perfume
que dan mis flores!

Las mañanitas sobre mi pecho,
las tardes vivas, noches en flor
dalias, jazmines, geráneos mozos,
¡Cómo consienten mis alegrías!
¡Qué buen perfume
que dan mis flores!

Tú, Sol Poeta,
sano tu llegas
a mi aposento
donde yo guardo
frescas y claras
todas mis flores,
¡Qué buen perfume
que dan mis flores
cuando tú llegas
a mi aposento…

Y este sentido mi traje azul
abrióse hermoso junto a mis sueños
y en mi aire goza tu Juventud.

Nueva York

Antía Martínez, Carmen. (1955). Me he descubierto flor. *Repertorio Americano*, 49(1), 14-15.

Me he descubierto flor

Me he descubierto flor
Gritar de aurora!
Quién lo hubiera pensado
que yo llena de Gracia
En flor me convirtiera,
y en un suave mecer
mi alma se diera
con tal arrobamiento?

Danzo,
Sobre mi tallo
Consentida,
Amada y arrullada por el viento,
Y el Sol gentil
Se ha desprendido un rayo
y ensartólo en mi frente…
Muy Poeta!

Sol Poeta…
Qué ternura de luces desprendidas!
Bien sé cómo me amas
Sol Poeta!

Oh el alma enamorada
de la flor que en mí vive,
Y en delicado perfumar del viento
Perfumado se ha el Universo!

Sol Poeta…
Qué ternura de luces desprendidas!
Bien sé cómo me amas
Sol Poeta!

Nueva York.

Antía Martínez, Carmen. (1955). Te he encontrado.
Repertorio Americano, 49(1), 14-15.

Te he encontrado

A Jesús “El Maestro”.

Te he encontrado, cordero de mis sueños.
Te he encontrado en la mañana amanecida para mí
Y en las augustas cimas te he encontrado
y en la escarcha del tiempo te he encontrado.
Te he encontrado hecho flor y amanecido
en la ribera quieta del poniente
y te he encontrado extasiado y mirando muy paciente
mi dudar que te envuelve.

Te he encontrado en el mirar dulcísimo
de sus ojos que amo
y te he encontrado como luz ardiente allí en su corazón
Te he encontrado moreno y de alabastro
Te he encontrado en la yema de mis dedos
te he encontrado canción.
Te he encontrado en el ave y en la ternura mística de mi niña
y te he encontrado alado en mi, y gozoso
Primaveral en tu sollozo te he encontrado.
Te he encontrado en la serena quietud de mi tiempo
y has abierto mis claros con tu fino mirar.

¡Qué emoción dulcísima sobrecoge mi espíritu que te ha encontrado!
Y en la alta cima y en el valle bajo
Y en el agua también yo te he encontrado.
Te he encontrado violeta y girasol, llama y ceniza
Te he encontrado dormido en mi regazo; despierto entre mis manos
Te he encontrado clavel, lirio, amapola
y en la luz de mi estrella te he encontrado.

Te he encontrado en el sonido casto de la aurora al romper
Te he encontrado: momento delicado el día que te besé.
Y así en mi luz, así yo te he encontrado
En tu palabra suave que en mi río se baña
Así yo te he encontrado,
Te he encontrado sentado aquí a mi lado
platicando conmigo lo que ayer fué de hoy, lo que hoy es de ayer
y alargado conmigo te he encontrado, tal como aquella ley.

* * *

Te he encontrado en terrible tolvanera
Sudada estoy de ti,
Ardiendo, te he encontrado, por la fiebre
de llegar hacia a ti…
Méceme tú que ya que te he encontrado
Yo me quiero morir.

Nueva York,
5 enero de 1955.

Artavia, Lilly. (1947). Ante el féretro de don Roberto Brenes Mesén. *Repertorio Americano*, 43(2), 25.

Ante el féretro de don Roberto Brenes Mesén

(Dedicado a la insigne recitadora Doña Amalia de Sotela)

Ebúrnea faz dormida,
ángel que duerme soñando
en otros mundos superiores…
¡Quién pudiera abrir sus ojos
y contemplarlos otro instante!
De su boca cerrada, no salen
las abejas de dulce colmena,
que todas un secreto callan,
un misterio encierran…
Pero a través de su boca
parece que dijera: Piensa,
medita y espera…
Pareciera un Dios
que duerme soñando
en noches de plata.
En su semblante todo
parece que espera
el beso divino
con que sellara su obra el Gran Arquitecto.
Su frente reposa en crespones de seda
cual nubes de Oriente
en amanecer florido.
Sus níveos cabellos
completan la obra
que Fidias no hiciera,
ni pintor alguno al lienzo llevara.
Humano perfil
con líneas divinas,
a través de sus carnes
casi transparentes
se siente su espíritu…
Estuche que guardó un tesoro,
tesoro que devuelve
a la tierra lo prestado,
sigue en santa paz
su ascenso al infinito.
Pero su lira aún existe,
esa lira no ha roto sus cuerdas,
si prestan oído
muy lejos la oirán,
y aún con más claridad;
con más armonía,
con más devoción…
Que vibren sus cuerdas
al són del recuerdo
ya que él lo decía
"Lo espiritual no muere".
Que traigan sus himnos
el canto triunfal
de una ave que ha roto
el azul de los cielos,
con sed de infinito,
dejando en la Tierra
un hondo vacío, horrendo pesar.
Que a través de este cielo
millones de aves le canten
deseándole paz, santa paz.

San José, C.R., junio de 1947

Brenes de Hilarov, Fresia. (1950). ¡Padre!. *Repertorio Americano*, 46(5), 71.

¡Padre!

Padre, qué fuego en mi alma,
Sé sientes lo que siento
y eso me da aliento.
Miro tan alto que no encuentro.
Siento tan hondo muero dentro.
Mi ser no es ser, es sentimiento.
Padre—de tu alma prendió fuego
la mía,

reconocerlo es íntima alegría.
Pero, es tan larga la jornada
a mi fuego quiero volver espalda,
sé mi corazón no late sin su sustento.
Padre, ayuda a encender más alto
De mi alma esta divina llama.

La cumbre perderá mi sufrimiento.
El fuego quemará todo humano anhelo.

Milwaukee, Wisconsin 1949.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1942). Aguas. *Repertorio Americano*, 39(20), 314.

Los dedico, lo único que tengo,
a Jota.—Fresia

Aguas...

Aguas sonoras y eternas,
aguas benditas las del hombre,
sin ellas, no vive!
Aguas benditas de la tierra,
sin ellas, nada florece.
Con agua bautizo mi lengua,
hazla sonora y corriente,
fresca y hechizante!
Mar recóndito y eterno
abre el corazón de tu existencia,
tus pasiones, tus calmas y mareas,
serán de mi sangre la viva esencia.

Evanston, Illinois, U.S.A.,
agosto de 1942.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1939). Aguas en mi cristal.
Repertorio Americano, 36(7), 107.

Aguas en mi cristal

Quisiera ser pájaro encantado
para cantar con melodías
nunca oídas este fulgor de mi condado!
Si pudiese forjar lengua nueva
de desconocidas sinfonías?
El pensamiento del hombre
ha sido tantas veces repetido,
quisiera en este instante,
cantar mi canto de mujer,
en lengua apuntada de diamante!
Cómo expresar en purísima belleza
como arde este fuego en mi naturaleza,
sin perder nada de su fuerza?
Seré fuente para recibir las aguas
vertidas por cantores de otros tiempos;
la nitidez de su música hará límpida la mía.
Seré aire para esconder en mis senos
todas las ondas de las voces idas;
mi ansia me hará antena viviente,
para hacer de esa corriente
poema de hechizadas sinfonías!
No quiero ni seguir ni igualar al hombre!
Yo he bebido el vino bendito de todas las edades.
Altiva vivo ésta mi vida de mujer,
con el supremo conocimiento de mi poder.
No soy el Yo, Único, soy el Yo de Unión.
Soy el Yo del presente,
que del pasado, el futuro expresa!

Evanston, III. U.S.A., Diciembre de 1938.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1950). Ana María. *Repertorio Americano*, 46(5), 71.

Ana María

(En su primera comunión)

Dulce chiquilla que me mira —
ojos soñadores hundidos en tus cuencas
¿cuántos años en ese retrato cuentas?
Es tu primera comunión y se dirá:
"Qué linda está hoy Ana María!"
Usabas entonces los zapatos altos con botones.
Con tu vestido blanco de encajes, qué feliz
estaríais!
¿Qué pensabas al apoyar tu codo en la cruz,
el rosario en tu otra mano y en tu carilla
esa luz?
Toda una vida ha pasado, Mamacita Linda,
pero la dulzura ingenua y tierna
nunca de tu mirar ha desaparecido.
En esos ojos, Ana María, todavía hoy día
los mismos hermosos sueños se encuentran.

Milwaukee, Wisconsin 1949.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1940). Ana María. *Repertorio Americano*, 37(1), 9-10.

Ana María

Chicuela morena, latina.
Piesecitos ligeros de bailarina.
Ojos picantes, hechiceros.
Largos, luengos rizos negros,
presurosos siempre corrían
a tu espalda, riendo de alegría.
Chicuela de timbres de cascabel,
muñeca mía, perfume de clavel,
caricia silvestre, botoncito,
capullo, feliz pajarito.
Risas y juguetes y carreras,
ocho años de vida en cadenas!
Boca generosa de Primavera risa,
fué tu vida breve como su brisa.
Chicuela querida, mi Ana María,
Viviente Ser de Inmortal Alegría.

Evanston, III. U.S.A., marzo de 1939.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1950). Anoche. *Repertorio Americano*, 46(5), 71.

Anoche

Tus manos mi cara acariciaban
en ellas sentí que las venas tu sangre
golpeaba.
Tu voz —
“Amor de mis estrellas,
al sentir el calor de tus mejillas,
la seda de tu piel, la lisa frente,
la maraña de tus cabellos, tu pecho,
te quiero, te quiero”, y nuestro lecho
fué vivo amor, eterna fuente.
En mí, tu vida, esposo aviva!
En mí, tu cuerpo fortalece.
En mí, olvides el tedio, la molestia,
el pesaroso engaño, la vacía promesa.
En mi cuerpo, esposo del alma, descansa.
De mi amor recibe nueva esperanza.

Milwaukee, Wisconsin 1949.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1940). Ave nocturna.
Repertorio Americano, 37(1), 9-10.

Ave nocturna

He dado las horas de mis días.
Cálla rebeldía, matas mi alegría.

Luz tranquila, luz del día,
no puedo hacerte mía!

Al morir el sol me dicen los celajes,
son tuyas las sombras de la noche.
Horas de silencio, de recuerdo, de melancolía.
¿Será mi canto salpicado de estrellas?
¿Hilado de luna? ¿O aterciopelado en tinieblas?

Son las horas de la Noche.
diamantinas joyas mías.

Duerme mi compañero, y duermen mis hijos.
Callados mis pies se deslizan
sobre alfombras frías,
para huirme con las horas mías.

Benditas las horas de la Noche,
Diamantinas joyas mías!

Evanston, III., U: S: A., marzo de 1939.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1939). Brumas de mar.
Repertorio Americano, 36(7), 107.

Brumas de mar

Veo mis pensamientos desgranar
como desgranan las olas este lago-mar.
Azuladas, esmeraldinas gracias fluidas,
una a una van siendo desprendidas,
con murmullo de viento en sus blancas alas,
desbordando sobre la playa los misterios de las recónditas aguas.
Traen cantos sollozantes y profundos de marea,
ecos de la angustia en mi mente que crea,
que sueña, que ahonda profundidades,
vertiendo inquietudes de mareas insondables,
en mi alma aprisionada por pasiones torbellinas:
por deberes rutinarios y a pesar saturada de arrebatos de loca danzarina.
Trenzadas, infinitas olas de belleza, ofrendada al hombre
con sencillez divina, sin grabar ningún nombre;
porque conocen y aceptan el ritmo de su destino,
sin perder el esfuerzo en rebelión o tonto desatino.

Evanston, Illinois, U.S.A.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1940). Caminando sola.
Repertorio Americano, 37(1), 9-10.

Caminando sola

Noche vestida de luna y nieve,
noche afelpada y misteriosa,
fresco aliento me viene
de tu boca de diosa.
Camino sobre polvo de estrellas.
Aligero el paso, las sombras
de mis deseos, bellas,
me hablan con dulce acento.
Tanta belleza soñada e ida…
Qué plañidero es tu canto!
Calla! Para mí todo es fruta prohibida.
Noche de nieve, de plateada luna
dí a mis sombras que huyan!
me molestan, me importunan.
Diles, diles que huyan!
He bebido toda tu belleza
Noche! Y me siento loca.
Sueño que mi amante me besa,
tibio, blando calor en mi boca.
Sueño no más, tu culpa, Noche hechizante!
Duerme él tranquilo en su cama…
y yo sola camino sobre campo de diamante!
El frío de la nieve no apaga mi llama.

Evanston, III., U: S: A., Marzo de 1939.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1951), Canto a Soleida.
Repertorio Americano, 47(8), 119.

Canto a Soleida

Para Mamá, el 5 de febrero, cuando
nació Soleida.

Por los largos corredores había gorjeo casero,
en el jardín la magnolia florecía,
brillaba el sol aquella mañana de febrero,
toda la vieja casa era regocijo y alegría.
Nació la niña! Era bella y blanca, azucena.
Manos exquisitas de dedos diminutos, perfectos,
de pétalos de rosas, conchas marinas sus uñas sedosas.
Nació la niña! Se llamará Soleida. Soleida por Soledad.
El cantor, Padre-poeta, así clarín dulce eleva —Soleida!

Dió sus primeros pasos el Domingo Santo de Ramos,
Pascuas Floridas para sus niñas plantas.
Crece jugando, riendo, corriendo en jardín madreselva,
bajo cielo azul, su aliento común flor de jazmín,
azar de naranjo, limonero, rosas, danzar de colibrí.
Un día, sin pensar, de la enredadera una hoja cogió
y así corriendo y cantando al césped la tiró.
El Padre-Maestro, vino al jardín con paso lento—
"Soleida, esa hoja recoja y póngala otra vez en la rama
de donde la quitó".
Soleida la niña blanca y rubia de alma sencilla, la buena
la dulce Soleida se ruborizó, de puntillas, ansiosa,
la hoja de la rama de la enredadera sostenía,
pero cada vez que la hoja soltaba, en círculos al césped volvía!
Poco a poco en sus ojos apareció una lágrima, la niña lloraba.
Vive en el ambiente del jardín su voz: —"Nunca destruya nada!"
Un día en querella con ella le pegué en la cara
su tez por el golpe de mi mano sonrosaba,
sus ojos negros, amorosos, dulces, me miraron —asombrada—
Sin alarde, sencilla, me dijo: "Pégueme del otro lado".
La furia murió avergonzada y siempre lo he recordado.

De Dios, del futuro, del amor, juntas hablábamos,
juntas reíamos, muy juntas dijimos un último adiós
al pajarito que del nido voló.
Las dos oímos sus alas batiendo insistentes en la ventana,
con manos enlazadas y un mismo corazón oímos su canto desolado.
Nadie vino a nuestro cuarto a decirnos que nuestra hermana,
la pequeña Ana María como pájaro voló, sin palabras lo sabíamos.
Juntas las dos de ella tristes nos despedimos.
Calladas, juntas, una parte de nuestras vidas habíamos vivido.

Soleida niña de diez y seis años, sabia, firme como muro, escudo su Fe
Talle de Lirio en Flor, dulce joven ligera de pie,
alondra en los cielos, el día de mis bodas, rosa-capullo.
Rosa su traje, rosa su tez, niña corazón rebosante de amor.
Aquel día de nieve y tormenta en que inesperada brilló la luz
eras vestal de fuego, tierna hermana bañada en rubor,
bella esencia misma de aquella luz!
Pasaron los meses, cinco meses felices para mí,
cinco meses terribles para tí, Soleida, para tí
entrenamiento que consumió tu carne rosa.
Al volver yo aquella infausta tarde
¿dónde, dónde mi hermana alada?
Mi alma un instante rozó tu alma
tus enormes ojos negros desde la blanca almohada, me miraban.
El mundo entero sobre mí se desplomaba—
Soleida. Talle de Lirio en Flor, sombra, sombra no más de hermana.
Sólo quedan los ojos y los rizos azabache,
tus finas manos son huesos, pero hay translucencia en ellos,
por doquiera se aspira una sutil fragancia,
es tu alma que perfuma la estancia.
“Soleida por qué el silencio, todos los días me escribías?
“Hubiera volado a tu lado”. Sonriendo, la voz la misma,
“Para qué? No había necesidad, dime qué será tu niño?”.
Temblando salí de la estancia, temblando surgía el dolor,
en mis entrañas florecía una vida y Soleida se nos iba!
¿Por qué? ¿Por qué? Era tan joven, tan dulce, tan buena,
nunca a nadie hizo mal, pensó mal, habló mal, a todos amó,
Por qué tronchar la vara en flor!

Día tras día, noches largas, horas negras, qué larga su agonía!
Dormía—al ver su rostro me decía, no viene más el aliento de su boca!
Pero no, tenaz, quemante la muerte todo vestigio destroza-
ba— roía la roca!
Yo desfallecida, caminaba sola por las calles llorando, llorando
y pidiendo al cielo, llena de rebeldía, por su vida—
En mi ser otra voz me llamaba pero yo lloraba por la muerte
de mi hermana.
Soleida de diez y seis años su alma con entereza preparaba.
Papá leía y ella su luz a Dios eleva—"me guía por sendas de
justicia a causa de su nombre.
Aun cuando ande por el valle de la sombra de la muerte,
no temeré mal alguno, porque tú, estás conmigo
tu vara y tu cayado me dan consuelo".
"Otra vez Papá". "En verdes pastos…"
Cuando llega la hora suprema, ella pide la cruz en la frente,
la cruz en la casta boca, la cruz en su virgen pecho.
Sabia, paciente, Vestal de Fuego, Luz Celeste,
Aroma consagrado de la Esencia, Soleida en tu hora suprema
voz dulce de suprema florescencia—
"Mamá, bésame en la frente, dígame adiós, ya me voy"
Se fué Soleida, caminó en el jardín de magnolias,
jugó chiquilla feliz en el jardín de enredaderas,
vivió un instante fugaz entre nosotros, voló alada,
a su santa Morada, donde feliz espera.

Milwaukee, Wis. 1951.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1947). Cerca y distante.
Repertorio Americano, 42(27), 423.

Cerca y distante
Plegaria

Frescura del alma, frescura del alma.
Oh—Gracia Plena!
Que no sufra más, no más.
En este instante sumérgele
en el ambiente de tu luz.
En este instante el mármol en su cuerpo,
el silencio en su boca,
la quietud en sus manos,
la paz eterna en su tortura.
Gracia Plena, Santa Madre de todos
[los seres—
pide aguas del Paraíso—
oye su voz de cantor que implora!
Frescura del alma!
Ahora que consciente y ansioso
y en su terrible angustia
te pide las aguas puras y frescas.
Ven! Ven con el vaso milagroso.
¿No le ves postrado?
¿El que siempre caminó como rey?
¿El que siempre dio paz y contento,
alivio y consejo a las gentes?
Gracia Plena! Es su hija que adorando
pide para el padre—Paz!
Ruega silencio cuando será tormento
[eterno no oír su voz.
Descanso para su cuerpo enfermo.
Que se levanta Rasur de su lecho,
la luz de la montaña naciente
[en su pecho!

Paz en su frente de Dante—
en sus manos de Dios, reposo.
Te pido Gracia Plena a Vos—
Rasga la estancia y el techo,
todo confín— que exista sólo el espacio, sólo la luz Celeste.
Mi alma tiembla, y pido: "La luz Celeste".
Amor infinito, Paz a Rasur!
Que vuele a su montaña de Quizur.
Que vuele a su montaña de Quizur.

Chicago, abril de 1947.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1942). Despierta!. *Repertorio Americano*, 39(4), 59.

Despierta !

Otra vez riega su suelo Europa con sangre,
otra vez hunde una generación humana en el olvido,
tronchada generación sin fruto vivo!
Otra vez trueca le bella risa de los niños,
en llanto y doloroso gemido.
La razón nos dice, vivimos lejos,
no es ésta nuestra guerra, paz,
tranquilidad teje tu vida.
Nó, la compasión nos estremece el corazón,
nos ahoga en angustia el alma,
y sentimos en la profundidad de nuestro ser
ansias de alzar nuestro cuerpo a defender
las injusticias candentes sobre seres indefensos.
El valor de Polonia, de Finlandia, de Inglaterra, nos conmueve.
Su destrozo infernal nos hace temblar de indignación.
La codicia y el egoísmo, la indiferencia destruyen al hombre.
Arraiga las raíces de la Humanidad en tu consciencia,
haz su sangre tu sangre, su dolor tu dolor!
Hombre despierta! No existas para ti solo,
olvídate de ti mismo, con fervor entrega tu amor
a todo hombre, sin distinción de raza o de color.
Quisiera poder derribar montañas,
para usar esa fuerza en derribar prejuicios.
Quisiera ser voz de clarión,
para ser oída y comprendida.
Abre tu corazón al Universo,
que sea éste el último infierno de sufrimiento.
Si sólo al ver a tus hijos que juegan,
en ellos pudiéseis ver los que lloran!
Si cada vez que tomas un pedazo de pan,
pudiéseis sentir hambre en tus entrañas,
comenzaría la paz en el mundo,
y florecería en todas las almas.

Evanston, Illinois, U.S.A.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1948). Dos plantas de maíz. *Repertorio Americano*, 43(21), 338.

Dos plantas de maíz[1]

Para mamá.

Esta luz que brilla en mayo
en esta tierra donde en mayo
florece la primavera,
esta luz la de mi jardín—
así translucente, suave verde,
verde dorado amarilloso,
verde clarísimo del césped,
verde bellísimo los limoneros
verde nuestro pino plumoso,
y verdes las hojas esbeltas
de las dos plantas de maíz
que cantan y susurran en las noches
claras de luna,
en las tardes calientes y calladas,
en los anocheceres tristes de lluvia.
Ahí en medio de las rosas,
a sus pies los geranios,
pajarillos sorprendidos las miran.
Plantas de maíz en un jardín de poeta
que ahí quiso él crecieran,
son clarín al viento, plantas graciosas
y altas,
en el jardín extrañas.
Maíz. Simiente prehistórica, sembrado
no por cosecha de grano dorado,
no por sustento del cuerpo,
por canción de el alma

---

1 Son parte de un libro inédito: Sinfonía Lírica.

Sembradas por su canción al viento
constante charla—queda—contento!
A ratos, susurros y secretos,
luego silbidos, risas, cantos—
a veces majestuoso silencio
cuando altas e indiferentes contemplan
el cielo, se extienden hacia el sol;
a toda hora para el poeta belleza viviente
manjar para su alma!
Al verlas le dije: "¿Maíz en el jardín?
¿Entre las rosas? ¡De raíces las arrancaré!"
Se sonrió. —"Cierra los ojos y escucha".
El canto subió temblando y en sus brazos
me estreché.
Juntos los dos miramos el jardín
escuchando la suave canción.

Evanston, Chicago.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1948). Elsa Rosa. *Repertorio Americano*, 43(21), 338.

Elsa Rosa[1]

Los abismos se pierden en tus ojos—
y no me importa cuántas veces
ojos de mujeres se hayan alabado;
cuántos poetas, cuántos cantores
encendidos por sus amores,
hubiesen dicho de todas, no hay
otra mujer con ojos como estos ojos—
porque todos se engañan.
No te vieron garza morena.
Parece que el perfil de cada línea
fuese nada más que marco para ellos.
Tan profundamente bellos!
Esa sonrisa encantadora
de niña ingenua y de seria señora,
esa fugaz sonrisa que te caracteriza
no es más que juego
para tus ojos bellísimos y negros,
tus dos alas de cuervo,
tus dos sueños de hada,
princesa-garza morena.
¡Qué tontos son los hombres,
no roban tus lunares!
¿Sabes por qué, prima serena,
sabes, bellísima de ojos de reina?
Esos ojos son apenas la mirada
del intelecto estupendo de tu mente,
de la profundidad exquisita de de tu alma.

Evanston, Chicago.

---

1 Son parte de un libro inédito: Sinfonía Lírica.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1950). Emigración. *Repertorio Americano*, 46(5), 71.

Emigración

Ayer por la mañana por primera vez en mi vida,
vi una bandada de gansos salvajes en vuelo al sur.
Una mañana de límpido azul y loco viento,
que arremolinaba las hojas secas sobre el pavimento
y doblaba sin compasión las copas de los árboles.
Los gansos gritaban roncos volando en una gran V,
blancamente brillantes a la luz esplendorosa del sol.
Generalmente vuelan de noche, sus sombras largas,
proyectadas, misteriosas y bellas por el plenilunio.
Pero —la fuerza viva de la tormenta del viento les cogió
y el sol del día en su camino les sorprendió!
Batallaban —en la distancia, yo veía las plumas de sus alas,
temblando, cortando corrientes, encrespadas.
Era una tormenta violenta de sonido
con las llamadas salvajes de los gansos
y el bulicio [sic] incesante de los vientos.
Todo el día de ayer y cuando desperté en la madrugada
sentía un deseo intenso de ser buena y grande,
arrancada de la tierra en mente y alma,
por la belleza incomparable de aquellas aves en vuelo.
Emoción de libertad, felicidad, salvaje abandono,
tristeza de la vida que ata!
Deseo inmortal de desplegar las alas
y seguir libre, extasiada, la bandada de aves,
Extraña, recóndita ansia de emigración espiritual del ser humano.
paralela a esta emigración de los gansos salvajes
del Norte en vuelo seguro y triunfante al Sur lejano.

Milwaukee, Wisconsin 1949.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1942). *Era Ruso... Repertorio Americano*, 39(4), 59.

Era Ruso y murió grotescamente
con las piernas dobladas,
cubierto de hielo el rostro
y la carta de la amada
que le esperaba
arrugada en la mano.
Era Francés, y una bala
le hundió el corazón
y la mujer a quien dió
su último beso
lleva en las entrañas el hijo
que nunca miró.
Era Inglés y yace al fondo del Río de la Plata
lejos de las manos que le enviaron
un postrer adiós.
Era Chino y le mató un Japonés.
Los ojos de los dos
inclinábanse lo mismo, al parecer.
Sus pieles brillaban con el color
más bello del poniente,
el leve oro, trigo joven...
Chino muerto con bayoneta por japonés.
Hijos los dos de mujer.
Azota el frío, hielo que congela
el corazón del Universo,
se estremece el suelo...
Hombres! Hombres! Dáis heridas mortales
a la Flor que es Humanidad
A la Flor que es Hermandad.
Hombres --todos-- cuando muertos, sin naciones.
Hermanos --todos sois--confundidos por
vuestros nombres.

Evanston, Illinois, U.S.A.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1942). Éxtasis divino.
Repertorio Americano, 39(4), 61.

Éxtasis divino

Poemas hay que tienen el poder de poseer.
Me siento tan tuya como del hombre que amé
cuerpo a cuerpo y sér a sér.
Nunca he oído tu voz que pida un Bésame!
Nunca mis ojos esperan aprisionar tu presencia.
Pero los éxtasis de mi mente íntima
al encontrar en tus palabras mi creencia
son los evocados al dar yo mi existencia.
Es el sentir desnuda la Belleza dentro de mi alma;
angustiosa dulzura como de divinas sinfonías amadas
me estremecen el cuerpo, pierdo la calma,
y me lanzo de pie con brazos al cielo, encantada,
al vivir júbilo tan inmenso en el corazón de mi conciencia.

Evanston, Illinois, U.S.A.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1942). Gaviotas. *Repertorio Americano*, 39(4), 60.

Gaviotas

Gaviotas de pausados ritmos
cruzando celestes senderos,
que fuesen trazados por otras alas.
Gaviotas que seguís las huellas
y rutas familiares de vuestros antepasados.
Gaviotas serenas, vestidas de gris y plata,
reposáis un instante en el regazo del lago
y remontáis tu peregrino vuelo
para seguir vuestro aéreo rítmico sendero.

Evanston, Illinois, U.S.A.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1942). Granos de arena.
Repertorio Americano, 39(4), 59.

Granos de arena

Un mundo se destroza, grita, sangra—
es como si cogiera los pájaros
que cantan en mi alero y les estrujara
la vida con mis manos!
Es como si con mis uñas
rasgara las mejillas de durazno
de mi bello niño que a mi lado canta!
Me digo: —"No! No! No es verdad,
no pasa, no es realidad".
Pero el mundo está aquí en mi estancia,
aquí gime a mi espalda.
Es ésta su voz la que llena mi hogar,
y no soy gigante para extender mis brazos y recibir los golpes.
No soy Dios para destilar en la boca de los hombres
Compasión —Piedad—.
Amor a la Humanidad.
Soy grano en las arenas.
Enseñaré a mi lengua a ser buena,
callada; mansa.
Mi alma de rodillas con infinita gratitud
por la más leve brisa, la más breve sonrisa.
Seré buena en cada acto de mi vida.
La fuerza espiritual del Universo
necesita granos de arena.

Evanston, Illinois, U.S.A.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1942). Hiram. *Repertorio Americano*, 39(4), 60.

Hiram

Afuera, tras la ventana, la nieve caía,
la estancia fría, muy fría,
sus manos entre las mías,
hora tras hora cuentos le leía,
sin revelar lo que mi alma sentía.

Miedo del misterio aquel que todavía no comprendía.
Angustia la que me ahogaba,
terror que me perseguía.
Pero mi voz seguía,
tranquila leyendo cuentos,
en la estancia fría, fría, fría.
Recuerdo —Los Miserables—
palabra por palabra caía,
como los copos de nieve afuera tras la ventana
Copos alados, persistentes, quedos.
contando los minutos de su vida,
indiferentes, silenciosos…
ajenos al grito que yo llevaba dentro.

Esa noche murió el pajarito, el canario,
que a El solo pertenecía…
Yo oí el batir de las alas doradas,
contra las rejas de la jaula,
yo oí el rumor apagándose
en la penumbra de la estancia
y el rato… silencio.
Esa misma noche se fué El.
Sus dedos largos de hechizo
que encontraban belleza en pequeñas cosas
olvidadas por otros

y que El transformaba en sillitas
para nuestras muñecas, en diminutas
tazas, en botecillos…
en tantas gracias inesperadas,
aquellas manos de pintor!
Quedaron tranquilas sobre las sábanas.
Hermano, alma de la mía.
no oí el batir de tus alas,
no sentí el rumor de tu vuelo
sólo sentí un profundo vacío,
una infinita desolación.

Las palabras de mi Padre:
"No se ha ido, no le ha perdido…"
Yo no comprendía…
y escondida en un rincón,
sentada en el suelo, lloré, lloré amargamente, sola
La nieve afuera caía,
copos alados, persistentes, quedos,
ajenos al dolor del alma mía.

Evanston, Illinois, U.S.A.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1942). Juan Ramón Jiménez.
Repertorio Americano, 39(4), 59.

Juan Ramón Jiménez

Cara de ojos abiertos, pensativos,
de sueños fijos que le atormentaron,
visiones, anhelos, anchos motivos—
todo sus ojos me mostraron!
Negrura tienen de ala de cuervo
esos ojos de España que todo lo vieron!
Ojos mirados y nunca olvidados.
La frente ancha, sombría.
Labios austeros de canto español
llevan el sello de su melodía.
Nariz de hidalgo de raza
dice de su voluntad
y su delicadeza traza.
Y vuelvo a sus ojos empapados en negrura
y que llevan en su fondo una inmensa contenida amargura.

Evanston, Illinois, U.S.A.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1940). L ´apres midi d´un faun. *Repertorio Americano*, 37(1), 9-10.

“L´apres midi d`un faun”
(Debussy)

El dorado sol se inclina
sobre el arco de la tarde.
Mudo el bosque contempla su belleza.
Duermen los musgos y las flores.
Sobre una roca el fauno
pensativo sueña.
Deshoja su alma con su pensar
y sueña lleno de pesar!
Habla el bosque y le consuela.
Siete ninfas quedas
emergen de las sombras.
Las voces de los musgos y las flores
cantan con delicia sus amores.
Bailan las ninfas los sueños
de todas las cosas!
Bailan, bailan, y el deseo
de hombre se despierta, ciego
en corazón del fauno,
pobre fauno encadenado, piensa!
Persigue el fauno a las ninfas
que ligeras como el viento escapan
y luego, una a una se alejan.
Sobre las cabecitas dobladas
del césped suavemente reposa
un velo por una ninfa olvidado.
El fauno le recoge entre sus manos.
Es mujer la que sus brazos llevan!
Pobre fauno, fauno que piensa…
es mujer la que besa
no rebozo de seda!

Es mujer la que acaricia.
Se engaña, se enloquece
y vierte todo su deseo
sobre la seda fría!
Se enciende él con su fuego
caé, pobre fauno, inerte de deseo.
Fauno que sueña y piensa!
Mueren apagadas las notas
de la sinfonía,
y soy yo,
fauno.

Evanston, III., U: S: A., Marzo de 1939.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1940). Lamento!. *Repertorio Americano*, 37(1), 9-10.

Lamento!

Con angustia a veces siento
que he esparcido mi vida al viento.

Veo Mudos mis labios;
soy apagado perfume de nardos.

Tengo muy frías mis manos.
Sola, mi alma llora desnuda.

Yo soy el Ser de la Nada!
Mi pensar, mi sufrir, no florece.

Dicen que de la Nada surgió el Universo.
De la Nada surgirá mi lamento en verso.

Evanston, III., U: S: A., Marzo de 1939.

Brenes de Hilarov, Fresia (1943). Luz. *Repertorio Americano*, 40(20), 315.

Condolencia

Amalia de Sotela, querida amiga:
Varias veces he escrito y cada vez he sentido
que mis palabras quedaban mudas de
sentimiento porque las cosas que sentía no
eran las que decía.
Sé lo que siente y sé lo que vive su corazón
y no puedo decir más porque todo lo demás
es superfluo.
Hace un año escribí Luz y a Ud. lo dedico.

Luz

Puede decirse acaso que ser humano
muera en vano?
Puede decirse que su sangre
no da grano?
Grano de fuerza y de futuro és
sembrado en el corazón del mundo.
No hay grito dado que sea perdido
ni exclamación de dolor ni lágrima
que se pierda en lo arcano.
Conflicto —destrucción—
sí —pero hay hombres que del
conflicto nacen hermanos!
Por cada cadena forjada
hay una alma que alienta y llama.
Ahí donde cae un hombre
se enciende una luz.
Ahí donde cae un hombre
se levanta inmensa una cruz.
Ahí donde cae un hombre
vive fulgente una alma.

Subimos la montaña—
ahí donde cae un hombre
se hunde una huella.
Subimos la montaña—
en lo alto estrecharemos las manos
de todas las razas y todas las naciones.
con amor de hermanos.
Sí —ahí donde cae un ser humano
se levanta al cielo una cruz,
vive fulgente divina una luz.

Evanston, Illinois, noviembre del 43.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1942). Mi mente. *Repertorio Americano*, 39(20), 314.

Mi mente

Mente divina!
Es serpiente, es vara milagrosa,
vara bendita de Moisés—
vierte agua de las rocas.
Mente de ojos maravillosos
que dan luz a las cavernas,
son videntes!
Abarcan lo pasado y miran el
futuro de los hombres.
Mente de ser humano,
mente divina! Cuya sustancia de Luz Universal
revela a mi cuerpo mortal
la Verdad, interna e inmortal.

Evanston, Illinois, U.S.A.
agosto de 1942.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1942). Mi yo interior.
Repertorio Americano, 39(4), 60.

Mi yo interior

Es necesidad interior
este fluir de mi pensamiento.
Es mi alma en flor
que aspira por ofrecer su aliento.
Quiero justificar mi existencia,
la sublime existencia de mí intima
conciencia.
Vivir, servir, crear, no me deja satisfecha.
Mi alma busca, piensa, medita, ansiosa escucha.
El manantial de mi Voluntad se acrecienta,
a todo obstáculo erguida se enfrenta.
Pierdo mi Yo y me vuelvo instrumento,
melodías, aspiraciones me sacuden dentro,
Lira, pasión, alma, corazón convierte tu deseo
en sinfonía, en fulgente, viviente verso!
Cánta, cánta! Flecha de cantor, hiere!
Descubierto, aquí, vé mi pecho,
no temas terminar mi vida, hiere! Sin despecho.
Será bendición morir, si un solo instante
fluirá mi sangre atormentada en Canto fulgurante.

Evanston, Illinois, U.S.A.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1939). Misticismo. *Repertorio Americano*, 36(7), 107.

Misticismo

El ritmo de tu cuerpo sobre el mío,
es el ritmo del corriente río
que desde la montaña, ondulante, baja al mar!
Es el ritmo del pájaro al volar.
El ritmo de hojas mecidas por el viento,
el ritmo perfecto del pensamiento!
El ritmo eterno del mundo entero!
El ritmo de muerte y de nacimiento!
Es sagrado este ritmo de nuestro amar!

Evanston, III. U.S.A., Diciembre de 1938.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1940). Muerte! bella!.
Repertorio Americano, 37(1), 9-10.

Muerte bella!

Muerte, Madre de compasión.
Seno de toda comprensión.
Señora Silenciosa, dulce ráfaga
que dirige el alma náufraga.
Muerte bella, tus manos piadosas
abren la puerta, levantan las losas,
con amor de consuelo
señalan el camino nuevo.

Muerte, te han visto con espanto,
con gritos y con llanto!
egoísmo oscuro, de tinieblas, ciego!
Sólo piensa en sí, olvida el encanto
de nacimiento en otro campo!
Es fácil el llorar con simpatía interna,
difícil, solamente pensar,
en la gloria del Amado
que da un paso a su Condado.
Muerte! Ha llegado tu hora,
En este instante. Ahora!
Para pintar tu cara lozana,
bondadosa de cariñosa hermana.
De ver tus ojos, no ahuecados
sino divinamente hermosos.
Con hermosura de compasión.
De infinita comprensión.
Dos veces te he visto con temor
y desaliento,
dos veces con encanto,
tan ligeramente vinieron tus pasos
tan dulces fueron tus manos!

Una vez en tus brazos
ví los tenues, diáfanos velos,
tejidos de nubes y de cielos,
que fuesen vestiduras de Amante,
para el alma transeunte,
de nuestra celeste Soleida.
Uno de esos velos
rozó mis ojos
y desde ese divino instante
conozco tu eterna dulzura.
Muerte! Bella! Toda ternura!

Evanston, III., U: S: A., marzo de 1939.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1950). No aprendes nada.
Repertorio Americano, 46(5), 71.

No aprendes nada

Sacarme el corazón de raíces,
estrujar la mente de todo pensamiento.
Buscar dentro y encontrar silencio…
¡Ah! Mujer — olvidas que eres mujer!
Sellar los labios y los deseos,
no mirar la luz de tus huesos,
el movimiento de tu cuerpo,
el ritmo de tu pensamiento.
Oír el cantar de la tierra,
de un cielo, una primavera
y no temblar dentro!
No comprendes y no aprendes nada.
Si del pasado no recuerdas,
¿qué haces con los años?

Milwaukee, Wisconsin 1949.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1942). Nosotras. *Repertorio Americano*, 39(4), 61.

Nosotras

Somos la nueva mujer de este continente,
que con el poder de su mente,
funde los hierros de cautiva
sin abrasar su alma sensitiva.
Vemos el imperio de nuestra raza,
que con vívido fulgor el nuevo sendero traza.
Mujer latina, apasionada, ávida de luz,
enciende tu antorcha de fuego y de diamante,
escala la cima y despliega tu estandarte!
Las alas tan recién adquiridas del hombre,
las ondas prisioneras del aire,
son presagios latentes en el ámbito,
de nuestra fecunda divina herencia.
Mujeres que llevamos el Universo en las entrañas,
y soñamos con las Américas vinculadas como Hermanas!

Evanston, Illinois, U.S.A.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1942). Noviembre 25 de 1940. *Repertorio Americano*, 39(4), 61.

Noviembre 25 de 1940

Las ramas de los árboles son tejidos de araña
en mi ventana.
El cielo, azul oscuro y pulida plata.
La canción de las horas,
vibra en el ambiente de mi estancia.
Sueño con mi tierra, extraña a todo esto.
Veo las montañas verdes, musgosas,
aquí se vuelca el horizonte a mi vista.
No hay palmeras plumosas
en esta tierra ajena a flores y hojas.
Todo está limpio y escueto esperando la nieve
para vestirse de gloria, de misterio, de encanto;
deslumbrante en su blanco azul,
melodiosa a los pasos, fría y bella.
Se prenden alas a mi mente con esta frescura otoñal,
y corro por las gradas de mi hogar,
millares de millas lejos de este lugar...
Corro hacia arriba a estrechar a mis padres,
a hablar y hablar y reír sin cesar.
Veo el jardín donde me tiraba de espaldas a ver las nubes pasar,
y a pensar qué habría más allá de la nada.
Siempre después de pensar en todas las cosas
volvía-- y ¿qué más allá de la nada?
Me hundía en un abismo de terror y me asía al césped,
lo siento entre mis manos-- los ojos llenos de nubes
me decía: "¿Y qué más allá de la nada? ¿En el infinito?"
Todavía aletea aquel volar interno -- dentro.
Era el terror de maravilla el que sentía. Me hacía temblar,
Fantasía de sinfonía
y me quedaba muda de todo pensamiento. "¿Qué más allá de la nada?"
¿Por qué será que me mueve tanto el color de un cielo?
Tánto pensamiento y tántos sentimientos con sólo una frágil mirada!

Evanston, Illinois, U.S.A.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1947). Nuestro jardín. *Repertorio Americano*, 42(27), 423.

Nuestro jardín

Para mamá

Viernes Santo— tarde de la noche —
la luna brillante, celeste luz en los cielos,
en infinita bella paz en el jardín.
El pino amoroso que nunca cansa
su ondulante graciosa danza.
Camino sobre el verdor del césped
y siento tantos perfumes!
Las azahares del joven limonero y de la mandarina,
las rosas color rosa que ávidas abren sus pétalos.
Los geranios, el romero y la ruda.
Quiero beber todo esto sin perder
ni una brisa, ni belleza alguna.
Fugaces momentos en lares paternos,
donde en este instante duermen tranquilos mis padres —
y las risas y los juegos de nosotros
que aquí jugábamos cuando niños.
Quiero sellar dentro por toda eternidad
todo vago sentimiento, todo puro amor —
toda palabra, todo aroma de toda flor
y hasta el sonido y la forma
de estas piedrecillas del camino
a la par de la verde baranda.
Que núnca más, si acaso no volviera,
de este jardín se me olvidara
la más mínima, la más pequeña o ligera
tenue belleza que aquí hubiese vivido.
Que núnca, núnca! entre este jardín en el olvido.

Chicago, abril de 1947.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1948). Oh! amor de martes.
Repertorio Americano, 43(21), 338.

Oh! Amor de martes[1]

Fué a la orilla del mar,
la marea y la espuma
y de las olas la sinfonía
perdida en el secreto de nuestro amar.

Martes—en aquella playa
en la que primeramente
entre tus brazos me tuviste!
Fué en la montaña recóndita y callada
en noche azul de estrellas,
martes en la noche —¿recuerdas?
cuando pusiste tus labios en los míos.
Martes de entre todos los días bellísimo.
Otros amantes conjuran otros días,
guardan en su secreto amor otra hora,
otro sido, otro día
martes para ti y martes para mí.
Martes bello nombre de bello día.
Fué martes en aquel jardín
verdoso y jubilante
donde respiraba el joven pino
ardiente y plumoso—
martes de entre todos los días
cuando a mí con tu amor llegaste.
Martes aquella virgen mañana
en que a ti vine sencilla sin importarme
el criterio de los hombres
ni el pensamiento sórdido del mundo.
Martes en la mañana fresca de un bello día
en que ligeras mis plantas a ti corrían.
¡Oh! Amor de Martes eterno en otros siglos.
Amor de Martes en plena primavera
este último martes de todos los días
cuando te entregué todo lo que a mí pertenecía.

Evanston, Chicago.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1942). Otoño. *Repertorio Americano*, 39(4), 59.

Otoño

Mañanas de Otoño aneblinadas,
frescas, levemente doradas.
El sol apenas acaricia, y se refleja en el oro
de las hojas, calla, silencioso, en las hojas
que se desprenden y caen con rumor de alas.
A veces semejan bandadas de pájaros
y corren luego con pasos menudos, presurosos
sobre el césped de mi patio.
Otras, alas sueltas, sin rumbo, solas,
despaciosas, caen y quedan sin movimiento,
amarillas, rojas en el gris pavimento.
Otoño con recuerdo de verano sin su pasión,
sueña el invierno sin su ensueño de cristal.
Otoño bellísimo de neblinas doradas,
te acercas a mi alma con nostalgias y promesas.

Evanston, Illinois, U.S.A.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1942). Pantera salvaje. *Repertorio Americano*, 39(4), 60.

Pantera salvaje

Soy pantera salvaje
y como pantera te haré mío!
Despierta mármol frío.
Me destrozan las uñas del deseo
y duermes impasivo--
Soy pantera salvaje y te haré mío.--
Oye! Amante, despierta!
Cuando quieres tu mi amor
soy yo ricos pétalos de flor!
Pero cuando llama mi deseo a tu puerta
olvidas que soy pantera salvaje
y que te haré mío!

Evanston, Illinois, U.S.A.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1939). Plegaria de mujer.
Repertorio Americano, 36(7), 107.

Plegaria de mujer

Me consume el sufrir
del Universo entero!
Como manos crueles
quiero desgarrar mi pecho,
el dolor que ahí llevo
tendría alivio al sangrar mi cuerpo!
Lloro en la oscuridad de la noche
con angustia y desesperación
al ver que soy impotente
para aliviar a China o España,
de esta viviente crucificación!
Veo a sus niños
que con ojos de espanto,
buscan y no encuentran amparo!
Son ellos mis hijos!
Que pagan con su llanto
la maldad de los siglos!
Me agobia el pesar
al ver la cobardía de los hombres!
Pierden sin saber
el nombre de dioses,
para ser solamente hombres!
Es un sueño y no realidad
esta persecución maldita
de esta triste humanidad!
Mi alma con ansia grita :
Hermanas! Hermanos!
Mi alma con ansia grita:
Unamos este continente !
No tenemos de sangre teñidas las manos
ni la cruz de Caín marcada en nuestra frente!

Hay mucho en nuestro corazón
de niño, que sueña y confía.
Alcemos el estandarte de la Unión!
—Unión es la fuerza—
Nuestra será unión espiritual
que no destruye la naturaleza
del hombre; ni roba la tierra!
Somos raza con herencia
inmortal de sabiduría,
plantada por Incas-Mayas-Aztecas!
Y presentida de todos aquellos
espíritus rebeldes, que en busca del Grial
vinieran a las Américas
Europa yace herida a muerte.
Su alma en agonía se retuerce.
Todo sufrir engendra simiente.
Ah! Escucha mi Dios, que fuese
el sufrir de Europa
la unión de este Nuevo Continente!

Evanston, III. U.S.A., Diciembre de 1938.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1942). Preludio. *Repertorio Americano*, 39(4), 59.

Preludio

En la cuna de la montaña,
azotan los vientos las copas de los árboles,
y quema el sol las tenues nieves;
escarcha de la luna.
Ahí, solitaria,
el mundo un olvido,
el mar en la distancia,
adivinadas mareas
en los sentidos.
Ahí, en la montaña,
comienza el preludio
de mi silencio.
El bullicio agonizante a mis pies,
desprendida de todas las cosas, sola,
con la compañía —nada más— de mí misma.
Quiero ajustar a mi alma
estrechamente—
largamente—
El más profundo de mis deseos,
la más arraigada de mis ansias,
la Soledad y el Silencio.
En la cuna mas alta de una montaña—
azotada por el clarín de los vientos.
Preludio a mi Claridad.
Al estremecimiento interno más inmenso,
más recio que el amor
tesoro más que perlas, más que oro.
El sacudir de sinfónicas ráfagas
en mi solitaria, única alma.

Evanston, Illinois, U.S.A.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1942). Primavera. *Repertorio Americano*, 39(20), 314.

Primavera

Anuda la tarde fresca en tu alma.
Tarde de Primavera Temprana.
Recoge plumas de nubes,
en tus ojos y ama los árboles.
Árboles verdes, cimbreantes
de talles negros, brillantes.
Melodiosos árboles de aterciopeladas cortezas.
Purpúreos talles de cerezos
qué níveas tus flores
qué verdes tus verdes hojas!
Dí a tu corazón que calle y escucha
el canto de esta Primavera sutil,
el susurro de mar de estas brisas.
Sombras nuevas de sol y luna
dibujos de sombra oscura, dibujos de luces.
Anuda la tarde en tus manos,
recoge plumas de nubes
en tus ojos y ama los árboles!
Cimbreantes, purpúreos, melodiosos!
Cortezas aterciopeladas de cerezos,
qué verdes sus verdes hojas
que níveas sus fragantes flores
que vivas sus sencillas almas.
Dí a tu alma que aprisione esta Primavera,
es tan breve, tan pasajera!
Mira los pajarillos tiernos, apresurados
tejen nidos entre trinos y amores.
Mira a los niños,
libres por fin del frío invierno,
potrillos pícaros sin freno,

diablillos locos con cuernos de risa.
Juega! Juega! Se va la vida tan de prisa.
Anuda la tarde clara y fresca en tu alma,
luego, en las borrascas, te servirá
de dulce refugio y santa calma.

Evanston, Illinois, U.S.A.
agosto de 1942.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1939). Quiero cantar.
Repertorio Americano, 36(7), 107.

Quiero cantar

Detén tu paso, Tiempo!
Tus manos candentes
a mi espalda empujan.
Ten piedad!
Mira que he vaciado mi vida
en jarrones ajenos!
Deja que colme los míos
con la esencia de mis mentes!
Semillas sembradas
en tiempos lejanos,
pugnan por crecer.
He vivido mi vida
en otros seres.
Deja que vea mis semillas florecer!
Tiempo! Deja que recoja mis flores,
para exprimir sus perfumes
en mis propios jarrones!
Tengo infinita ansia de cantar,
no dejes que termine mi vida muda,
quiero vestir mi alma con cantares,
Vedla! Ahora está toda desnuda!

Evanston, III. U.S.A., Diciembre de 1938.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1939). Raza nueva. *Repertorio Americano*, 36(7), 107.

Raza nueva

Tú la raíz y yo la flor!
Toma con cuidado mi amor.
Con delicadeza infinita
hiergue el talle de la vida!
Abre los pétalos con luz de luna,
soy flor como no hay ninguna!
Tócame con tocar de espuma,
báñame con mar de ternura.
Riega eternidad en un instante.
Ve una bella raza, nueva y pura,
que con ansia palpitante,
espera el fruto de nuestro amar!

Evanston, III. U.S.A., Diciembre de 1938.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1947). Roberto Brenes Mesén. *Repertorio Americano*, 42(27), 424.

Roberto Brenes Mesén

Alto y delgado, nobleza en cada línea traza.
Enseña en sus manos flexibles de artista
la gran elocuencia de nuestra raza.
Su palabra hechiza y bien viste el pensamiento.
Al oírle, sus manos finas y llenas de encanto
atraen, como el sonido de su voz, como su talento,
y se pregunta uno: ¿cuál más elocuente,
la palabra, sus manos o su pensamiento?
Águila que remota y no vive en reposo,
la cumbre su breve hincapié,
el horizonte su morada—
núnca casa de mortal le pudo dar entrada.
En su voz oí el misterio de todo sér.
De su mente aprendí la filosofía de las edades,
reconocí la belleza de las deidades.
De su labios, la historia de los continentes,
la maravilla de estrellas y astros,
la profundidad del alma, la poesía de todas la lenguas.
Bizancio y Roma, Grecia, Egipto y Jesús,
la Biblia, Plato, Plinio, Astarte,
Safo, César y Cleopatra, Beatriz y el Dante.
Alejandría, el Greco, Cervantes. Profundas las memorias.
Mi mente se ensancha—recuerdos—pasado que vive
en esta hora. Garcilaso de la Vega….Alfredo de Musset.
Siento el olor de la pasta, veo la biblioteca,
oigo la plegadera de Mamá que del libro
corta las páginas…
verdadera compañera de todas sus horas.
Aroma a cedro, pasta, papel y libro, no deseo otro!
Él me enseñó todo sendero; al caminar sola,
le siento a mi espalda, vuelo y le veo:

joven, alto, con imperio su brazo señala—
«Adelante! Siga siempre adelante!».
De él oí como vivió Kyats, como murió Shelley
y como se echó a las aguas su amigo y poeta—Byron.
De él aprendí a admirar a Sarmiento, Darío, Bello!
De él oí hablar de Oscar Wilde, Whitman, Shakespeare.
Revuelven alas en mi mente, siento el temblor
del descubrimiento… al instante recuerdo—
Las gradas de mi casa, atardeciendo.
mis padres en el corredor caminando,
el crepúsculo cubriendo las montañas,
pasan las horas, aparece Venus—
nuestras preguntas, sus contestaciones,
las largas, apasionadas conversaciones
para que prendiéramos nosotros fuego!
Se espera que la muerte quite el sello de los labios;
al partir, hasta los tontos se vuelven sabios,
los malos buenos, pero…cuando uno vive—la censura,
el oprobio, la falta, la pequeñez, el chisme, la injuria.
Ahora muere, vengan las flores, vengan los discursos,
las lágrimas, los bien rimados, mal pensados versos,
la vanagloria—
Cuando el oído está todavía fino, los ojos claros,
se dice: Es grande y yo le admiro.
Tiene talento como ninguno y yo lo reconozco.
Es poeta, pensador, filósofo y beso sus manos.
Maestro y padre, amigo y compañero, le venero.

Chicago, 1947.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1942). Sinfonía de luna.
Repertorio Americano, 39(4), 59.

Sinfonía de luna

Errante sueño de amante,
misteriosa líquida laguna
de fundido diamante,
Luna! Luna!
Plateada misteriosa laguna,
despliegas nostalgias una a una.
Canta encantada mi alma
la sinfonía de tu deslizar de Luna!
El ritmo de tu paso.
Luna llena, Luna bella
en nuevo cielo.
Errante sueño. Sueño de amante.
Luna! Luna!
Misteriosa plateada luna.

Evanston, Illinois, U.S.A.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1942). Sinfonía del sonido.
Repertorio Americano, 39(4), 61.

Sinfonía del sonido

Sí, Sí, sí,
colibrí
sí, sí,
colibrí,
colibrí—.
Rosas rojas, azucenas,
jazmines, níveas rosas!
Cielo turquí.
Oro y sol
Sí, sí, sí,
vibrante verde colibrí.
Dorada claridad en el jardín,
colibrí!
Detén, calla, mira,
encanto, musgo, flor,
tierno, amante colibrí.
¡Ah! tierra tropical, fuerte y bella—
terciopelo en las hojas,
verdor, vívido color, Flor!
Todo detiene el aliento,
mudas permanecen las cosas,
Sí, sí, sí,
ama el colibrí.
Joya, tesoro de besos
soñados…
Reflejos en las nubes de los cielos
turquí.
Reflejos en las níveas rosas del jardín.
Leve, suav rumor
sobre la flor
del vibrante verde colibrí.

Evanston, Illinois, U.S.A.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1944). Sola. *Repertorio Americano*, 41 (15), 238.

Sola

En las horas lentas de la noche
cuando desfilan las ausencias
y danzan inquietas las memorias como inmensas alas—
crecen mis nostalgias y tristezas
en melodías terribles que me agobian,
que ensanchan el alma y desbordan.
Sí, cuando sola en el silencio
soy un átomo en lo inmenso.
Recuerdo sonrisa, oigo palabras,
veo caras, tiernas y amadas.
Soleida de negra cabellera.
Hirán el hermoso, Flamenco el alegre.
Ana María morena del jardín —
hermana menor, cascabel, gamín!
Pensamientos veloces, dagas finas.
Y me digo cruel, cruel mi destino.
Bello – sobrehumano – incomparable.
Es entonces cuando comprendo
que bello es morir –
Cuán terrible vivir.
Vivir con heridas candentes en la mente.
Heridas que nunca duermen, que nunca callan,
que constantemente claman.
Heridas sin luz, ondas y secretas
y despiertas hasta cuando el silencio duerme.
Pido a Dios me dé fuerza,
quiero tallar de mi infortunio fortaleza.
Dios, compañero tierno.
Dios, fuente eterna de claras aguas.
Dios, que refugia el dolor de un mundo
en la infinita ternura de sus alas.

He sentido su mano viviente al hombro.
Cuando miraba, ojos abiertos, las tinieblas
que me ahogaban – lento –
he oído su voz a mi espalda –
con tan dulce pausado acento !
“Derecha - , ojos al cielo, paz en el alma;
esta vida es un momento”
Y callado quedó el tiempo.
Me sentí sumergida en la eterna calma.
Todo se disolvió en la nada,
la estancia, mi ser, mi dolor, la terrible angustia
en mi garganta que sella el grito–
Que dulzura más inmensa
que eterno é inolvidable valor–
nacer de pie, consciente, en la presencia de Dios.

Evanston, Chicago, 1944

Brenes de Hilarov, Fresia. (1940). Soleida. *Repertorio Americano*, 37(1), 9-10.

Soleida

Talle de Lirio en Flor, Soleida!
Delicada ninfa,
sabia dulcísima Soleida
Ojos negros, profundos, bellos,
cuya dulce mirada de niña encantada,
un mundo de paz enseñaba!
Nunca he visto cabellos
hilados de madejas de negrura,
sólo los tuyos, amada Soleida,
Recuerdas cuando yo les veía
ondular al viento, con candor, te decía:
Soleida, son hechos de poesía.
Vives! Vives! Vives Soleida!
Del recuerdo la divina brisa,
constante aletea a mi lado.
Ah! No me es dado,
frágil, delicada hermana mía,
cantar lo que para mí es tu vida.
Tu cuerpo un algo mostraba
la belleza de tu pura alma.
Dedos largos y finos de hada,
tenían el encanto de una profunda calma!
Piel sedosa, de pétalos de rosa.
Tú sonrisa siempre prendida
tan cerca de tu boca!
Voz con matiz de cristal,
eco de sereno manantial.
Ojos negros, profundos, bellos!
Sabia encantadora hermana mía,
nunca tendré tu sabiduría;
eres hecha de paz y sonrisa!
Dulce Soleida, buena hermana mía!

Evanston, III., U: S: A., marzo de 1939.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1939). Todo ser, expresión divina. *Repertorio Americano*, 36(7), 107.

Todo ser, expresión divina

He sentido en mis entrañas
el germinar de vidas humanas.
En mi mente palpitan
otros seres de vidas extrañas
que vienen de tierras encantadas.
Sus aleteos me excitan
ansias inmortales de ver
palpables, sus divinas existencias!
Pugnan, gritan y empujan,
por la gloria del nacer!

Evanston, III. U.S.A.. Diciembre de 1938.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1942). Triste. *Repertorio Americano*, 39(4), 59.

Triste

Triste, triste, siempre triste.
¿Soy acaso Ofelia?
¿En dónde encontraré la fuente?
¿En dónde el baño de melodía?
¿La siempre viva Alegría?
Amarguras hondas, desesperaciones incomprensibles…
Mi pobre vida muda, sin cantos.
Cantos perdidos, mustios en la entraña sombría.
Arabe en desierto con hambre, con sed,
seca la garganta,
con sed por el canto que murió en el alma.
yo les di muerte;
yo los ahogué,
yo misma, con mi mente
como dos manos sin piedad.
Ahogué mis cantos, no les palpé,
no les dí nombre, antes de oír su voz
yo se las corté como flor temprana.
Pobre de mí, triste, ¿acaso una Ofelia?
Soñaba con murmullos de agua
con quejas encantadas,
las hijas de los voces prendidas de mis labios,
alabadas por los vientos, amadas por la sinfonía del mar.
Cantos nunca oídos, sus cuerpos yacen yertos.
Yo los ví, muertos…
Antes de cantarles, yo los corté como flor temprana.

Evanston, Illinois, U.S.A.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1940). Triste en la noche de lluvia. *Repertorio Americano*, 37(1), 9-10.

Triste en noche de lluvia

Noche desconocida,
¿por qué lloras escondida,
en la negrura de tus cabellos?
Mira que ennegras los cielos!
No sabes llorar, tus lágrimas
son dulces, sin amarguras.
Venía con ansia de reposar mi alma
en amiga que escucha y calla;
mi angustia en ti no encuentra calma,
se ahueca al verte mi pesar.
En la negrura de mis cabellos
yo ahogaré también mi llorar,
solamente que mis lágrimas
son terriblemente amargas

Evanston, III., U: S: A., marzo de 1939.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1939). Veo la senda de mi destino. *Repertorio Americano*, 36(7), 107.

En Costa Rica dí mi primer grito al sentir mi
vida humana!.
A Costa Rica y a mis padres dedico
este mi primer canto, en mi lengua, de mi alma!

Fresia Brenes Hilarova

Veo la senda de mi destino

Embrocada sobre el manantial de amargura
he bebido la esencia del sufrir de mil vidas.
He temblado insegura
sobre abismos de cosas desconocidas.
Ciega, llena de incertidumbres,
vagué sin rumbo alguno,
por valles y por cumbres
sin encontrar oasis ninguno!
La soledad ha sido el manjar
sustento de mi sentido.
Golpeó la desesperación sin cesar,
pero no en vano,
veo la senda de mi destino!

Evanston, III. U.S.A., Diciembre de 1938.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1942). Vuelo. *Repertorio Americano*, 39(20), 314.

Vuelo

Sé volar.
Levanto levemente mis pies
y me lanzo!
Soy nube, soy pájaro,
soy yo, con alas.
Qué delicia, qué contento, qué paz.
Libre! Me digo
y palpo mi cuerpo aéreo!
Mis manos de asombro
rompen mi sueño.
Sólo me queda flameante
el dolor físico de mi ansia.
Es terrible batir mis alas
en los confines de una estancia.

Evanston, Illinois, U.S.A.
agosto de 1942.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1939). Walt Whitman.
Repertorio Americano, 36(7), 107.

Walt Whitman

Como Prometeo robaste el fuego
a los dioses!
Arde esa llama en lo más recóndito
de mi ser!
Jigante! Tienes los pies plantados
en la montaña del saber!
Whitman, tú cantas los cantares
que tiemblan en mi voz!
De tus pies vierten dos ríos:
el río de la comprensión, y el río
caudaloso del Amor!
Profeta sabio, tu eres nuestro precursor!
Todo lo que tu alma sintió
tiene eco sonoro en mi corazón—
prende alas inmensas para mi volar
el sol que brilla en esplendor
a tu espalda de viviente Dios!

Evanston, III. U.S.A.. Diciembre de 1938.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1942). Waltz de nieve.
Repertorio Americano, 39(4), 61.

Waltz de nieve

Ah! La nieve blanca, blanca nieve.
Blancas alas aplumadas,
de pechos de palomas adoradas.
Ramas raras de pétalos de jazmines,
alas, alas blancas de palomas,
con cadencias de violines.
Ah! La nieve, blanca, blanca nieve!
Marea de espuma,
alfombra de silencio
con ecos de chistal
aprisiona en su sonido
el latido
presuroso y recogido de mi corazón.
Alas, alas, blancas alas,
ramas raras, raras de pétalos de jazmín.
Blancas, blancas alas aplumadas
de pechos de palomas adoradas.

Evanston, Illinois, U.S.A.

Brenes de Hilarov, Fresia. (1942). Yo la inquietud humana. *Repertorio Americano*, 39(4), 59.

Yo la inquietud humana

Mírame, yo soy la rebelión!
Yo la sangre que arde,
el ansia que se desprende de eslabones.
Yo el mar que se desborda
rechazando con imperio todo confín.
Yo la cima que rasga los cielos,
yo la Inquietud Humana!
Yo la mujer de fecundo vientre
de todo pensar dentro la simiente,
No me desentiendan, no soy arrogancia humana,
que codicie posesión o sufra sed de fama.
Soy arrogante de entendimiento,
en la profundidad de mi sentimiento.

Evanston, Illinois, U.S.A.

Briceño Carrillo, Ruth Ligia. (1952). ¡Adios!. *Repertorio Americano*, 47(21), 327.

¡Adios!

¡Adiós!, dice el eco lejano
en la soledad de rumbos silenciosos,
donde la pena es angustia,
en la nieblas del dolor.
¡Adiós!, dice el eco lejano
en el grito del alma,
transida pena; como agua desatada
en las arenas cansadas,
en los prados taciturnos,
¡Adiós!, dice el eco lejano
y mi pena va cayendo
como abierta herida
en el surco denso de la noche sin fin.

Costa Rica. Mayo 1949.

Briceño Carrillo, Ruth Ligia. (1948). Camino abajo.
Repertorio Americano, 44(21), 325-326.

Camino abajo

(De Naturaleza).

Cantarina, bulliciosa
va el agua
saltando piedra y tierra,
destino abajo.
––“¡Aquí estoy y por aquí voy!”,
dice a lo lejos,
y el césped alegre,
hasta se ha ruborizado en verde,
y los álamos del bosque,
se han encorvado
en sus vetustos troncos
para poder besarla.
¡Aquí estoy, pero me voy también!
—¡Adiós césped!
—¡Adiós álamos!
que más agua,
viene atrás,
camino abajo.

Briceño Carrillo, Ruth Ligia. (1948). Cansancio.
Repertorio Americano, 44(21), 325-326.

Cansancio

¡Amado, qué cansada estoy!
ha sido tan largo
el camino de la espera;
¡Amado, ayúdame
a quitar el polvo
de todos los caminos,
extiende tus brazos
de ensueño, y deja reposar,
en su blandura y tibieza,
las violetas de la tarde
recogidas en todos los senderos!
¡Amado, qué cansada estoy!
¡Te llamo y no respondes!
¡Te grito y no me oyes!
¡Amado, no vengas ahora!
que las violetas de la tarde
se han marchitado ya,
y el polvo de todos los senderos
¡para qué quitarlo ya!

San José, Costa Rica.
Noviembre de 1948.—

Briceño Carrillo, Ruth Ligia. (1952). ¡Cómo poder olvidarte!. *Repertorio Americano*, 47(21), 327.

¡Cómo poder olvidarte !

¡Cómo poder olvidarte!
si eres raíz viva
de mi sed viajera.
¡Cómo poder olvidarte!
si eres nostalgia
erguida en la hora del silencio.
¡Cómo poder olvidarte!
si eres angustia abierta
al llanto del corazón.
¡Cómo poder olvidarte!
si eres grito perdido
en el fondo inmenso
del corazón.

Costa Rica. Mayo 1949.

Briceño Carrillo, Ruth Ligia. (1948). De compras.
Repertorio Americano, 4(21), 325-326.

De compras

Vamos, amiga.
Vamos de compras,
que en cena de Nochebuena,
invitados nuestros esperan…

¡Una canasta y un rollete para ti!
¡Una canasta y un rollete para mí!
Y con airoso gesto nuestros pasos
se pierden, quedando eco
en calles y avenidas,
y nuestras sombras, dibujadas
en la pared cercana,
a lo largo de la vía,
fueron legado indígena
que nos diera
el hermano de raza…
y nuestras sombras se confunden
desafiantes, frente
al tumulto de gentes
que apresurada compra…
Mar de canastos, que se yerguen
en simpático vaivén
sobre cabeza indígena.
Mar de sonrisas en nuestros labios
al escapar del golpe certero
de una verdura, que en el aire
se agita, en canasta indígena.
—¡Cómpreme, chula,
que llevo de todo!
—¡Cómpreme reina,
que si me compra
la llevaré a casar!

Y la multiplicidad de voces
se pierde entre el verdor de
lechugas.

—Amiga, ve por aquí!
¡Amiga, ve por allá!
—¡Cuidado con las pezuñas!
grita en simpático gesto
un labrador mestizo
que con su ufana carretilla,
llena de repletos sacos,
quería abrirse paso
entre el mar humano,
que en frenético oleaje
corría por acá y allá.

—¡Cuidado con las pezuñas, reina!
¡Cuidado con las pezuñas, chula!

Y sonrientes vimos
pasar la airosa carretilla.

Llena tu canasta,
llena mi canasta,
con sonrisa triunfante,
con caminar cadencioso,
del tumulto nos alejamos.

¡De nuevo a casa,
que invitados a cena esperan!

San José, Costa Rica.
Noviembre de 1948.—

Briceño Carrillo, Ruth Ligia. (1948). Espíritu indígena. *Repertorio Americano*, 44(21), 325-326.

Espíritu indígena

Inclinada mi cabeza,
entrelazadas las manos,
en ademán estático
recibí la caricia
del Dios Sol.
Mi cuerpo fué saturándose
de tibio calor,
y sentí renacer
de tiempo pasado
ancestral en mi ser.
Inconsciente,
levanté mis manos,
hacia espacio y sol.
Inconciente,
mis ojos se llenaron
de rara alegría
y llena de sol y espacio
de hinojos, a las plantas
del Dios Sol
inclinada mi cabeza, quedó.

San José, Costa Rica.
Noviembre de 1948.—

Briceño Carrillo, Ruth Ligia. (1948). Indio Hermano.
Repertorio Americano, 44(21), 325-326.

Indio hermano

(De Raza).

Indio hermano,
subí la cima imponente,
asida a los troncos,
a los yerbajos de la selva,
metiendo mis uñas
en la dura tierra.
¡Escalando, escalando,
entre cieno y verdor!
Indio hermano,
Subí la cima imponente
con tierra en mis manos y cara,
con sangre en mis manos y pies.
subí lentamente,
pero aquí estoy,
¡Indio hermano!,
postrada ante las Tres Cruces
a dar las gracias.

Indio hermano:
mañana será el descenso,
junto al alba, tú y yo debemos partir
y a la sima debemos llegar, ¡quizás!...
Por eso junto al alba debemos orar.

San José, Costa Rica.
Noviembre de 1948.—

Briceño Carrillo, Ruth Ligia. (1952). Junto al silencio. *Repertorio Americano*, 47(21), 327.

Junto al silencio

El recuerdo es rocío
en los pétalos temblorosos,
de la noche triste
de mi vetusto y eterno dolor.
Cae el recuerdo inmenso,
a orillas del ensueño
y es en el silencio de mi tristeza
crepúsculo que se doblega
en brazos múltiples y eternos.

Costa Rica. Mayo 1949.

Briceño Carrillo, Ruth Ligia. (1950). Naufragio.
Repertorio Americano, 46(20), 311.

Naufragio

Soledad en el recuerdo; cauce verde
en la playa de suaves sonoridades;
arena perdida en la curva del viento;
canción de agua lejana, buscando…
¡Ecos de voces quebradas en lejanía!
Desnuda en el espacio, eco y palabra
se pierden en la surgida soledad,
en la tristeza de las horas muertas,
¡alma perdida en tu nombre!
En tu nombre abandonado en lejano silencio.
¡Nada importa ya!...
en la blanca estela del mar,
eterno de voces, la soledad es quietud
en el paisaje de *naufragio.*
…¡Corazón perdido!...
En la estela de sombras y recuerdo.

Agosto de 1950.

Briceño Carrillo, Ruth Ligia. (1948). Orando. *Repertorio Americano*, 44(21), 325-326.

Orando

(De A Solas).

La iglesia está desierta,
los santos se han quedado
solos, quietos y tristes…
El vientecillo de diciembre,
juguetón, se cuela
por rendijas y puertas…
El polvo en cortinas
blanco amarillentas,
llena los altares de raros encajes…
el polvo asciende y asciende,
como incienso al Señor…
La campana en lo alto,
lanza uno a uno, su sonido quejumbroso,
para que se escuche,
aquí, allá y más lejos…
Surgen en el ambiente
enlutadas figuras, rígidas sin rostro,
mecidas por el viento de diciembre,
que en procesión llenan la iglesia…
La campana en lo alto
llama y llama…
Más figuras no enlutadas
llegan y llegan.
¡Fieles y más fieles!
¡Qué llena ha quedado la iglesia!
¡Dios mío, todos vienen a Ti!
¡Dios mío, voy hacia Ti!

San José, Costa Rica.
Noviembre de 1948.—

Briceño Carrillo, Ruth Ligia. (1948). Para entonces.
Repertorio Americano, 44(21), 325-326.

Para entonces

(De Siempre tú)

En el lento ir y venir
del tiempo…, cansada,
con el eterno fardo
de tu ausencia,
me detuve,
en el anchuroso camino de la vida.
En el lento ir y venir
de minutos,
hubiste de llegar a mi sendero,
en el ocaso de la tarde,
y tu presencia fué
renacer de primavera
en el eterno erial
de alma y escenario.

Amado que siempre esperé:
cuando tiendas la mano
para contestar un nuevo ¡adiós!
cuando mi alma,
con la desesperación
de saberte ya ausente,
te diga también de nuevo ¡adiós!
para entonces,
ya el fardo de tu ausencia
no será tan pesado,
ni el escenario tan lúgubre;
porque en el marco de mis pupilas,
tu imagen será: compañía
en el anchuroso camino de la vida.

San José, Costa Rica.
Noviembre de 1948.—

Briceño Carrillo, Ruth Ligia. (1949). Poemas de ausencia y regreso. *Repertorio Americano*, 45(15), 236.

Poemas de ausencia y regreso

(Mi sencilla ofrenda para Carmen Lira)

1

Ha caído junto al jardín,
junto al limonero,
el llanto de la tarde…
hojas, flores y musgo,
como pétalos abiertos
al llanto del dolor,
grito del limonero
en la tierra herida,
grito intenso
abandonado en la desesperación

Así en el silencio
poblado de ecos,
el llanto se va
tras el eco de tu voz,
de tu voz pródiga,
pródiga de aliento y dulzura,
tu voz deshojada,
a los vientos y al tiempo…

Así en la lágrima,
en el grito de angustia,
tu sombra se ha clavado
en la tierra pródiga
del corazón,
donde tu recuerdo,
es eterno regreso,
donde tu presencia
es peñón invencible
¡a las furias y al tiempo!

2

Todo es dolor…
se ha ido quien fuera poesía,
quien fuera madre y hermana;
para el chiquillo desamparado,
para la campesina cargada de
penas,
para el labrador cansado de ruda
faena,
¡para todos nosotros!

¡Se fué,
a tierra lejana,
y de tierra lejana
nos vino llena de rosas…!

Todo es dolor…
se ha ido quien fuera la Patria,
quien fuera la luz del saber,
para el chicuelo, el labrador,
para el obrero, para la campesina,
¡para todos nosotros!

¡Se fué,
pero su voz
es eco hecho luz eterna,
en el camino profundo,
que su palabra trazó!

C. R., mayo de 1949

Briceño Carrillo, Ruth Ligia. (1948). Poemas sin nombre. *Repertorio Americano*, 44(14), 211- 212.

Poemas sin nombre

(Siempre Tú)

I

¡Felicidad mía!
Quise asirte fuertemente
con lazos de rosa,
pero te escapaste,
cuando aún florecían
las rojas amapolas
en mis labios y en mi cara.

¡Felicidad mía!
te fuis [sic] en brazos de una tarde
…y quedé…
en medio del sendero,
con mis brazos en cruz,
con mis manos en tierra,
sollozando, implorando
para que nunca
¡vuelvas a mi sendero!

II

Enero…, Julio…
¡Un día que viene,
y otro que se va!
Y mi loca fantasía,
optimismo en fe
que se desborda
en el nuevo amanecer
de que: Pronto volveré,
va llenando de sonrisas
mis labios, ya marchitos
de tu lejanía.

Octubre…, Noviembre…,
Diciembre…,
días más, días menos
de ausencia.
¡Qué importa, amado,
si algún día te veré!

III

Todo es silencio.
¡Eterno!... Desesperante…
Busco por todos los rincones
tu rostro, tus rasgos familiares
para poder acallar
esta eterna sed de encontrarte.
¡Pero inútil es todo!
Frente a mi eterna búsqueda:
Silencio… Eterno… Desesperante.
Frente a mi desesperación:
Lágrimas, tan sólo lágrimas.

IV

A lo largo de las horas
va la fuga de mi pensamiento…
galopando…, galopando…
por doquiera.

A lo largo de las horas,
por sobre mi íntima tragedia
de ausencia,
va diseñándose,
en el perfil del recuerdo
y ante pupilas y lágrimas
tu rostro familiar…

Y frente a toda esta sinfonía
de desesperación,
va mi vida sin objetivo,
a lo largo de las horas,
en la fuga del recuerdo,
galopando…, galopando…
por doquiera.

V

¡Qué quietud más tranquila
la de la tarde!...
llega al alma
y se desborda en alegría,
¡alegría porque tú estás
a mi lado!

¡Qué quietud más tranquila
la de la tarde!...
querer asirla con mano fuerte
y no dejarla escapar,
para formar para mí,
con ella y contigo
el collar de lo eterno.

Y en este instante…
mi alma, en la quietud de la tarde
ya es plegaria de imploración ;
por querer asir fuertemente
lo que no puede,
lo que no debe, pertenecernos…

¡Qué quietud más desesperante
la de la tarde!

VI

¡La tarde va cayendo
dulcemente,
en el césped del ocaso!
La noche, embriagada
de sombra, surge
tempestuosa,
devorando luz y sombra.

Y frente a esta sinfonía
claro-oscura,
mi alma, tarde
en luz y sombra
de ausencia,
se ha perdido
quedamente,
en la oquedad infinita
de mi soledad.
Para ser: Sinfonía de imploración
en esta noche: Soledad de
eternidad.

VII

¡Madre!
Hace tanto tiempo
que recordar no quisiera,
llegó a mi vereda
el caminante que esperaba…

Venía con la eterna sed
de los años y de la espera
y con mi cántaro lleno
de agua cristalina
acallé su sed…

Venía con el cansancio,
con la fatiga del camino
y le ofrendé mi tibio brazo,
para que descansara,
su cabeza matizada por los años,
por los abrojos del sendero.

¡Madre!
pero una mañana,
que recordar no quisiera,
el caminante de mi vereda, ¡se alejó!

VIII

¡Amado, Diciembre! ¡Pronto vendrá!

Cerraré la ventana de mi eterna tristeza
para correr con mi ensoñación,
en pos de tu bienvenida;
en la playa del recuerdo.

¡Amado, Diciembre! ¡Pronto vendrá!

Me vestiré toda de rosa,
…Llevaré engarzados en mis cabellos
todos los nomeolvides que tú me
dieras—.
…Llevaré todas las rojas amapolas
que en tu ausencia florecieron.

¡Amado Diciembre! ¡Pronto vendrá!

Qué feliz me siento ya.
porque una vez más
a mi sendero llegarás.

IX

¡Lluvia incesante!
lluvia que se desliza,
a lo largo de las horas,
a lo largo de ambiente y tierra
en unísono de verticalidad.

¡Madre lluvia!
en canto de tu soledad,
de esta soledad
que también es mi soledad,
elevo el cáliz
de mi desesperación
en esta noche de ausencia,
para que mi plegaria…!Sea!

¡Lluvia incesante!
lluvia que se desliza,
que se pierde,
entre corazón y lágrimas
en unísono de amargura.

San José, Costa Rica
Setiembre 1948.

Briceño Carrillo, Ruth Ligia. (1948). Sollozando a solas. *Repertorio Americano*, 44(21), 325-326.

Sollozando a solas

Corrí por los prados,
llenos de verdor,
con mi canción de esperanza,
con mi canción de tristeza,
que pudiera entonarse;
con melodía de viento,
con soledad de noche.

Corrí por los prados
llenos de claridad lunar,
en pos del recuerdo,
que hiciera eco,
con mi canción desgarradora
de ausencia y esperanza.

Corrí lejos, muy lejos…
hasta que mi canción
fué, sollozo desesperante,
en la noche del recuerdo,
en la noche de la soledad.

San José, Costa Rica.
Noviembre de 1948.—

Briceño Carrillo, Ruth Ligia. (1950). Voz eterna.
Repertorio Americano, 46(20), 311.

Voz eterna

Lentamente, caen las mustias hojas
enarbolando suspiros,
en los plácidos senderos,
junto a riachuelos blancos,
¡de tanto gritar!...
junto a calladas piedras
¡somnolientas de tiempo y quietud!
A lo lejos, el césped florido en verdor,
susurra su canto de amor eterno,
junto a indígenas itabos,
que desafiantes lanzan sus flores y hojas
a vientos y a espacios.

Más allá alineados,
corren presurosos manzanos;
por callejones sombríos,
entre cantarina hojarasca,
entre césped y maleza…

Sube dulce voz
de cantos eternos y divinos,
¡como el alma del Creador!
Quietud que llena ambiente,
plegaria divina, desplegada
al tiempo y al espacio.

Agosto de 1950.

Carbonell, Àngela. (1944). Hombre proletario. *Repertorio Americano*, 41(12), 190.

Hombre proletario

Hombre proletario,
sencillo camarada,
que en la futura lucha
serás mi hermano leal.

Tu mano encallecida
al lado de mi mano;
tu mente y la mía
tras un mismo Ideal.

Tu cabello revuelto,
el mío corto y suelto,
rebeldes como el canto
que vamos a entonar.

Iremos juntos siempre,
hermano proletario,
tu corazón y el mío
amando el mismo Ideal.

2

Para ti, hombre de rostro conocido,
quiero ser.
Para ti
que diste la palabra exacta
que cabía en mi silencio.

A tí ofrezco
la energía intensa de mis horas,
la extensa plenitud de mi ternura,
todo lo dulce que en mí pueda
haber.

Hombre generoso de voz conocida
que me has hecho presentir
el cuerpo pequeñito
de un hijo entre los dos

3

Hoy vienes a mí.
Traes, como en días anteriores,
la risa y los gestos rudos
saturados con la miel
y la hiel de los instintos.

Anoche yo te esperaba.
¿Por qué?
No sé... Porque te esperaba.
Era la noche igual
que las noches anteriores.

Ahora llegas
con un caudal de palabras nuevas.
Y volverás a palpar y poseer
los secretos de mi piel.

Sé que me sabes toda.
Sin embargo no supiste
llegar cuando te esperaba.

4

Vuelve a mí
Vuelve a unirte a mi destino.

Tú sabes
que hasta la última ola
que palpita en mis venas es tuya.

¡Vuelve!
Mi hijo espera tu sangre
para salir a la vida.

Yo ensancharé de nuevo
mi alma para que te contenga

¡Vuelve!
No rehuyas el camino
que te ofrece mi ternura.

Costa Rica, octubre del 44.

Castro de Jiménez Auristela. (1928). Acuérdate de mi.
Repertorio Americano, 17(10), 149.

Acuérdate de mi[1]

¡Oh, ven! La primavera llegase a mis jardines.
Mirad el mar de flores perderse en los confines,
y el hurto deshojarse en lluvia de azahar.
Mirad las mariposas
libando entre mis rosas
las gotas de cristal.

Las flores tienen alma ¿verdad? Si ellas pudieran
hablar ¡qué lindas cosas seguro nos dijeran!
Dirían que la vida, en su incesante huir,
es deshojar de pétalos: un constante morir.
Dirían que palabras, acciones, pensamientos,
son pétalos que escapan en todos los momentos.
Que vamos alfombrando
la ruta… y van volando
pedazos de nuestra alma, llevado por los vientos.
¡Las flores tienen alma! Yo siento que las rosas
se adentran en mi vida con fuerzas misteriosas!
Me gusta verlas frescas luciendo sus matices
con la alegría sana de mis horas felices.
Y en las tardes brumosas,
en esas tardes grises
que llenan de nostalgia los seres y las cosas,
me invade su tristeza:
¡no puedo soportar
el lento deshojar
de pétalos, que bajan rodando con pereza… ¡
En la infinita calma,
¡yo siento que en cada uno palpita un trozo de alma!
Mañana, cuando mires llegar la Primavera,
acuérdate de mí… la rosa pasajera
que quiso hoy en tu vida poner una ilusión.
Acuérdate de mí si el ala de la brisa,
cargada de perfumes y pétalos, de prisa
se cuela en tu balcón…
Y cuando, allá en la tarde, las rosas junto a ti
deshojen sus corolas…¡acuérdate de mí!

---

1 Página lírica.

Castro de Jiménez Auristela. (1925). Cumpleaños.
Repertorio Americano, 11(14), 212.

Cumpleaños

Abuelita dulce…
Hoy nuestros jardines quedarán sin flores,
las bocas sin besos, y cual campanitas
repican alegres nuestros corazones.

Uno… cien… millares…
Toma…! toma…! ¿En dónde
pondremos más besos? ¿En los algodones
de tu alba cabeza?
¿Es la augusta frente? ¿Sobre los fulgores
de tus negros ojos? ¿Sellando tus labios
que son rica frente de enseñanzas nobles?

Tus años vividos
son ochenta soles,
que alumbran la senda florida, que hollamos
con paso inocente, llenos de ilusiones.
Tu vida cristiana,
—Vida de trabajo que el Señor prolongue—
tiene el misticismo, la santa belleza,
del Manual querido de mis oraciones.

Deja tus bordados, abuelita, y ponme
sobre tus rodillas. Cuenta tus mejores
cuentos… Los que me hablen
de ti… de abuelito…
aquel, cuya vida llenaste de paz y de goces.
Dime de tus hijos
que tienen a orgullo pronunciar tu nombre;
de la fuerza moral que te asiste;
de cómo se lucha.

de cómo se vence;
cómo santifican penas y dolores.
Háblame del fresco
portal, oloroso a piñuelas y a monte,
donde ponen tus manos piadosas
la labor paciente de días y noches.
Y de aquella mesa llena hasta los bordes,
que en la Noche Buena
devoramos todos con ojos glotones;
son los aguinaldos
de tus nietecitos… tus hijos… tus pobres.
Deja los bordados, abuelita, y ponme
sobre tus rodillas. Te daré millones
de besos… ¡millones!
cerrando tus ojos,
sellando tus labios
que son rica fuente de enseñanzas nobles.

San José, 4 de Marzo de 1925.

Castro de Jiménez, Auristela. (1928). El ejemplo de los dioses. *Repertorio Americano*, 17(10), 149.

El ejemplo de los dioses[1]

Soñé…
Era un bello Jardín de un palacio.
De todos colores las rosa yo ví florecer:
ornaban las verjas, trepaban los muros,
ponían su matiz en los troncos oscuros,
y el césped y el suelo de pétalos blancos
llenaban también…
Tú y yo descendimos por la escalinata,
—solos habitantes del palacio aquél—.
Tú lucías un traje azul y escarlata,
yo, graciosa bata,
de rayos de aurora tejida tal vez.
La luna —¡qué linda!—filtraba en las frondas
su luz y su encanto… plateaba las ondas
del lago, en que había un palacio al revés.
Nuestro amor ¡qué blanco! ¡que dulce! ¡qué suave!
cual plumón del ave
que bebía estrellas en el agua.
«Ven»,
me dijiste, y fuimos por entre las rosas,
admirando estatuas de dioses y diosas,
envueltos en luna… plenos de embriaguez…
Todo en ese instante, «amor», nos decía.
Por doquier había
un idilio… una ansia que hacia estremecer.
«Sigamos su ejemplo
—dijiste, mostrando los dioses—
Los dulces instantes escapan veloces…
¡Vivamos, mi bien!»
…Y, al pie de la estatua, en el banco florido,
pidiéndoles excusas al rayo de luna que estaba dormido
probamos del beso el divino placer.

---

1 Página lírica.

Castro de Jiménez Auristela. (1928). Piedras. *Repertorio Americano*, 17(10), 149.

Piedras[1]

¡Piedras! Hay un impulso
dentro de mí, que hacia vosotras tiende.
Cada vez que os cruzáis en mi camino,
despertáis un anhelo peregrino
en mi sér, que os admira y os comprende.

¿Tenéis alma?—decid—¿guardáis acaso
esa antorcha preciosa de luz viva
en vuestra masa inerte, y la cautiva
asoma su ansiedad por los millones
de poros, ventanales o balcones,
—ojos quizá, que observan y fascinan, —
y así como el imán atrae el acero,
intentáis absorber mi sér entero?

Tal vez mi corazón sea una piedra
gemela con vosotras,
que golpea en mi pecho muy de prisa,
cuando un amago de dolor le arredra,
cuando un goce en sus fibras se desliza.
O al revés… sois vosotras los pedazos
de un corazón enorme y palpitante…
El corazón de ese planeta errante,
que en una hora de angustia y de histerismo,
de horrendo cataclismo,
os arrojó al espacio, vomitadas
por cien bocas flamígeras—entradas
a las igneas cavernas del abismo…
Y después… cuando todo se disgregue,
cuando la capa de humus que reviste
como un manto fecundo

1 Página lírica.

el rocoso esqueleto,
se reseque, se esponje, se despegue,
si la recia armadura no resiste,
a buscar hospedaje en otro mundo
volaréis como flechas luminosas,
y al cruzar por el aire enrarecido,
en bólido encendido,
fingiréis diamantinas mariposas!...
Simbolizáis lo eterno, lo inmutable,
el numen que perdura. La memoria
de los siglos guardáis en vuestros átomos.
Conocéis el secreto impenetrable
del principio del Tiempo, y vuestra historia
es la historia del Mundo que ha salido
no sabemos de dónde, ni es sabido
dónde acabe su hermosa trayectoria.
¡Edad de Piedra!... Allí principia el hombre
a poner los cimientos del grandioso
edificio que hoy álzase orgulloso:
la Civilización.
El dolmen milenario,
el acueducto, el arco, el obelisco,
la esfinge del desierto, la pirámide,
el rústico santuario
de apilados lajones,
el ídolo deforme… son mojones
tendidos a lo largo de la Historia
por vosotras, y marcan el camino
comenzado al rayar la Prehistoria,
por el hombre que marcha a su destino,
para llegar… ¿a dónde? ¡No sabemos!...
Mas toscas o labradas,
en finísima arena,
ya solas, ya mezcladas,
en vidrio, en argamasa o en cemento,
continuáis la cadena,
tal vez un monumento
formando… o bien la almena
de un castillo… celdas de un convento!

Simbolizáis lo eterno, lo inmutable…
Y por eso Moisés el elegido,
por temor del olvido
o del tiempo que todo lo consume,
en dos tablas de piedra
recibió su Decálogo admirable.
… Y con luz que destella,
según rezan las Santas Escrituras,
la del Monte Tabor
aún conserva la huella
bendita del Señor.
Las piedras del Sepulcro, de Jacob,
de la honda de David,
aureoladas con luz de misticismo,
con piedras preciosas
engarzadas están al Cristianismo.
¿Y no es Pedro la piedra en que se asienta
la Iglesia del Rabino,
el dulce robador de corazones?
Pues nadie sus blasones
más brillantes ostenta;
ni nadie se presenta
con más limpio y añejo pergamino.

¡Criaturas adorables,
cada vez que os cruzáis en mi camino,
me dejáis un anhelo peregrino
que me invita a soñar!
Mi fantasía!
habituada a las giras deliciosas
por predios encantados,
por jardines de rosas,
por la alameda umbría,
por la comba del mar…
se complace en hallaros dondequiera,
—reales o fingidas—
A veces en la nube pasajera
con que se empiedra el cielo;

a veces en el suelo,
calladas y adormidas
bajo el beso abrasante
de un sol canicular que da bochorno.
Vuestras calvas destellan con reflejos
morados, amarillos o bermejos,
mientras chillan en lo alto las cigarras,
y la hormiga afanosa
en la sombra que dais, construye su horno.

Ahora es en el río…
Del calor del estío
me defiende una copa de verdura
que me presta su sombra.
Sobre mullida alfombra
de zacate que cubre las riberas
me dispongo a gozarme en el paisaje.
Salidas del boscaje,
las aguas saltarinas y parleras
se deslizan cantando
por la fácil pendiente
con el suave ras-ras de una serpiente…
¿Para quién las canciones
dulcemente sentidas,
los diamantes y encajes,
las guirnaldas tejidas?
Y las sartas de perlas
¿quién irá a recogerlas?
Oponiendo una valla a la corriente,
ya plantadas en medio, ya a la orilla,
solitarias, en grupo, armando un puente,
en pequeñas arcadas,
desnudas o forradas
en musgos de colores y en gramilla,
sois las piedras sus únicos amores,
sus amigas de siempre,
el objeto de todos los primores.
Su canto en un arrullo

a las piedras dormidas en su cuna
bajo el verde cristal... Y en los idilios
mantenidos desde épocas remotas,
a la lumbre del sol y de la luna,
vale oír la dulzura de esas notas:
primero entumecidas…
después son como el raso…
más tarde en un crescendo
que culmina agitado en el abrazo
mil veces repetido…
ahora es un gemido
que se pierde y apaga en el estruendo
de una nueva caricia,
en que no hay sensualismo ni malicia.
…Y la vista extasiada
se recrea admirando los encajes,
las coronas ceñidas al acaso,
y la capa de musgos, irisada
con mil gotas brillantes
que os dejan a porfía,
susceptibles de todos los cambiantes
desde que nace el sol hasta su ocaso.
—Regio manto que tiene como broche,
una gema de sol, durante el días,
un rayo de luna, por la noche.

Más lejos…, en el mar…
resistiendo el embate de las olas,
y emergiendo arrogantes de la espuma,
me obligáis a pensar
y se yerguen altivas,
con más bríos y más fé, cuanto más vivas
a sus plantas se agitan las pasiones.
Ruge el mar y desátanse aquilones
que cuajaron allá en playas ignotas;
ni un instante siquiera han conmovido
las moles gigantescas, que son nido
de miles de gaviotas.

Sueltos vuelan al aire los plumones,
y descienden florando a las espumas…
Mientras tanto, la cumbre se colora
con los tintes rosados de la aurora,
o los tibios destellos
del sol que reaparece entre las brumas.
Si el mar está verde
con un verde sombrío;
si está el agua tranquila,
como enorme pupila

de algún monstruo que acecha entre las ondas,
—¡qué capricho este mío!—
yo quisiera ser buzo y deslizarme
por la oscura caverna,
que mis ojos no ven, más adivino:
palacio submarino,
donde la mar se interna
socavando impertérrita la roca;
palacio de cristales,
de conchas y corales,
habitado por pulpos y delfines,
tritones y sirenas
voluptuosas, que peinan las melenas
con sus peines de oro, y cuyo hechizo
miente al pobre mortal un paraíso.
¡Sirenas y tritones…
y reyes encantados…
y todas las legiones
de seres mitológicos que pasan
por mi imaginación
brindándome en esta hora un goce puro,
brotaron al conjuro
de vosotras, que sois mi inspiración!
Pues doquiera que estéis: el camino
polvoso y fatigante,
procurando descanso al caminante;
en la cumbre el horizonte,

inspirando quizás una leyenda;
o sirviendo de templo;
o tal vez dando ejemplo
de equilibrio, como una maravilla
de la naturaleza;
forradas en gramilla
velando el frío sueño,
el último, el temido,
de algún sér sepultado en el olvido
por pobre, por pequeño,
…siempre, siempre mi alada fantasía
ha bebido en vosotras poesía.
…¡Y mi pluma tan torpe,
que no sabe expresar lo que yo siento!
Ya fué dicho una vez, no sé si en prosa:
voló la mariposa
desplegando el prodigio de sus alas;
la apresáis en la mano, y de sus galas
sólo os queda un despojo ceniciento…
…Así es el Pensamiento!

San José, 10 de Marzo de 1924.
1 Página

Castro de Jiménez Auristela. (1947). Quetzalcoatl,
Todo en todo, Plenitud, Ley es ley, Max Jiménez.
Repertorio Americano, 43(6), 88.1

Quetzalcoatl

Yo no sé cuál palabra de rayo
zigzaguea y me dice al oído:
Esta América —madre del Ande—
representa en grande
al dios Papagayo,
a Quetzalcoatl, amado y temido.
Desde cabo Forward viene la
serpiente
que lleva en la frente
hermoso penacho de plumas
erguido.
Plumas hacia Alaska y hacia el
Labrador;
hacía Boothia, plumas,
y hacia las espumas
del Caribe y su golfo mayor.

Eterna Verdad, ¿qué me dices?
Es fiel la leyenda del Ave y la
sierpe?
Son alegorías
de filosofías?

Parece que el Cielo confirma
las verdades que el hombre supone;
les pone la firma
de sabiduría
con la rúbrica ardiente del día.
Biblia… Popol Vuh.. alma
americana…
—alma de luz maya, inca o
araucana—
todos vienen a tiempo concordando
en el cómo y el cuándo
de una casta de hombres soberana.

¿Dónde tuvo su cuna el primer día;
dónde comió Adán su cobardía?

Andan los hombres rendidos
buscando rastros perdidos,
y preguntan a la mar.

Pero la mar no responde
cómo, cuándo, dónde
tuvo el hombre un Paraíso que
añorar.

Andan los hombres despiertos
buscando los rastros ciertos
de aquel hombre del Edén.
¿Era de raza araucana,
inca, maya o africana,
de la India, de la China,
o de Atlántida vecina?

Quetzalcoatl, dios del viento,
debe saber el momento,
y dónde el hombre nació.

Donde quedó la serpiente
(ave de Edén transformada)
allí mismo está encantada
la Tierra de la Ilusión
en forma de corazón
o de arpa descordada.
Entre dos mares de azur
y bajo la Cruz del Sur.

Todo en todo

(Para el fino pensador Luis Villa ronga. Puerto Rico).

El arte de vivir es una fruta madura;
tersa para la mano,
bella para la vista,
grata para el olfato,
sabrosamente dulce… y vitamínica.
El arte de vivir es agradar y florecer;
adaptarse al ambiente y crecer;
hacerse grande de alma,
desbordarla, y ponerla a ritmar,
con la flor, con la espina, la palma,
la brisa y el mar.
Diluirla en emoción;
bordarla en pensamiento,
y dejarla llevar de la ilusión
como cinta llevada por el viento.
Ser nosotros, y aquello que tocamos,
no limitarnos a plasmada arcilla;
arder en llama hasta que consumamos
el leño, y consigamos —¡maravilla!—
volcarnos en campana sin tañido
—cornucopia de bienes—
sobre el dolor, la queja y el gemido.
Lejos y cerca
de todo corazón adolorido.
Lejos y cerca
de todo lo que es luz, bondad, fragancia.
Lejos y cerca porque no hay distancia
para el éter, que abarca
compenetra y vitaliza.
Porque no hay distancia ni entre mundo y mundo
ni entre Dios y el hombre.
Porque todo en el Todo está,
sin distinción de esencia, forma, o nombre.

Plenitud

(Con cariñoso respeto al Maestro García Monge).

Responde el corazón:
tipitipón.
No está dormido.
Nos vamos sin hacer ruido
—él y yo—
por los mundos que llamé “lo inconocido”.
Ya puedo volar,
Y ya tengo la llave para entrar.
Conseguí poder
para oír, para ver.
No saben las gentes dormidas
de estas huídas.
Que si lo superan…

Abro el alma a la dulce esperanza.
Me esperan
días de abundante vivir.
Aquí está mi copa de fino cristal trascendente.
Aquí eternamente
pondrá Ganimedes, dorado elixir.

Ley es ley

Me dijeron que ayer
mantuviste la luz apagada
porque no tenía tu lámpara aceite.
Yo también pasé mi zona de caos,
y vengo a decirte que hay una alborada
después de esa noche cerrada
que es una muerte.
No saben los hombres,
que ven al hermano como a vil gusano,
que todos —que ellos— pasarán la prueba.
Sí, ¡la pasarán!
Porque todos somos la raza de Adán.
¿Por qué se ensañaron conmigo,
y por qué, hoy mismo, se ensañan contigo?
El ángel testigo de tanta torpeza
—el que brinda el cáliz— baja la cabeza
y llora contigo,
cual lloró conmigo.

Max Jiménez

Max Jiménez. Distinguido
en nuestro mundo elegante
—de frac, de chistera y guante—.
Un bohemio extraordinario:
benefactor, mecenas, millonario.
Para cada momento, una faceta:
escultor, pintor, poeta…
Disfrutó su bohemía
como el ave viajera
que pasa en el Norte la primavera
y vuela a disfrutarla en el Mediodía.
Como amigo, llevaba toisón.
Como humano, un gran corazón.
Y bebió la vida en copa de oro:
su propio decoro.
Dejadme pasar a la eternidad,
dijo terminante. Y pasó.
Su numen osado
vivía acostumbrado
a imponer: “Soy yo”!
Soñador. Valiente de temeridad,
era un monumento de sinceridad.

Costa Rica, mayo de 1947.

Castro de Jiménez, Auristela. (1924). Sí tengo alas...
Repertorio Americano, 10(13), 205.

Sí tengo alas...

Mariposa: tú y yo somos pequeños.
Menguados son mis sueños y tus alas .
Tú que puedes volar, no tienes sueños.
Yo que puedo soñar, no tengo alas.
CAMPOAMOR.

Sí tengo alas... Palpitar las siento,
y agitarse en anhelos de proezas.
Sí tengo alas, y también aliento,
para alzarme a favor del pensamiento
por encima de afanes y tristezas.

Si en la Tierra me azotan los desvelos,
y el dolor hace blanco en mi flaqueza,
tiendo el ala feliz... y allá en los cielos
voy trocando pesares y recelos
por una amplia visión de la Belleza

¡Oh Belleza, la diosa entre las diosas!
Esta vida que tengo te la ofrezco.
He bebido tus aguas milagrosas,
y me has dado a mirar todas las cosas
bajo un lente de Amor... ¡Te pertenezco!

Alas me dieron.... y este don divino
es mi herencia paterna, mi tesoro.
¡Cuánta flor hay sembrada en mi camino!
¡Y qué luz va alumbrando mi destino
con un brillo más grande que el del oro!

¿Sola? ¡ Nunca lo he estado! Bondadosas
tiernas musas me brindan sus favores.
En su reino no hay castas: mariposa
todos somos... y vamos entre rosas
aspirando el perfume de las flores.

Así es bello vivir. La vida es sueño,
una hermosa locura si se quiere.
Y entre ensueño y afán, afán y ensueño,
va tejiendo la araña del empeño
el encaje de una obra que no muere.

Quien consigue valor se hace atrevido;
no se apega a la concha ni a la escoria.
No en el suelo—¡bien alto!—hace su nido,
y más lejos aún deja prendido
el ideal que le guiará a la gloria!

San José, julio de 1924

Castro de Jiménez Auristela. (1928). Soledad. *Repertorio Americano*, 17(10), 149.

Soledad[1]

Inspirada en *Aticismos Tropicales*
de Moisés Vincenzi

El campo tranquilo.
El lago parece una inmensa pupila medio adormilada
entre los zacates y flexibles juncos,
sutiles pestañas,
en las cuales el ansia nocturna
va dejando, un reguero de lágrimas.
La luna, que pende,
cual discreta lámpara,
da lumbre de ensueño… de amor… de nostalgia…
tamiza sus rayos
por entre las ramas,
con temor… no quiere despertar la brisa
que duerme en las frondas, plegadas las alas.
El silencio ha echado
su tul misterioso que todo lo apaga:
¡No se oyen los remos…
no se oye la barca…
no se oye el latir de mis venas,
no se oyen mis ansias
ni el tropel de queridos recuerdos
que brotan de mi alma!
¡Qué sola, Dios mío!
¡Más rica y más densa se me antoja el agua!

¡Cuántas veces juntos
vinimos aquí, en las noches calladas,
a sentir ese anhelo indecible…
la cabal plenitud… esa dicha de sentirme amada…

---

1 Página lírica.

de sentir que con todas mis fuerzas
también yo lo amaba!
¡Cuántas veces juntos
deslizamos aquí nuestra barca
en silencio…! ¡El lenguaje de amor
no tiene palabras!
…Y la paz de la noche
nos llenaba de paz… y era blanca
esa hora de ensueño… de lago… de plata…

Hoy todo es distinto!
La costumbre acaso
me lleva inconsciente a la perfumada
orilla, donde antes
recibíamos siempre la lluvia de escarcha,
florido saludo
de los naranjales que me recibían como a desposada.
Hoy siento la lluvia
cubrirme el cabello… los hombres… la espalda…
las ondas del lago… los remos… la barca…
Y yo no me muevo:
¡que caigan! ¡que caigan
y me cubran toda como una mortaja!
Contengo un suspiro, contengo el aliento, contengo las lágrimas.
¡Ah, si yo pudiera detener mi vida,
quedarme hecha mármol, dolorida estatua,
aquí, es esta noche, divina,
de luna… de sueño… de lago… de plata!

Clara Diana (seud.)[1]. (1925). Alejamiento. *Repertorio Americano*, 9(19), 302.

Alejamiento

Te alejaste en la barca del olvido
quietante, sin hacer ruido…
y al decirte adiós, altiva y desdeñosa,
mi alma se deshojó como una rosa.

En las velas blancas de tu nave
cual las alas de gigantesca ave
que volarán a ignota región,
dibujóse la palabra: separación.

La barca perfilóse vagamente
a la distancia y en mi frente
sopló la bruma fría
de la tarde, que lenta moría.

En la soledad de aquel anochecer,
comprendí que no habrías de volver.
Hubo una oscuridad en mi existencia
y nada dije, no lloré tu ausencia…

S. J. de Costa Rica, 1924.

---

1 Nombre de la autora: María Ester Amador Leòn, 1902-1928.

Clara Diana (seud.)[1]. (1924). Como un cuento. *Repertorio Americano*, 9(16), 242.

Como un cuento

Se ha roto como un vaso sagrado,
aquel poema que en silencio tejimos.
¿Recuerdas lo que hubimos soñado
lo mucho que siempre nos dijimos?
Tus promesas que son niebla deshecha,
fueron el aleteo sutil en otros días…
Hoy queda flotando alguna fecha
en el hastío grisáceo de las horas mías.
Fue, estrella azul la que encendiste
cuando mi alma estaba triste
y tú le hablabas de cosas delicadas.
Y así, un tanto adormecida, indiferente,
me conforto, pensando que la vida
es un maravilloso cuento de hadas!

(Costa Rica, 1924)

1 Nombre de la autora: María Ester Amador Leòn, 1902-1928.

Clara Diana (seud.)[1]. (1924). El noctámbulo. *Repertorio Americano*, 9(4), 54.

El noctámbulo

El cortejo pasó bajo la lluvia,
en una tarde fría y oscura,
camino recto de la sepultura.
Dicen que la muerta era rubia.

El domingo anterior estuvo paseando
con su novio–guapo y sonriente– .
Ya el viernes, entre mucha gente
y entre cuatro cirios, la estaban velando.

Un año ha pasado lento y sombrío,
para el novio joven y taciturno,
que ahora se muere de frío.

Está pálido y no quiere cantar…
Con su guitarra va, como vigía nocturno
y nerviosamente se pone a tocar.

San José, de Costa Rica

1 Nombre de la autora: María Ester Amador Leòn, 1902-1928.

Clara Diana (seud.)[1]. (1925). La esencia de mi copa.
Repertorio Americano, 10(9), 137.

La esencia de mi copa

¿Por qué se vertió tanta acritud en mi copa,
para que así se amargaran mis horas?
Lo pregunto y a sus bordes acerco la boca,
como si rebosara miel de fresas y de moras.

Más amargo y oscuro que otros, es su vino,
pero sin sesgar el labio, suavemente lo tomo.
¿Escogió alguien acaso, su propio destino?
¿Acaso pudo alguien variar la esencia de su pomo?

En cada copa una mano invisible y poderosa
vertió una esencia y una profecía.
A unos toco un suave licor de rosa,

a otros, miel de oro y de perfume;
y para mi copa, una agua de melancolía
que la boca sedienta, en silencio consume!

San José, Marzo, 1925

---

1 Nombre de la autora: María Ester Amador Leòn, 1902-1928.

Clara Diana (seud.)[1]. (1925). Paganismo, *Repertorio Americano*, 10(20), 308.

Mi paganismo

Yo soy pagana; quiero vivir sin leyes y sin religión.
Quiero ir por la vida siguiendo las normas de mi propio corazón.
¿Qué mejor religión puede tener quien no conoce de venganzas ni de mal?
¿Quién sabe perdonar y lleva en la frente el resplandor de un ideal?
¿Qué otras leyes más justas que las de la belleza y del amor para todo?
¿No es por ellas, acaso, que encontramos la estela del astro en el lodo?

Son mi deleite las coloraciones vagas del atardecer con sus topacios murientes.
¡Es en la tarde que brilla un nimbo de luz sideral sobre las frentes!
Amo a la luna por dulce, por pálida y por su misteriosa lejanía.
Así de alejada, de triste y de huraña, es esta pobre alma mía.
Vago por las noches, silenciosas, atento el corazón al rumor de la yerba.
Yo siento en la noche un suave perfume que deleita y que enerva.
El mar y los abismos, ejercen sobre mí, irresistible atracción.
Pero es, en ocasiones, menos peligroso acercarse a ellos, que a los bordes de un corazón.

Mi paganismo es espiritual: yo no miro en los rostros: antifaces de siempre; yo busco en el alma.
Las cosas hondas se reflejan en mí, como un ramaje en las aguas en calma.

---

1 Nombre de la autora: María Ester Amador Leòn, 1902-1928.

Apacible y sincera, yo voy por la ruta, un poco alejada.
Y tras de mí, oigo ruidos de lobos: viene feroz la manada.
Así que quiero vivir: laborando siempre para mi reino interno.
¿Qué me importan los ladrones y la existencia del infierno?
Dejar una huella de luz en la senda y una ternura prendida
al pasar.
A la belleza, a la fe de mí misma, al amor y al dolor, yo les
he levantado un altar!

Costa Rica. Enero de 1925.

Clara Diana (seud.)[1]. (1924). Oculta herida. *Repertorio Americano*, 9(4), 54.

Oculta herida

Como una ascua roja me va quemando,
ignorada de todos, mi profunda herida;
y siempre, día y noche sangrando,
en silencio por ella, se me va la vida.

Honda, muy honda me va doliendo,
esquiva a consuelos y a ternuras,
porque altivamente paso sonriendo
con mi pálido ramo de amarguras.

A mis inquietudes no llega la melancolía:
que tiene vigor de torrente mi herida
y como una agua azul de armonía,
en silencio por ella, se me va la vida!

San José, de Costa Rica

1 Nombre de la autora: María Ester Amador Leòn, 1902-1928.

Clara Diana (seud.)[1]. (1926). Párrafos. *Repertorio Americano*, 13(4), 58.

Párrafos

La amistad, en su verdadera significación,
es flor que no se abre en la estación
de la falsía, en la cual vivimos. Aparece en
ciertos terrenos abandonados especialmente; es
solitaria y gusta de la sombra. Jamás se le
encuentra en los jardines de las iglesias.

Veo muchas casas de complicada
arquitectura, en que preside la estética;
rodeada de jardines y de parques, donde
cantan los pájaros libres. ¡Cuánta belleza en
estas moradas! Y yo pienso: ¿las almas que
las habitan serán bellas también?

Costa Rica, 1926.

1 Nombre de la autora: María Ester Amador Leòn, 1902-1928.

Clara Diana (seud.)[1]. (1925). Unas manos. *Repertorio Americano*, 9(19), 297.

Unas manos

A una artista que se oculta,
muy cordialmente.

De ternezas hablábanme tus manos,
albas y gentiles cual cisnes rubenianos.
Ellas aroman las aristocráticas estancias
como flores de suaves fragancias.

Son encendidos pebeteros sagrados,
que en azules humos perfumados,
insinúan lejanos países ideales
y labios quemantes y ojos fatales!

Inquietas, como dos alas gemelas
–semejan migratorias velas–
de una barca anhelante
que finge un signo interrogante,

y que va hacia la otra ribera,
buscando sin reposo la quimera.
Oh inquietantes, tejedoras manos
albas y gentiles, cual cisnes rubenianos.

S.J. de Costa Rica, 1924.

1 Nombre de la autora: María Ester Amador Leòn, 1902-1928.

Clara Diana (seud.)1. (1925). Vesperal. *Repertorio Americano*, 10(3), 47.

Vesperal

Esfumáronse los últimos destellos
de una diáfana tarde de verano
que tenía el mismo color de tus cabellos
y la dulce tristeza de tu piano.

Aquietóse el ramaje en la presencia
de vagos aromas vesperales,
que me hablaron de tu larga ausencia
y de tus dulces ojos astrales.

Mientras al caminar evocaba tu silueta
–delicada, espiritual y fina–
en mis manos se prendió la inquieta
sombra, con agilidad de serpentina.

Allá muy lejos, se aclaró la montaña
al asomar la luna… Y yo sentí
una profunda emoción extraña
y el deseo de tejer una estrofa para Ti.

San José, Costa Rica, 1924.

---

1 Nombre de la autora: María Ester Amador Leòn, 1902-1928.

Clara Diana (seud.)[1]. (1926). Vida azul. *Repertorio Americano*, 13(9), 137.

Vida azul

Sentirse amado, amarlo todo
y en rosas convertir el lodo!

Mirar la vida con serenos ojos,
y no tener rencores ni buscar enojos.

Admirar el furor de las tormentas
y gustar la paz, tras luchas cruentas.

Pensar que es más hondo el bien que el mal
y que no existe el destino fatal.

Volar tras una bella ilusión
que si se aleja, nos dará redención.

Desear con inquietud las cosas bellas
aunque sean lejanas como estrellas!

Poner el pie en el lodo humano
y hacia el azul, tender la mano.

Desear con inquietud las cosas bellas
aunque sean lejanas como estrellas!

Poner el pie en el lodo humano
y hacia el azul, tender la mano

De ternuras tener una ansia loca
y llevar sed de besos en la boca!

Sentirse amado, amarlo todo
Y en rosas convertir el lodo!

San José, Costa Rica

---

1 Nombre de la autora: María Ester Amador Leòn, 1902-1928.

Da Vinci, Laura. (1958). A mi madre. *Repertorio Americano*, 50(2), 25.

A mi madre[1]

Mi mamá es mi vida,
mi mamá es mi sol;
ella me abriga
y me da calor:

Mamita querida
de mi corazón,
que Dios te proteja
con su bendición,

Quiero ser tu consuelo
y ser muy obediente:
que niña tan buena,
te dirá la gente.

Y si acaso algún día
te hiere un quebranto,
aquí tienes a tu hija
que te quiere tanto!

---

1 Versos escritos por la autora a la edad de ocho años

Da Vinci, Laura. (1958). El amado imposible. *Repertorio Americano*, 50(2), 25.

El amado imposible

El que fué
el mimado
que en mis sueños
ostentaba
leve ful;
el que daba
sus caricias
sin querer...
se fuçe un día
sobre la onda
rosiclear
de un celaje
Supe luego
que una vez
tuvo ganas
de volver
pero la onda
de un celaje
no surgió
e imposible
lo tornó..!

Da Vinci, Laura. (1958). El pájaro preso. *Repertorio Americano*, 50(2), 26.

El pájaro preso

A mi hijo Humberto

Mira, mamá, encontré un pajarito
en el jardín donde jugaba yo,:
ven a verlo, es tan bonito!
Seguro de aquel árbol cayó.

El muchacho lleno de alegría
aprisionaba al ave que deseaba huír,
y en una jaula que había sido mía,
quería protegerlo, que no fuese a morir.

Le daré agua, le daré alpiste,
y con paja le haré su nidito;
le silbaré para que no esté triste
y crea que es otro pajarito.

Entonces con mucha dulzura,
dejé al ave que pudiese volar,
y abrazando a mi hijo con ternura
a su corazón traté de hablar.

No ves que cautivo puede morir?
Sin dejarle nada más que aletear?
Los pájaros presos no pueden vivir,
porque los hizo Dios para volar!

Da Vinci, Laura. (1958). El retrato. *Repertorio Americano*, 50(2), 26.

El retrato[1]

Un artista pintaba enternecido
finos trazos de un rostro de mujer;
abismado miraba la pintura
desde la noche hasta el amanecer.

Hermosa virgen de mística belleza;
cutis terso cual pétalo de flor.
Dió tantos dones la Naturaleza
a la preciosa niña de su amor.

El artista miraba con anhelo
buscando en la expresión de la mirada
una quimera, un sueño, algo de cielo,
que vive en una alma enamorada.

Pero un día, por fin, decepcionado,
hizo pedazos la genial pintura,
por no poder pintar, desengañado,
el alma trazumada de dulzura!

---

1 Versos de Laura Da VINCI de su libro en preparación: **FILIGRANAS**

Da Vinci, Laura. (1958). La alfarería. *Repertorio Americano*, 50(2), 26.

La alfarería

Mi hogar es una alfarería
en donde modelo con ardor,
las cuatro almas de mis hijos
frente al fuego de mi amor.

Con el material en mis manos
y todo mi corazón...
voy formando sus imágenes
buscando la perfección.

A veces se endurece un poco
y le suplico al Señor,
que me colme de paciencia
El, que es todo amor.

Y así transcurre mi vida,
y la alfarería de mi ensoñación:
modelando cuatro almas
que son mi ilusión.

Con ternura y paciencia
y toda dedicación,
la madre que educa a sus hijos
será bendecida de Dios!

Da Vinci, Laura. (1958).Vitrales. *Repertorio Americano*, 50(2), 25.

Vitrales[1]

Para José Antonio Zavaleta,
el amigo de siempre.

Vitrales...
ensueño
en el cromo de luz
que por ellos
se tamiza
como antífona
sagrada

Vitrales...
y el sueva
nemoroso
de los templos
coloniales
ellos son
como aves
prisioneras
que se baten
sin cesar,
en espera
de la luz
que las venga
a liberar.

Y el alma...?
Vitral
ensueño...
¡Tú!

---

1 Versos de Laura Da VINCI de su libro en preparación: FILIGRANAS

Flor de Luna, (seud.). (1924). Celajes. *Repertorio Americano*, 8(12), 190.

Celajes

Tarde fría y luminosa. Arde el Ocaso
con extrañas fulguraciones diamantinas.
Rojizas llamaradas gualda, rosa y
amatista se funden en un óleo de celajes
que con sus formas fantásticas
semejan las hogueras candentes de
las fraguas de Vulcano.
Veloz pasa una errante golondrina
que va a ocultarse en el vecino alero,
en donde la enamorada tórtola arrulla
a sus polluelos, con la monotonía de
su doliente canto.
Febo con su corte de rosadas vírgenes
aladas, reclina su dorada frente
en el resplandeciente lecho de púrpura
y de oro.
En la opuesta colina se ve una inmensa
nube con destellos de argéntea
blancura. Es el tétrico lecho de donde
despierta tímida, la velada amante del
esplendoroso rey de las regiones siderales;
quien celoso y despechado y
pletórico de amor se oculta mustio
detrás de los carmíneos resplandores.

Mayo, 1924

Flor de Luna, (seud.). (1924). Con esas hogueras.
Repertorio Americano, 9(10), 147.

Con esas hogueras

Por qué es qué me miras con tanta insistencia?
Di como he querido
echar al olvido todos tus desdenes;
si oculto mi rostro, para no mirarte,
si como una pobre
violeta, olvidada he querido ser,
¿porqué es que me miras?
—¿No sabes que siento el calor de tus ojos sobre mis pupilas?
Con esas hogueras que están encendidas
no puedo olvidarte….!
Y, ¿sabes qué siento mientras que me miras?
—Que toda la sangre fluye a mi cabeza
que todo se apaga,
que todo en silencio quédase vacío….
sólo dos terribles
puñales de acero
se clavan crüeles
entre mis pupilas.
—Y entonces… no veo,
entonces, no siento
más que el martilleo
de este corazón.
—(Quiero que me olvides
mientras tú te sientas alegre y feliz).
—Amado insincero, tú no eres traidor!
Quiero que me digas
para qué me miras
con esas hogueras.

San José de C.R., 1924.

Flor de Luna, (seud.). (1925). Dar… *Repertorio Americano*, 10(12), 183.

Dar...

Para Ud.

Mi jardín viste hoy de Primavera, todas las plantas bajo el influjo del agua bienhechora se han llenado de gozo y le ofrecen sus mejores galas a la Naturaleza que fecundará sus tallos y los cubrirá de flores.

—Dar, augusta verdad! Dar aunque no se pueda, aunque no se crea que es lo mejor lo que se da.

Da el Hacedor Supremo, dan el Universo, la luz, el éter, el rayo, el abismo, la oscuridad, la montaña, la alegría, el dolor, el silencio, la ilusión!

Dan las flores al viento sus aromas; dan los pájaros sus trinos sin saber siquiera su sentido; da el agua su frescura a la tierra, su inmensidad al mar; da el sol la vida, el aire sus savias y su oxígeno.
Dan frutos los árboles, los rosales rosas, la abeja mieles.

Las almas dan amor, el corazón ternuras; las bocas, palabras dulces, dan los ojos promesas y caricias.

La materia se condensa en el instinto, el cerebro vierte ideas, el pensamiento luces. Todo se aprovecha, todo sirve, todo tiene un fin para el cual ha sido destinado; apartad las brumas y veréis la Luz.

—Dar, sublime secreto de verdad, de vida.

5 de mayo, 1925.

Flor de Luna, (seud.). (1924). La Noche. *Repertorio Americano*, 8(12), 190.

La noche

Silenciosamente, quieta, pasas, oh noche, envuelta en densos velos que se deslizan desde lo alto.

Me has hablado de fabulosos cuentos de hadas y de anhelos que nunca se realizan. Me has contado de ilusos amores en el hermoso mes de Mayo.

Tus ojos sombríos han visto las más horribles tragedias.

Bajo tus senos oscuros, se ocultan los más nefandos crímenes.

Entre tu manto negro, esconden su rostro los que no pueden le vantar la frente, los que no pueden mirar la luz.

Tu sabes del misterioso silencio del camposanto.

Gustas del dolor. De los besos furtivos y del amor vedado.

Tu eres, oh diosa morena y voluptuosa, la que adormeces en tus mórbidos brazos a todos los enamorados.

Diosa lasciva!!

Mayo, 1924

Flor de Luna, (seud.). (1924). Luciérnaga. *Repertorio Americano*, 8(12), 190.

Luciérnaga

Anoche al bajar la escalinata que
da al jardín, tropecé con algo que
brillaba como el reflejo de un fúlgido
diamante; pero al ir a cogerlo sentí
miedo de ver como se iluminaban mis
dedos y su contacto me hizo estremecer.
Era una pequeña luciérnaga de
fuego, que se movía sin cesar y giraba
en torno de sí misma con continuos
aleteos, alumbrando la menuda yerbecilla
con el diminuto faro de su débil cuerpecito.
¡Dime, insectillo alado, luminoso
vocero de la pompa de Mayo, ¿eres
acaso un tenue rayo de fosforescente
lumbre, átomo hecho luz de algún
vibrante cerebro, que desprendidos ya,
se alojó en tu reducido tórax, o sois
tal vez el destello de un fugaz relámpago
que alumbró un momento la tempestad
de un alma?...

Mayo, 1924

Flor de Luna, (seud.). (1924). Luz de luna. *Repertorio Americano*, 7(22), 336.

Luz de luna

Para él…

—Volvió ya la luna con sus claras noches
a teñir de plata los vastos contornos.

—Grises son los troncos, negros los follajes,
hay llanto en las rosas y en el alma…
sombras.

—Oyense a lo lejos, del amor las preces;
aleteo de pájaros, zumbido de insectos y en
el cielo azul, densos y alargados los ampos
de nubes.

—Hay hoy en mi vida tortura de dudas y
en mi alma hay heridas muy hondas y oscuras…

—No bebas del agua que arroja la fuente;
pero algo más fuerte me dice al oído, tómala,
sí, tómala… y luego que corra así, suavemente.

Feb. 1924.

Flor de Luna, (seud.). (1925). Tú. *Repertorio Americano*, 10(3), 48.

Tú

Sueño… que cuando el mundo apaga sus luces y la noche extiende sus dos alas oscuras sobre las montañas, tú con tu violín rezas el Angelus y es un prodigio de pasión y de ternura tu instrumento. Y esa música en que pones toda tu alma y que tiene todas las prerrogativas de un poema de amor lleno de melancolía, divinamente mágico. divinamente triste, me hace sentir el delirio de un amor que fué mío toda la vida.

Hace siglos debió haber sido mío y aún lo buscaba.

Sí, era mío, como yo era eternamente suya.

¡Y sigo oyendo esa música llena de suaves armonías y sigue tu arco tejiendo maravillas!

Y me das el placer de tus ojos majos, de tu boca quemante, de tus manos finas y pálidas como cirios orientales.

¡A ti también, corazón de mi amado, te he oído cantar como en sordina!

En la quietud de la noche te he oído latir cerca del mío!!...

San José, febrero de 1925.

Flor de Luna, (seud.). (1924). Una hora de amor.
Repertorio Americano, 7(22), 336.

Una hora de amor

Noche oscura tibia y rumorosa,
tupidas frondas, un banco, una ilusión,
unas manos que esperan temblorosas
y dos bocas que se unen con pasión.

¿Siluetas? Dos almas que se besan.
¡Silencio! Está de vuelta la Razón.
Adiós, dicen las sombras, y se alejan
y una de ellas se va sin corazón.

Feb. 1924.

Francis, Myriam. (1946). El beso. *Repertorio Americano*, 42(21), 333.

El beso

No con el beso apasionado soñé yo.
No con el beso sensual que mancha,
sino con el beso dulce y puro en que se
da el alma misma

Yo he soñado con un beso ultraterreno,
sin ansias, sin locuras, sin fiebre
ni rojas llamaradas de deseo, sino
con suave tibieza de nido y casta blandura
de lirio.

Oh amado que siempre esperé! Cuando
llegues —si llegas!... —bésame como
yo lo he soñado: con ternura tal que
no manches mis labios y en cambio me
llenes de rosas el alma!

Cartago, Costa Rica, octubre de 1946.

Francis, Myriam. (1946). Tengo un ensueño... *Repertorio Americano*, 42(21), 333.

Tengo un esueño…

Frente a la tarde lila y oro, estoy soñando…

Tengo un ensueño dulce y vago como música lejana, tierno como sonrisa de niño, fugaz como una sombra inasible…

Si quisiera definir mi ensueño, no sabría cómo hacerlo, porque ni forma tiene siquiera. Está hecho de idealidades y de realidad, de dulzura y de amargor, de esperanza y de miedo de que sea siempre nada.

No es de amor mi ensueño: es más alto, más puro, más noble, y los ángeles y los dioses lo hicieron con suavidades de pétalos y crueldades de espinas…

*

¿Me preguntas qué hago, tan quieta y silenciosa, mirando a través del cristal de una lágrima la tarde dorada y lila? No lo sabes acaso? Estoy soñando mi ensueño…

Cartago, Costa Rica, octubre de 1946.

Fuente, Carmen de la. (1949). Luna de Costa Rica.
Repertorio Americano, 45(2), 18.

Luna de Costa Rica

Al maestro *Joaquín García Monge*,
devotamente.

La luna viene bailando
por los cafetos en flor,
zapaticos en la mano
y la enagua de almidón.

Con flores de los vergeles
la luna hace un prendedor:
azahares de San Isidro
y orquídeas de San Ramón.

La luna viene rodando
en carreta de algodón,
"candelillas" a su paso
oscurecen su esplendor.

La luna de Costa Rica
viene de Puerto Limón,
se ha traído entre las crenchas
los caracoles del sol.

Ya la "reina de la noche"
asoma por su balcón,
un "mozotillo estorrenta"
su trino al níveo fulgor.

El punto guanacasteco
la luna bailando al son,
desgarra en la tibia noche
los espejos de color.

La luna siega su vuelo,
la luna quiebra su voz,
y menudean sus tacones
por tejados de cartón.

Alajuela, San Vicente,
por Heredia y por Colón,
galanes y doncellicas
juegan a rondas de amor.

Una soledad de amores
se guinda a mi corazón;
por el alba josefina
la luna me dice adiós.

San José, 12 de diciembre de 1948.

Gamboa, Emma. (1931). A Ester Vega. *Repertorio Americano*, 23(16), 244.

A Ester Vega

Ester: tu recuerdo
se hace cantar.
¡Anfora morena
de orillas del mar!

Pienso tu sonrisa,
la luz del mirar.
Chispilla de estrella
que fué tan fugaz.

Las manos graciosas,
sabias en bordar,
nido, y flor de seda
para acariciar.

El leve susurro
de la voz cordial
en caracol de tiempo
murmura su mar.

Y, mujer fina,
en oro del pasar
diste el corazón
al muy bien amar.

Dejaste la vida
por otro soñar,
tu sandalia blanca
nubes puede hollar.

Luz de aurora,
musgo de paz,
marquen tu sendero
en eternidad.

Heredia, Octubre 17 de 1931.

Gamboa, Emma. (1935). A la caída de la tarde. *Repertorio Americano*, 30(20), 316.

A la caída de la tarde

Golodrinas en revuelo
danzan con las rosas de la tarde
y una algarabía de píos
se apaga dulcemente
entre las grevileas y los pinos.
En el parque de juegos
los niños cabrillean y ponen en balance
la dicha y la gracia del mundo;
en tanto el volantín gira y tintinea
cargado de júbilo.
Las casas están pintadas de crepúsculo.

Por entre el bullicio y los gorjeos de los
pájaros cruza, con grandes alas, un sosiego dorado.

La campana, corazón viejo
que de tanto oírlo no se oye,
canta el Ave María y ruega Ora pro Nobis.
En las grandes naves
arden cirios y plegarias.
El incienso se derrama por las puertas
y en el jardín de Monseñor se mezcla
con gladiolas y azucenas.
Salen de la iglesia con prisa recatada
mujeres tocadas de negro:
¡bendición para todas las casas!
Pasan las colegialas
con sus cuellos rayaditos de blanco
y un largo silencio se estira por las calles
apagando el tecleo de sus pasos.

Oh, la sosegada ciudad!
Recién llegada tuve la melancolía
del cerro de mi pueblo
y sentía el eco de mis pisadas por las losas
como en un gran convento.
Pero más tarde floreció la dicha entre las
lágrimas.
unos claros ojos me miraron
y en la ciudad tranquila
mi gran pájaro azul abrió sus alas.

Heredia, 1933

Gamboa, Emma. (1939). Amor de los cantares.
Repertorio Americano, 36(14), 217-218.

Amor de los cantares

Amor que nació virginal como flor,
creció como llama
y se dijo en canción.
Amor más vasto que el océano
y más hondo.
Que venció olas y millas,
que creyó y esperó
purificado en brasas de silencio.
Amor que conoció lechos de arena,
chozas sin más riqueza
que albas y crepúsculos.
Amor niño y pleno a la vez
como trigos bailarines y maduros.
Amor que hiló con estrellas los ensueños
y se ciñó a las sienes el casco de la luna.
También amor en las angustias
clavado a la cruz de la realidad terrestre.
Amor que supo la ternura,
la resignación y el éxtasis.
Amor que tembló y lloró
y bajó las rodillas en plegaria.
Amor divino y sin embargo
sencillamente humano.
Amor tejido con hebras vivas de la vida
y ungido de celestiales esperanzas.
Este es amor. Amor de los Cantares
más poderoso y fuerte
que la muerte.

Gamboa, Emma. (1947). Camino bajo la lluvia. *Repertorio Americano*, 42(26), 408.

Camino bajo la lluvia

El camino satinado de aguas
y el aire empañado como un sueño.
Vamos quebrando espejos
y poniendo en huida los árboles.
Tu recuerdo se arrebuja en la llovizna
y va ovillando un pajarito
de llama y canto
entre mis pechos.
Los pasajeros anónimos
me miran con ojos lejanos.
También yo soy como ellos
anónima y lejana.
No sé qué anhela
la saeta dormida de sus ojos
y ellos no adivinan
mi estrella inmóvil
entre la fuga
de los cipreses.

Costa Rica – 1945 y 46.

Gamboa, Emma. (1932). Cangrejos ermitaños. *Repertorio Americano*, 24(4), 54.

Cangrejos ermitaños

Ermitaños niños
van en procesión:
son los cangrejitos
con su caracol.
Cúpulas y torres,
errante ciudad
de colores, ¿dónde
su capricho va?
Con la casa a cuestas
van a trabajar:
aran en la arena,
orillas del mar.
Aprisiono cinco:
voy a celebrar
lo acurrucaditos
que en mi mano están,
cuando, hacia la orilla
se van de través
y al suelo se tiran
en un dos por tres.
Por si acaso, luego
echan a correr
como así diciendo:
¡cógeme otra vez!
Versito, versillo,
verso juguetón
del buen cangrejillo
con su caracol.

Heredia, Enero, 1932.

Gamboa, Emma. (1940). Catarata del Niágara. *Repertorio Americano*, 37(6), 90.

Catarata del Niágara

De la altura se arroja
comba y recia.
Tiene la majestad simple
de una diosa
y también el capricho.
Proclámase indomable
y en vencimiento femenino
se doblega.
Parece siempre la misma
y pasa en fuga eterna.
En cada instante
es moribunda y renacida,
simbólica de eternidad
y de mudanza.
Tambores estruendosos,
martilleando de ruídos
el espacio y el tiempo,
celebran la victoria
de la potencia indómita.
Mientras,
voces de viento y agua
desbaratada en briznas,
cantan una melodía
cristalina.
Los hombros ciclópeos de la roca
sostienen a la diosa
en su danza fantástica.
Sobre el atleta inmóvil
la danzarina elástica
apenas se sugiere.
Pero la cabellera rutilante
y bien peinada se muestra.
El viento la desgreña y alborea
en tules vaporosos.
El sol la ciñe con cintas de iris.

Ohio, Enero de 1940

Gamboa, Emma. (1935). Cosecha de arroz. *Repertorio Americano*, 30(20), 316.

Cosecha de arroz

Los doce segadores
se reparten en grupos
con sus hoces bruñidas
y sus pañuelos de colores.
Cortan los tallos tostados
y van apiñando gavillas.
Luego recogen las cargas
llevando en sus hombros
los haces rumorosos
con las espigas agobiadas.
Entre las pajitas tiesas,
las granzas cascabelean
sobre las espaldas de los segadores.
Fué buena la cosecha, a Dios gracias.
La machina suelta una cascada
sonorosa y en los manteaos
van creciendo colinitas doradas.
Esta noche, amigos, vendremos a las parvas
y tejeremos un ensueño con la luna
y brindaremos con una tonada.

Ciruelas, 1934.

Gamboa, Emma. (1946). Don Joaquín. Repertorio Americano, 42(10-11-12), 153.

Don Joaquín

Hablemos de don Joaquín, el nuestro.
No el internacional de Repertorio
sino el que conversa con nosotros.
El que viene los viernes en autobús a Heredia.
El don Joaquín de carne y hueso.
Ese don Joaquín pausado, sobrio,
con su corazón niño. Tiene aurora todavía
en su tez, en la risa repentina,
y en la manera como cada libro vuelve a crearse en sus manos.
Aquí recogemos la miel de sus años,
el fruto maduro de su palabra.
Su verbo vestido de modestia
se ha nutrido en Salmos de David
y en canto franciscano.
Verbo nacido en este paisaje de caminos y montañas.
El paisaje es su alma.
Por él vamos en ascenso lento hasta las cumbres cósmicas.
Pero hay tiempo para detenerse en cada recodo rumoroso
por una hierba, un niño, un pájaro.
Recorremos los siglos
y saltamos de Egipto a Castilla
y de Andalucía a los Andes.
España está en su sangre, América en sus ojos,
y en la misma célula de la sangre y el nervio
trae el germen de Oriente, el lejano.
Le gusta andar acompañado.
A veces dice que viene con Martí, el Arcángel
o, según sus palabras, "con el santo patrón de América".
Predica la pedagogía Teresiana de Gabriela
y anhela un gran "mito de América, germinativo,
porque aquí nos falta una columna vertebral
que nos mantenga erguidos a través de los tiempos".
"Lo triste en un país es su orfandad de santos,
de sabios, de mujeres estéticas".
Escuchamos a este maestro del espíritu.
"El que escucha, ausculta, busca el corazón.
El que sabe escuchar, sabe querer".
Es así que don Joaquín es nuestro.

En la Escuela Normal de Costa Rica
Junio de 1946.

Gamboa, Emma. (1939). El abuelo. *Repertorio Americano*, 36(14), 217-218.

El abuelo

El abuelo ya llega a los ochenta.
Se parece al Santo Carpintero
en que es carpintero y es santo.
Yo lo llevo a la villa de la mano,
y tardamos mucho
porque en cada isla de sombra nos sentamos.
Abuelo saca el eslabón de caballito dorado,
lo desarrolla como una coral mansa,
hace no se qué prueba mágica,
una estrella brota de su mano
y en ella enciende su tabaco.
Yo me como las flores agritas del manzano,
duermo las hojas de la sensitiva
y me asomo a un nido de puntillas
para ver si los huevos son pintados.
El abuelo sonríe, masca y me apresura
con golpecitos menudos de su palo.
Nunca me ha contado un cuento
ni me ha dicho un cantar como la abuela.
¡Se pasa tan callado!
Pero a mí también me gusta mascullar el silencio
y juego a pensar casos extraños.
—"Si de pronto ese palo floreciera
en lirios... No sería raro
porque al abuelo sólo le falta la barba
para ser santo de un cuadro.
Oh!, sólo la barba no, también el manto,
pues él usa banda roja y pantalón engomado.
Lástima que ya se murió el caballito blanco
en que venía los domingos al mercado:
me llevaría sentada por delante

y nos tragaríamos el camino colorado.
O no, mejor vendríamos muy despacio,
al gusto del caballo,
y por regustar nosotros el camino,
a él lo dejaríamos golosear en los cercados.
Yo gozaría viendo la maña de los campesinos
para dejarte vacío el saco.
(Abuela dice que de bueno no sirves
y que todo se te va de la mano).
...¿Y si nos perdiéramos?
Quizá llegaríamos a la piedra del encanto
y lograríamos ver al Gallito de Oro.
!Qué hallazgo¡"
—¿Verdad abuelo?
—¿Qué, hijá?
—Oh, mira, mira los tejados.
Aquél es el de casa.
Y la torre de piedra ... y el palacio.
Abuelo, ¿es cierto que tú ayudaste
a levantar la iglesia?
—Sí... estas rústicas manos.
Y el abuelo se sienta de nuevo
y su mirada, que tiene luz y niebla,
se posa en los techados
como una golondrina fatigada.
Yo le digo:
—Abuelo, vamos andando,
ahí no masito está la casa.

Gamboa, Emma. (1935). Espiga perdida. *Repertorio Americano*, 30(20), 316.

Espiga perdida

Sacudamos este sopor,
esta ausencia del alma
que se va en busca del imposible,
(oh, la montaña lejana)
y vamos a vagar por el pasto.
Enero ha florido los llanos
de azul y amarillo.
El viento baraja un tesoro
en los jarales de oro.
Mariposas de gualda
tiemblan sobre los ramos
de Santa Lucía.
Rodaremos en las parvas
y luego con las pajas
tejeremos canastillas.
Mira una espiga perdida,
parece un rabito triste
y las granzas, lágrimas de sequía.
Mi amiga, me vuelvo a la sombra,
los ojos cerrados, el alma fugitiva.
Si yo no estoy en esto
sino allá muy lejos,
en las azules colinas.
Aquí soy una espiga perdida.

Ciruelas, 1934.

Gamboa, Emma. (1945). Estampas de Guatemala.
Repertorio Americano, 42(8), 120.

Estampas de Guatemala

PRIMERA ESTAMPA

Fondo de suavidades,
celeste y esmeralda.
Va una hilera de indios
por la calle empedrada
con un ritmo de siglos
impreso por las cargas.
Todos van silenciosos,
en marcha apresurada.
El hombre lleva ponchos
o tinajas tatuadas
en torre inverosímil.
La mercancía es cara,
pero él va en humilde
vestidura de manta.
La mujer marca el ritmo
en la cadera de ánfora,
con su niño de arcilla
ovillado a la espalda.
No se mueve su rostro
de aceituna rosada;
sólo el güipil bordado
nos dice de su alma
niña, que ama los pájaros,
los patitos, el alba
en oro, la hierba
y el cono de montaña.
Prestigia su cabeza
una cesta colmada
de pavos irisados
o de flores moradas,
quizá un ramo de novia
o rosas y albahaca.
Si rosas, va al mercado
de flores. Deshojadas
las vende en primorosa
canastilla de paja.
Las compra un indio triste
para alzar su plegaria
el domingo en el templo,
en un ritual de cirios,
entre rosas, incienso
y místicas palabras.
Decoración polícroma,
calor del panorama:
hilerita de indios
por la calle empedrada.

SEGUNDA ESTAMPA

Fondo de suavidades,
celeste y esmeralda.
Morena, tez de flor
asoma a una ventana.
La casona de adobe,
con la cal, remozada,
techo de tejas rojas
y gran puerta tallada,
en ventanal de rejas
añora serenata,
claveles y mantilla,
romances y guitarra.
En el patio está ardiendo
el geranio escarlata.
Las anchas galerías
están hoy alfombradas
con follaje de pino.
Vuelca su fragancia
un ciprés capuchino
y tiene canto el agua.
En búcaro de piedra
aquí aún canta España
Las palomas del Angelus
se riegan en bandadas.
Va la niña moruna
a la voz de campanas.
Pasa por entre ruinas
de gravedad romántica;
un detalle corintio
le abre en flor, el alma.
En fantasía barroca
florecen las fachadas.
En un templo de piedra
de jambas bien labradas,
hay vírgenes de cedro
en altares de plata.
Va más allá la niña
a la voz de campanas.
Capilla del milagro
busca, donde descansa
el buen Hermano Pedro.
Humildad franciscana:
frente a un cirio de cera
la niña se hace blanca.

Gamboa, Emma. (1935). Evocación. *Repertorio Americano*, 30(20), 316.

Evocación

Madre: todo despierta
cuando tú te levantas:
como el sol en el mundo
eres tú en nuestra casa.
Por las puertas abiertas
da buenos días el alba,
las cortinas ondean,
el chorro de agua canta.
Inicias tu faena
dando aliento a la llama
y luego a todo atiendes
con gracia reposada.
Tiendes sobre las piedras
los abanicos de palma
y en la piñuela verde
la ropa almidonada.
De tus manos el pan,
la cajeta aromada
y, alguna vez dichosa,
las arepas doradas.
¡Cómo rindes el tiempo!,
ya tienes preparada
la cura del tabaco
con clavos y jamaica.
Y, todo bien dispuesto,
te sientas a la máquina
a coser los sombreros
para fin de semana.
Alrededor tus hijos
con su rollo de pajas
apuestan a quién trenza
primero las diez varas.
¡Se mueven tan alegres
las ruedas y las pajas!
Tú eres la más ligera:
gira, gira la blanca
copa y va creciendo
como una luna, el ala.
Llevan caracolillo
los más caros, el ala
ancha, alta la copa
y cinta de gro clara.
El próximo domingo
irá a misa cantada
el crujiente sombrero
de palma barnizada.
La loquita Rogelia
que a veces duerme en casa
y que sabe romances
y mil adivinanzas,
maldice de la vida
como de hiel amarga;
pero a ti te bendice
y tus manos alaba.
Cuando anochece, madre,
aún tus manos trabajan;
yo me siento a tu lado,
cabritilla cansada.
Te pregunto tu historia
y, con voz resignada,
parece que me llevas
por veredas extrañas.
Veo mi abuelo barbudo
y mujeres delgadas,
rocas y ríos de oro,
bosques en niebla blanca.
El padre va buscando
lo que nunca se halla,
la mujer con el hijo
en los brazos, callada.
"Era duro de piedras
el camino". Y tallada
en piedra azur te miro
hasta los cielos, alta.
Eres la mujer fuerte,
madre mía, amada,
espiga contra viento,
sobre tormenta, alas.
Arrullada de grillos,
quietecita en la cama,
miro como soñando
la escena iluminada.
Esa silueta fina.

es mamá: bien peinada,
la blusa de cuello alto,
el delantal de guarda;
menuditos los pasos,
derechita la espalda,
despejada la frente
y limpias las palabras.
Mujer de fortaleza
y ternura callada:
María…! ¿Y qué nombre
de mayor alabanza?
En sueño que no es sueño
veo tres doncellas diáfanas:
para ti una corona
sus manos enlazadas.

Heredia, 1934.

Gamboa, Emma. (1932). Hormiguita. *Repertorio Americano*, 25(1), 12

Hormiguita

El cuento más lindo
les voy a contar:
el de la hormiguita
que quiso casar.

Era la hormiguita,
doncella cabal.
en lo hacendosita
no tiene rival.

Se baña, se viste,
toma su café,
dobla las cobijas
se pone a barrer.

Barriendo temprano, —
ris, ras, ris, ras, rás,
un día se encuentra
un diez de verdad.

Como una campana,
li ra, la ra lí,
baila con la escoba
y salta feliz.

—"Con este diecito,
ti rin, ti ri rán,
¿qué va la hormiguita,
Señor, a comprar?

"¿Compro caramelos?
¡Ay! no puede ser,
tal vez la barriga
me vaya a doler.

"¿Si comprara mangos,
piña, marañón?
¡Oh, no! me hacen daño
para el corazón.

"Compraré una cinta
a un rayo de sol
y a la mariposa
polvos de ilusión…"

Va, compra se arregla
y, vuelta un primor,
se para en la puerta
a esperar amor.

Pasa el buey amigo,
viejo solterón,
y dice: —"Hormiguita,
dame el corazón".

Ella le contesta:
—"¡Cómo cantas tú
para enamorarme?"
y él le grita:—"Muú!"

—"Ay, no! que me asustas,
no quiero casar".
El buey su amargura
se pone a rumiar.

Viene un galgo fino,
gentil ladrador,
y a tan bella dama
requiebra su amor:

—"¿Cómo me enamoras?"
—"Guáu, guáu!" ¡Qué pesar!
Hormiguita quiere
más dulce cantar.

Se va nuestro galgo,
pero llega aquí
el gallo diciendo:

—"¡Qui quí ri, qui quí!"
De bronce la cresta,
de oro el clarín;
pero la hormiguita
no lo quiere oír.

Se aturde, se aturde,
y dice al galán:
—"Caballero, siento
no poderle amar".

Ratón Pérez llega.
¡Miren qué gentil:
Bigotillos largos,
mameluco gris!

—“De pedir su mano
tengo el gran honor.
Ratoncito Pérez,
su fiel servidor”.

A novio tan fino,
¿quién dice que no?
—“Mi manita negra
tome usted, señor”.

Les da serenata
el grillo cantor:
Llega a las estrellas
su canto de amor.

Los casa, —en la ermita
de San Caracol,—
vestido de oro,
el cura abejón.
——

Bueno, ya casados
la vida es igual
y a misa de tropa
la señora va.

Y dice a su esposo:
—“Te ruego, ratón,
cuidarme la olla
que está en el fogón.

Con cuchara grande
habrás de mover
y no con pequeña.
Hasta luego, pues”.

¡Pobre ratoncito:
Desobedeció
y se fué de bruces
en la olla de arroz.

Vuelve la hormiguita:
—“Amigo ratón,
corre a abrir la puerta
que aquí vengo yo”.

¡Nada!—“¡Upe!”—¡Nada!
—“¡Dios mío! ¿Qué pasó?
¡Pérez, maridito,
abre por favor!”

Viene el carpintero:
Pic, pac, pic, pac pác.
Abre y la hormiguita
sabe la verdad.

Se sienta en la puerta—
llorar y llorar.
Viene un pajarito
a la consolar.

—“Me corto el piquito
por tu padecer”.
Lo ve la paloma
y dice:—“¿Qué es?”

—“Ratoncito Pérez
en la olla cayó:
Hormiguita llora
y lo siento yo”.

—“Pues yo, la paloma,
lo lamento más:
me corto la cola
para el funeral”.

—“¿Por qué, palomita,
su cola cortó?”
—“Porque Ratoncito
en la olla cayó”.

—“Yo que soy su amigo”,
dice el palomar,
“por tan triste nueva
voyme a derribar”.

Y dice la fuente:
—“¿Qué haces, palomar?”
—“Es que a Ratoncito
ya no veré más”.

—“Pues yo, fuente clara,
me pongo a llorar”.
Su cántaro trajo
la infanta a llenar:

—“¿Por qué, fuente clara,
te has puesto a llorar?”
—“Porque la hormiguita
ya viudita está”.

—“Pues yo, el cantarito,
en trizas me haré
y al río por agua
jamás volveré”.

Y yo que lo cuento
dejo de contar,
me meto a un huequito
y no salgo más.

Heredia, Costa Rica, 1932.

Gamboa, Emma. (1939). Instante. *Repertorio Americano*, 36(14), 217-218.

Instante

Ella tenía tesoros, más tesoros
que la pedrería derramada
entre las hojas recién nacidas
de los olmos.
Una mañana,
era cielo azul y mar con traje de mil luces,
abrió su alma a otra alma
que era como un huerto
de frutos dulces,
y el amor atravesó como una flecha
los corazones vivos.

Gamboa, Emma. (1939). Invierno. *Repertorio Americano*, 36(14), 217-218.

Invierno

La tierra es pura en el invierno
y tiene la belleza casta de una virgen.
Los árboles, mártires desnudos,
quiebran la tarde azulosa
con sus rígidas siluetas de silencio.
Pero su martirio de ramas heridas
tiene un velo piadoso:
alada, temblando de leve
la nieve
prende su candor
en las marañas negras.
También mi corazón
conoce del invierno
y tiene su árbol
con las ramas desnudas
tendidas a los cielos.
Puro como la tierra,
recibe en quietud
este baño
de menudas estrellas.

Gamboa, Emma. (1939). La abuela. *Repertorio Americano*, 36(14), 217-218.

La abuela

1

Abuela lee en un libro grueso
de meditaciones.
El reloj, palpitación del tiempo,
y los anteojos oxidados,
participan de su místico
contentamiento.

2

Mientras lava los trastos
canta. Su voz velada
es del raso de los oropeles
que adornan los altares.
Canta loas a la Virgen
y alabados
al Santo Sacramento.

El cañaveral agita panderetas.
Están de rodillas los hitavos.

3

Una mañana nos dijeron:
"Que abuelita se muere!"
Y a pie, por los caminos
de invierno,
fuimos a la hora sagrada
de su muerte.
Cuando llegamos, la casa
olía ya a cipreses.
La abuela estaba quieta,
con las manos cruzadas.
El viejito, sentado
en el taburete de cuero,
repasando en silencio
las cuentas del rosario.

4

Cada alma tiene el cielo
que en la vida soñara.
Abuela,
en el tuyo te esperan
ángeles con arpas.
Pasaste tu vejez blanca
contando en oraciones
los días.
Ahora,
en los jardines celestiales,
florecen los rosales
de tus Avemarías.

Gamboa, Emma. (1946). León Felipe en Costa Rica.
Repertorio Americano, 42(15), 232.

León Felipe en Costa Rica

León Felipe,
el poeta de la voz de llama,
ha llegado a esta casa.
Su verbo de vientos
está aquí, íntimo en nuestros oídos.
Verbo del salmo en rebeldía
escrito con el aura y el relámpago.
Trae rumor de tres mundos,
el antiguo, el de ahora, el de mañana,
en su caracol de música;
viejo caracol de roca
con rumor de aguas vivas
—aguas salobres de sollozo y gemido
que suben a la nube
y quiebran a la luz en siete rayos.
En su caracol de cantos
resuena el oleaje de los siglos.
Trae el llanto de Job
clavándose como flecha de centella
en el oído de Dios.
Trae la voz de trueno de Jonás
resucitada en el desierto.
Se ha echado al hombro
la herrumbrada lanza
y anda por el mundo viviendo la metáfora
de "Nuestro Señor Don Quijote".
Con su perspectiva de distancias
alcanzó a ver a Walt Whitman,
encina más alta que las Rocallosas
que, por grande y cercana,
no ve bien el sajón todavía.

Lo vió León Felipe
llamándole con el pañuelo de la hierba
y él le ofreció su ancha pluma castellana
y su corazón universal.
Abraza la llama de Walt Whitman
porque es su llama.
Sangre encendida, poesía.
Poesía de la tierra y de la estrella
que germina en el humus,
se hace fronda de cantos
y da semillas con alas
que viajan más allá de los pájaros.

¡Alegría! ¡Alegría!
Pero León Felipe va más hondo:
nos funde en el crisol de sus angustias
donde él es metal y combustible
para extraer el oro mínimo
oculto en nuestra sombra.
León Felipe, este poeta del éxodo,
peregrino de la España fiel a su destino,
este poeta de España
y de la España resucitada,
como él dice, en América,
es el poeta rebelde en clamor de la Luz.
Sus palabras rompen la tiniebla
con una lágrima de fuego.
Poeta de la Luz, única manera de clasificarlo.
No es el poeta del pobre ni del rico,
del industrial o el proletario.
Es el poeta por la justicia
sin clase, ni fronteras.
Es el poeta que cree en Dios
y con Dios habla, a su manera.
Poetas sin fórmulas ni partidos.
Poeta del Hombre.
Hombre él mismo.

En la Escuela Normal de Costa Rica. Junio de 1946.

Gamboa, Emma. (1940). Mis esmeraldas. *Repertorio Americano*, 37(6), 90.

Mis esmeraldas

Prendidas tengo en el pecho
mis dos esmeraldas claras.
Son tan tiernas y pequeñas
que nadie al pasar mirara,
sus remansos de silencio
sólo conoce mi alma.
Con la seda de los tréboles
y la inquietud de las palmas;
con aguas de manantiales
en musgos apaciguadas;
con tristecitas de Octubre
entre las ramas mojadas
y júbilos de Diciembre
sobre las frondas doradas;
con el cristal del rocío
escondido de mis lágrimas;
con canciones que arrullaron
las verdes olas saladas;
con todo eso y el poder
de ternura enamorada
se hizo el milagro divino
que sólo sabe mi alma.
Dulce quietud verde-mar!
Tierna aurora aprisionada!
Prendidas tengo en el pecho
mis dos esmeraldas claras.

Ohio, Enero de 1940

Gamboa, Emma. (1947). Para Alberto Velázquez, este poema... *Repertorio Americano*, 42(27), 423.

Para Alberto Velásquez, este poema...

Alberto: va esta voz a encontrarle,
esta tierna paloma que ha soltado Ud. en mi alma.
Va por la vía láctea de su verso,
de estrella en estrella,
hasta esa casa de una noche dulce.
Ramaje de los cantos,
casa mía.
Casa de la comunión,
posada celeste.

Desdoblo mi libro de espejos
y recobro el instante.
Aquí estamos.
Venimos del aire azul
con un paisaje errante entre los ojos:
montes, ciudades,
y nubes, nubes, nubes,
Naufragio de colores,
serpentina escapada,
metáfora sostenida en el vacío,
si el corazón fuera no más una hoja al viento,
si el corazón no anclara en algo.
Pero esta casa cordial es tierra firme,
puerto inefable.

El vino de esta noche es su palabra, Alberto.
Isaac Felipe escucha
descansando un océano de música ocultas
en pleamar.
Mi corazón es cáliz alto
entre líneas magnéticas.
No sé si el verso va naciendo en mí
o si es su voz la que distiende
un árbol estelar entre mis nervios.
Tres rumbos encontrados,
un instante puro
y se ha creado algo profundo
con un nombre sencillo:
amigos.
Alberto: ha soltado Ud. palomas
de seguro regreso.

Heredia, Costa Rica, 1947.

Gamboa, Emma. (1940). Posees una llave mágica...
Repertorio Americano, 37(6), 90.

Posees una llave mágica…

Posees una llave mágica
de una puerta de oro
en una morada celestial
que es sólo tuya.
Allí vino puro se guarda
en ánfora intacta.
Una llamita azul
como una estrella
tibia y fiel alumbra.
Canciones suaves
de serenas ternuras
en la soledad esperan
el nido de una alma.
Posees la llave mágica
pero la tienes olvidada.

Ohio, Enero de 1940

Gamboa, Emma. (1939). Primavera. *Repertorio Americano*, 36(14), 217-218.

Primavera

Se abren las yemas
en temblorosas alas vegetales
y el corazón renace
a vida nueva.

La tierra esmeralda
y el alma estremecida
en esperanza.

Colinas
amanecidas en verde
salpicadas de florecillas.

Los pájaros enamorados
hacen trizas de música
el aire.

El pensamiento
también vuela y canta,
renacido.

Gamboa, Emma. (1947). Rosa inquiebrantable. *Repertorio Americano*, 42(26), 408.

Rosa inquiebrantable

Hoy entiendo el vuelo herido
y la flecha sangrante,
el ala inválida,
el tallo mutilado,
la flor muerta,
la catedral derruída
y la campana muda
el camino sin huella
bajo el moho del silencio.
Conozco el balido huérfano
en la media noche,
el camino sin huella paralela,
la mortaja de la luna
y mi sombra.
Entiendo las palabras áridas,
desierto, olvido, nunca,
y la última: lápida.
Lápida
¡Y aún arde este corazón!
Rosa inquebrantable,
mas rosa en lo yerto.

Costa Rica – 1945 y 46.

Gamboa, Emma. (1940). Sé paciente, amigo... *Repertorio Americano*, 37(6), 90.

Sé paciente, amigo…

Para Gabriel Jiménez.

Sé paciente, amigo:
no es eterno
el invierno
ni es vana
la esperanza.
Traerá la golondrina
oculta entre sus alas
la primavera,
y tu tierra morena
florecerá una bienvenida
de esmeralda.
El jardín
que parece mustio
ahora,
potencias vivas guarda
que estallarán en rosas
cuando llegue la hora.
Amigo,
avisora el arribo
de las aves viajeras.
Ya las palmeras
danzan sus saludos
con ritmos
de júbilo.
Cuida tu tierra,
cálido corazón,
y espera.

Ohio, Enero de 1940

Gamboa, Emma. (1939). Sed sagrada. *Repertorio Americano*, 36(14), 217-218.

Sed sagrada

Tú y yo corríamos por una pradera
de rumorosa grama.
Tuvimos sed y fuimos
en busca de agua clara.
Simplemente agua.
De una roca, bajo una piedra limpia,
surgió una fuente mínima
de fresca transparencia.
En el cuenco de tu mano bebí.
Las estrellas de tus ojos
sobre mi cabeza titilaban.
Y olvidé el tiempo y el mundo y los cielos
mientras de tu mano bebía el agua clara.
Y, oh milagro!, rosa, lila,
el agua se tornaba.
Y mi sed se quedó con los labios abiertos
porque tu vino encendió
otra sed en mi alma.

Gamboa, Emma. (1939). Soledad. *Repertorio Americano*, 36(14), 217-218.

Soledad

El alma penetró en la soledad
y de los misterios de la sombra,
suavemente, emergieron
azucenas de paz y claridad.
Al principio eran pasos de ciego,
zozobras; pero luego, y esto fué largo,
el alma halló su rumbo
y el silencio se hizo
compañero de gozo.

Gamboa, Emma. (1932). Úruca. *Repertorio Americano*, 24(4), 54.

Úruca

Me han contado la leyenda
de las rosas de Noel,
es más lindo este milagro,
este tierno florecer.
Hoz invisible del viento
siega el pueril cosechar
jugando a cortar estrellas.
Verano sueña nevar.
¡Cuántas menudas guirnaldas!
Portal techado de azul,
incienso y hamaca suave
ya tienes, niño Jesús.
Traed cálices de oro,
Llenadlos con tanta flor
y brindemos—que la uruca
anuncia nacer de Dios.

Ciruelas, Dicbre., 1931.

Gamboa, Emma. (1932). Vuelco a la vieja gaveta...
Repertorio Americano, 24(4), 54.

Vuelco a la vieja gaveta…

Vuelco la vieja gaveta
y una ola de recuerdos
vierte su aroma
tras los papeles amarillentos.

(¿Para qué conservar el cadáver
de aquel sentimiento?
no se puede confiar el amor
a la frágil telaraña del tiempo).

Venga la llama a bailar
y devore poco a poco;
coronado de rosas amarillas
se consuma en sus fauces mi tesoro.

El penacho del humo es tan tenue
como un pensamiento:
alma del papel en fuga
que se esfuma en el viento.

Cruje la presa blanca
entre las lenguas de oro.
Caen los despojos negros.
Amor que fué de la tierra
vuelve a la tierra hecho polvo.

Heredia, Dicbre., 1931

Gamboa, Emma. (1932). Y fue a casa del fariseo...
Repertorio Americano, 24(4), 54.

Y fue a casa del fariseo...

Y fue a casa del fariseo
y sentóse a la mesa.

Nardos sus manos. La dulzura,
como brisa al trigo,
le inclina un poco la cabeza.
Vuelan palabras:
¿Será vuelo de abejas?
Se hinchan los corazones
con tan preciosa carga,
—no es más pura la miel de colmena—
(oh linaje de David, tañías el arpa
y el Espíritu fluía de sus cuerdas).

Entra la pecadora.
La que dió su cuerpo en prenda
a la dicha pasajera.
Se arrodilla. Sus lágrimas bañan
los pies que solamente madre acariciara
y las hojillas de las hierbas.
Vuelca fino alabastro, y el ungüento
hace lirios sobre sandalias viejas.
Y ella a su contacto se perfuma también:
¡si El es la flor de Galilea!

Bienaventurada mujer que besa esos pies
y los limpia con su cabellera;
Juan el Bautista que no bebía vino
decía: no soy digno de sus zapatos soltar las correas.
Murmuran los otros: lástima de esencia,
su valor bien pudo remediar alguna pobreza.
Dícese Jesús: a los pobres siempre tendréis con vosotros,
mas a mí poco podréis darme fiesta;
¿no es bien que mi cuerpo sea ungido
antes de darlo, en señal de Jonás a la tierra?

Y a la pecadora:
“Mujer, tu fe te ha salvado.

Has amado mucho y tu ofrenda es bella,
En medida de amor se perdona:
vé a gozar de paz verdadera”.

Ciruelas, Dicbre., 1931

Garrón, Victoria. (1948). Anoche me dejaste... *Repertorio Americano*, 44(11), 171.

Anoche me dejaste

frescura de luna en la boca
y temblor de emoción
en las manos.

Tu voz, sonó a promesa
y tus pasos perdidos
en la sombra
clavaron perfiles de saeta.

La luna paróse a mirarnos:
yo en ti, y tú en mí
bajo el cortejo de astros
de la noche.

10/junio/46.

Garrón, Victoria. (1948). Despertar. *Repertorio Americano*, 44(11), 171.

Despertar

La alegría de oírte,
fué un despertar desesperado…
La cara se encendió
—roja amapola—
y el corazón, dejó de palpitar.
¿Por qué esta risa?
¿De dónde esta alegría?
Traías el recuerdo
de algo que nunca ha sido,
que no es,
que acaso no será…
Pero me hablaste,
y fue distinto el día
y tuvo amaneceres
de alondra, aquel hablar.

8/nov./47.

Garrón, Victoria. (1947). El gitanillo. *Repertorio Americano*, 43(6), 89.

El gitanillo[1]

Yo que amo los caminos…
yo que amo los senderos…
Y él venía del camino y los senderos…

Traía polvo imperceptible
de las largas caminatas,
traía esencia de jazmines
en la mirada encendida,
y cargada de nostalgia
su visión de soñador.

Llegó de pronto
y caminó a mi lado,
traía el porte de gitano o de andaluz,
se diría que el alma del paisaje
venía prendida en su alma de cantor.

Llegó sonriendo
con la copla a flor de labio,
la alegría, el optimismo y el humor;
en el mágico celaje de la tarde
fué esfumando su silueta de pintor.

5, Marzo, 47.

---

1 Las poesías de Victoria Garrón tienen la transparencia de un remanso de aguas limpias. Vienen a ser, sin proponérselo la autora, una saludable reacción contra los ensayos de moda que, en buena parte de la lírica juvenil de nuestros días, son juegos intelectuales o abusos de lenguaje, cuando no incapacidad y ausencia total de verdadera poesía.

Nos complacen estos versos porque tienen la sinceridad y la ingenuidad de la poesía popular, vena eterna de la mejor lírica en nuestra lengua y por la cual aboga André Gide en la actual producción francesa.

Victoria es Licenciada en Filosofía y Letras y es profesora de literatura y de gramática comparada, pero no llena a la expresión poética los problemas del pensamiento ni los de la prosodia, que son objeto de la ciencia y no del arte.

No vemos en estos poemas influencia alguna y menos imitación. No existe en ellos ni aun la preocupación formal. Nada se interpone entre el sentimiento de su autora y sus versos, ni la estructura misma de los versos, que adquieren por ello la sencillez y la ligereza aladas de la emoción más honda.

Abelardo Bonilla

Garrón, Victoria. (1948). Interior. *Repertorio Americano*, 44(11), 171.

Interior

Las seis…
el cielo está azul.
Las últimas claridades del día
iluminan la calle.
La iglesia está sola,
imponente y callada…
una fuerza interior
me invita a entrar.
Y entro a tu casa, Dios querido,
ni pienso, ni ruego, ni rezo.
Estática ante tu imagen me quedo
viendo el sol agonizar
y la iglesia llenarse de sombras.
Y allí… en la penumbra,
me siento buena, Dios mío,
cuando estoy a solas contigo.

14/mayo/40.

Garrón, Victoria. (1947). Juguete. *Repertorio Americano*, 43(6), 89.

Juguete[1]

La luna anoche llegó a mi cuarto,
jugó a los toros con el reloj,
tocó el ropero, besó la silla,
mordió la mesa y el tocador.

La luna anoche llegó callada,
pasó la verja y el corredor,
de puntillitas llegó a mi cama
y con sus rayos me despertó.

Luna malilla, ¿qué te propones?
¿Quieres peinarme con tu esplendor
o es que pretendes limpiar la mesa
con la colita de tu fulgor?

Pero, ¡qué veo! ¡Ya te despides!
Ya te cansaste de tanta luz.
Y la lunita salió callada
por la puertita de mi balcón.

5, junio, 41

---

1 Las poesías de Victoria Garrón tienen la transparencia de un remanso de aguas limpias. Vienen a ser, sin proponérselo la autora, una saludable reacción contra los ensayos de moda que, en buena parte de la lírica juvenil de nuestros días, son juegos intelectuales o abusos de lenguaje, cuando no incapacidad y ausencia total de verdadera poesía.

Nos complacen estos versos porque tienen la sinceridad y la ingenuidad de la poesía popular, vena eterna de la mejor lírica en nuestra lengua y por la cual aboga André Gide en la actual producción francesa.

Victoria es Licenciada en Filosofía y Letras y es profesora de literatura y de gramática comparada, pero no llena a la expresión poética los problemas del pensamiento ni los de la prosodia, que son objeto de la ciencia y no del arte.

No vemos en estos poemas influencia alguna y menos imitación. No existe en ellos ni aun la preocupación formal. Nada se interpone entre el sentimiento de su autora y sus versos, ni la estructura misma de los versos, que adquieren por ello la sencillez y la ligereza aladas de la emoción más honda.

Abelardo Bonilla

Garrón, Victoria. (1948). La efímera. *Repertorio Americano*, 44(11), 171.

La efímera

¿Por qué la dicha en mí
ha de ser tan efímera?
Apenas si palpo la pulpa
jugosa que emana su fruto,
cuando ésta se aleja…
Detente, mi amiga.
¿Qué prisa te lleva?
¿Qué puerto te aguarda?
Y sigue su marcha la vida:
sucesión constante
de dichas y penas,
Fugaz, apenas asible,
la dicha me espera,
y luego se marcha serena,
como si en su paso
no fuera arrancando
puñados de trigo,
de trigo y espigas.

31/mayo/48.

Garrón, Victoria. (1947). La ensenada. *Repertorio Americano*, 43(6), 89.

La ensenada[1]

Y el mundo se hizo llanura,
sin riscos, sin valles,
sin cumbres, ni honduras.
Como el agua de la ensenada
tranquila… me siento de pronto
verde y azul… cristalina.
Me hundo en el agua
que me cubre angustiada,
y en sábanas de raso
me quedo dormida.
Palpitar de ondas
bajo el cuerpo leve,
—de raso el colchón,
de raso la almohada —
caricia de agua y de sol,
en la blanca playa.
El mundo se hizo llanura,
sin riscos, sin valles,
sin cumbres, ni honduras.

Portete, 6 Enero, 47.

---

1 Las poesías de Victoria Garrón tienen la transparencia de un remanso de aguas limpias. Vienen a ser, sin proponérselo la autora, una saludable reacción contra los ensayos de moda que, en buena parte de la lírica juvenil de nuestros días, son juegos intelectuales o abusos de lenguaje, cuando no incapacidad y ausencia total de verdadera poesía.

Nos complacen estos versos porque tienen la sinceridad y la ingenuidad de la poesía popular, vena eterna de la mejor lírica en nuestra lengua y por la cual aboga André Gide en la actual producción francesa.

Victoria es Licenciada en Filosofía y Letras y es profesora de literatura y de gramática comparada, pero no llena a la expresión poética los problemas del pensamiento ni los de la prosodia, que son objeto de la ciencia y no del arte.

No vemos en estos poemas influencia alguna y menos imitación. No existe en ellos ni aun la preocupación formal. Nada se interpone entre el sentimiento de su autora y sus versos, ni la estructura misma de los versos, que adquieren por ello la sencillez y la ligereza aladas de la emoción más honda.

Abelardo Bonilla

Garrón, Victoria. (1948). La noche. *Repertorio Americano*, 44(11), 171.

La noche

Y ví la noche inmensa:
mitad gris plomo,
mitad gris perla,
y en el filo…
el cacho de la luna.
Aspiré la brisa
y me perdí con ella.

¡El Mundo!
¡Su quimera!
Estoy sola
gozando del olvido.
Gris perla,
gris plomo,
La noche inmensa
y el cacho de la luna.

20/ag./47.

Garrón, Victoria. (1947). Llegué hasta el borde...
Repertorio Americano, 43(6), 89.

...?[1]

Llegué hasta el borde de tus ojos
y me detuve indecisa.
¿Sed, ansias, deseos?
Había parpadear de sombras
y lagunas de alegría.
Voy a escuchar tus silencios
con mirada sostenida.
Hay lenguajes de lenguajes,
el mío, lo es sin palabras.
¿Sueños, quimeras?...
Me detuve al borde de tus ojos,
y así en silencio
me quedé dormida.

---

1 Las poesías de Victoria Garrón tienen la transparencia de un remanso de aguas limpias. Vienen a ser, sin proponérselo la autora, una saludable reacción contra los ensayos de moda que, en buena parte de la lírica juvenil de nuestros días, son juegos intelectuales o abusos de lenguaje, cuando no incapacidad y ausencia total de verdadera poesía.

Nos complacen estos versos porque tienen la sinceridad y la ingenuidad de la poesía popular, vena eterna de la mejor lírica en nuestra lengua y por la cual aboga André Gide en la actual producción francesa.

Victoria es Licenciada en Filosofía y Letras y es profesora de literatura y de gramática comparada, pero no llena a la expresión poética los problemas del pensamiento ni los de la prosodia, que son objeto de la ciencia y no del arte.

No vemos en estos poemas influencia alguna y menos imitación. No existe en ellos ni aun la preocupación formal. Nada se interpone entre el sentimiento de su autora y sus versos, ni la estructura misma de los versos, que adquieren por ello la sencillez y la ligereza aladas de la emoción más honda.

Abelardo Bonilla

Garrón, Victoria. (1947). Mi amor es un sendero.
Repertorio Americano, 43(6), 89.

Mi amor es un sendero[1]

Voy por la calle larga
pisando tus recuerdos:
en cada paso uno,
en cada voz, un verso.
Tu nombre hecho de sombras
seguíame de lejos
y parecía decir:
"La realidad no es esto".
Y yo tenaz seguía
pisando tus recuerdos:
mi vida es una sombra,
mi amor es un sendero.
La realidad se esfuma,
impera la ilusión,
lo que uno en verdad siente
dentro del corazón.
Por eso tu silueta
por el sendero azul,
es más real en mi mente
que el sauce y el bambú.
Existe lo que amamos,
queremos lo que es bueno,
lo malo es un fantasma
en forma de traición;
pero la vida es fuerza,
es flor, es luz, es llama,
es esencia que inflama,
manojo de ilusión.

17 agosto, 46.
Costa Rica.

---

1 Las poesías de Victoria Garrón tienen la transparencia de un remanso de aguas limpias. Vienen a ser, sin proponérselo la autora, una saludable reacción contra los ensayos de moda que, en buena parte de la lírica juvenil de nuestros días, son juegos intelectuales o abusos de lenguaje, cuando no incapacidad y ausencia total de verdadera poesía.

Nos complacen estos versos porque tienen la sinceridad y la ingenuidad de la poesía popular, vena eterna de la mejor lírica en nuestra lengua y por la cual aboga André Gide en la actual producción francesa.

Victoria es Licenciada en Filosofía y Letras y es profesora de literatura y de gramática comparada, pero no llena a la expresión poética los problemas del pensamiento ni los de la prosodia, que son objeto de la ciencia y no del arte.

No vemos en estos poemas influencia alguna y menos imitación. No existe en ellos ni aun la preocupación formal. Nada se interpone entre el sentimiento de su autora y sus versos, ni la estructura misma de los versos, que adquieren por ello la sencillez y la ligereza aladas de la emoción más honda.

Abelardo Bonilla

Garrón, Victoria. (1948). Pensándote. *Repertorio Americano*, 44(11), 171.

Pensándote

Quisiera pensarte
en una mañana brumosa
y en una mañana de sol.
Quisiera encontrarte
en una tarde lluviosa
caminar sobre la calle desierta
bajo una sombrilla, pequeña,
los dos.
Quisiera pensarte
en noche de luna sin estrellas
y en noche de estrellas, sin luna.
Pensarte con frío,
pensarte caliente,
pensarte dormido,
pensarte despierto.
Quisiera pensarte, pensarte, pensarte
y en ese pensarte,
encontrarte yo.

5/marzo/47.

---

1 Las poesías de Victoria Garrón tienen la transparencia de un remanso de aguas limpias. Vienen a ser, sin proponérselo la autora, una saludable reacción contra los ensayos de moda que, en buena parte de la lírica juvenil de nuestros días, son juegos intelectuales o abusos de lenguaje, cuando no incapacidad y ausencia total de verdadera poesía.

Nos complacen estos versos porque tienen la sinceridad y la ingenuidad de la poesía popular, vena eterna de la mejor lírica en nuestra lengua y por la cual aboga André Gide en la actual producción francesa.

Victoria es Licenciada en Filosofía y Letras y es profesora de literatura y de gramática comparada, pero no llena a la expresión poética los problemas del pensamiento ni los de la prosodia, que son objeto de la ciencia y no del arte.

No vemos en estos poemas influencia alguna y menos imitación. No existe en ellos ni aun la preocupación formal. Nada se interpone entre el sentimiento de su autora y sus versos, ni la estructura misma de los versos, que adquieren por ello la sencillez y la ligereza aladas de la emoción más honda.

Abelardo Bonilla

Garrón, Victoria. (1947). Por esos caminos. *Repertorio Americano*, 43(6), 89.

Por esos caminos[1]

Por esos caminos de la patria mía
te encontré de pronto callado y tranquilo,
por esos caminos de la patria mía
me puse a seguirte a paso tardío.
El tiempo era hermoso, dorado el camino,
las noches más bellas, de almendro los días,
por esos caminos de la patria mía
jornada a jornada, junto a ti seguía.
Vínose el invierno, crecieron los ríos,
los claros caminos tórnanse sombríos,
y en la misma senda por donde tú ibas…
iba mi esperanza ciega y abstraída
buscando: tu huella en el polvo, tu luz
en la rama y tu esencia de roble y de pino,
en la encrucijada de viejos caminos.
La noche hizo presa de las praderías,
tus pasos ligeros casi no se oían
bajo el cruje-cruje de la noche umbría,
y en un gran recodo, me quedé perdida.
Te busco callada a lo largo del río,
te espero en el puente, recorro el camino
en que paso a paso no ha mucho seguimos
en busca de almendros, de flores y nidos;
pero es ya muy tarde, no hay sombra de nidos,
y mi peregrino quizá se ha dormido
en la encrucijada de viejos caminos.

Limón, 7, Enero, 47.

---

1 Las poesías de Victoria Garrón tienen la transparencia de un remanso de aguas limpias. Vienen a ser, sin proponérselo la autora, una saludable reacción contra los ensayos de moda que, en buena parte de la lírica juvenil de nuestros días, son juegos intelectuales o abusos de lenguaje, cuando no incapacidad y ausencia total de verdadera poesía.

Nos complacen estos versos porque tienen la sinceridad y la ingenuidad de la poesía popular, vena eterna de la mejor lírica en nuestra lengua y por la cual aboga André Gide en la actual producción francesa.

Victoria es Licenciada en Filosofía y Letras y es profesora de literatura y de gramática comparada, pero no llena a la expresión poética los problemas del pensamiento ni los de la prosodia, que son objeto de la ciencia y no del arte.

No vemos en estos poemas influencia alguna y menos imitación. No existe en ellos ni aun la preocupación formal. Nada se interpone entre el sentimiento de su autora y sus versos, ni la estructura misma de los versos, que adquieren por ello la sencillez y la ligereza aladas de la emoción más honda.

Abelardo Bonilla

Garrón, Victoria. (1947). Tardes de carrizal. *Repertorio Americano*, 43(6), 89.

Tardes de carrizal[1]

Cielo azul,
yigüirros
y hojas verdes.
Caminito empedrado,
agua fresca
y una espera.
18, abril, 41.

---

1 Las poesías de Victoria Garrón tienen la transparencia de un remanso de aguas limpias. Vienen a ser, sin proponérselo la autora, una saludable reacción contra los ensayos de moda que, en buena parte de la lírica juvenil de nuestros días, son juegos intelectuales o abusos de lenguaje, cuando no incapacidad y ausencia total de verdadera poesía.

Nos complacen estos versos porque tienen la sinceridad y la ingenuidad de la poesía popular, vena eterna de la mejor lírica en nuestra lengua y por la cual aboga André Gide en la actual producción francesa.

Victoria es Licenciada en Filosofía y Letras y es profesora de literatura y de gramática comparada, pero no llena a la expresión poética los problemas del pensamiento ni los de la prosodia, que son objeto de la ciencia y no del arte.

No vemos en estos poemas influencia alguna y menos imitación. No existe en ellos ni aun la preocupación formal. Nada se interpone entre el sentimiento de su autora y sus versos, ni la estructura misma de los versos, que adquieren por ello la sencillez y la ligereza aladas de la emoción más honda.

Abelardo Bonilla

Garrón, Victoria. (1948). Tardes provincianas. *Repertorio Americano*, 44(11), 171.

Tardes de provincianas

Tardes provincianas
teñidas de rojo.
Tardes de campanas.

El viento empuja
hacia abajo
barriendo las calles,

y el polvo cantando
se va penetrando
en todo rincón.

Tardes provincianas
de monotonía
casi de convento,

cómo me amodorras,
cómo me aprisionas
con tu paso lento.

Casi de convento,
teñidas de rojo
con su paso lento

Alajuela, 4/febr./44.

Gris (seud.). (1948)[1]. 3:00 A. M. *Repertorio Americano*, 44(4),61.

3:00 A. M.

El sueño perdió la ruta
y se ha ido a trasnochar.

Mientras tanto yo lo espero
con ojos de par en par.

Las sombras están inquietas
pues no tienen qué velar.

Entra la luna curiosa
a inquirir qué pasará:

"Son las tres de la mañana,
y el sueño, ¿dónde andará?"

Vinieron a entretenerme
ovejitas por millar…

Una por una se fueron
y el sueño no quiso entrar.

Como un Pegaso cansado,
por el silencio del cuarto

va como a tientas, sonámbulo,
marcando el paso el reloj…

Costa Rica, 1946.—

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)[1]. (1938). Año nuevo. *Repertorio Americano*, 35(19), 300.

Año nuevo

En la gran cuna del tiempo
amaneció esta mañana
un año recién nacido,
que a la Vida entró sonriendo.

Yo le pregunté a este niño
que tan alegre parece
si me trae algún mensaje
del cielo de donde viene.

Y ha dicho de sí. Que trae,
de procedencia divina,
un Amor, que año tras año,
le encargan dármelo a mí.

Este año tierno, sensible,
parece muy sorprendido
de que el Amor que he traído
no tenga cambio visible.

El mismo de los años mozos:
fresco, tenaz y ferviente
pleno en ternuras, deseoso
de vivir eternamente!

Dic. 1938.

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)[1]. (1935). Año viejo. *Repertorio Americano*, 30(21), 335.

Año viejo

Vete presto año viejo,
no te queremos aquí.
Y no olvides de poner
en tu maleta de viaje
las penas y los afanes
que nos quisiste dejar.

Es verdad que has sido bueno
cuando ya te despedías;
pero me trataste mal
cuando entraste como Nuevo.

Vas pasando lentamente,
como muy disimulado,
parece quisieras quedarte
un buen rato a nuestro lado.

Pasa pronto, perezoso,
que tu lugar necesita
el año del 3 y el 5
con un 1 y 9 adelante.

Ya oigo sus cascabeles
y huele a mirra e incienso.
Nace optimismo en el alma
y crece el aura de esperanza.

No tengo tiempo de verte,
año viejo que te vas;
estoy en espera del Nuevo
¡con alma y sentidos en pie!

No lo espero ilusionada,
ni en el aire hago castillos,
pero tengo almacenada
para este año, mucha fe.

Año Nuevo, ¡bienvenido!
me gustan mucho tus cifras
¿serán la clave de leer
el secreto de mi vida?

El Radio, Cartago, Dicbre. 31, 1934.

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)[1]. (1936). Arando. *Repertorio Americano*, 31(23), 356.

Arando

¡Gui! ¡Gui!
Van lentamente
los bueyes;
se ofrece la tierra,
ardiente,
al beso fértil del sol.
¡Gui! ¡Gui!
Se lleva el viento la voz…

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)[1]. (1935). Arco-iris. *Repertorio Americano*, 30(21), 335.

Arco-iris

Con sobra de gravedad
solemos siempre admirar
cualquier manifestación
extraña de la creación.
Nos sobrecoge un temblor,
la lluvia es siempre misterio

que nos asusta o irrita
si no nos deja salir.

Nace el sol, y cada día
es maravilla mayor;
cada una es luna nueva,
al ojo de la emoción.

Mas si cuento que esta tarde
vino a jugar a mis pies
con su cinta de colores
un arco-iris de verdad.

Vais a pensar que delirio
o que hablo por embromar.

Así fué: cuando yo lo descubrí
ya estaba echado allí
jugando con agua y sol
sobre el prado, muy cercano.

Por un capricho ignorado
no quiso irse esa vez
a lucir su matizado
desde un trono sideral.

Como lo vi tan humilde
quise buscar su amistad:
me envolvió en la majestad
de su luz y su color.

Con alegría e ilusión
yo me estuve dentro de él,
hasta que poquito a poco,
fué subiendose hasta allá…

A deletrear en el cielo
su simbolismo profundo:

Cálmese la tempestad, y luego,
paz a todos en el mundo.

Hoy puedo muy bien decir
sin usar mi fantasía,
que probé hasta la quimera
de vivir en un arco-iris…

Enero, 1935.

---

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)[1]. (1936). Azulejos. *Repertorio Americano*, 31(23), 356.

Azulejos[2]

1

Es la noche la vitrina
hecha de opaco cristal;
allá exhibe Dios sus joyas
por no herir nuestra retina.

2

El relámpago le hizo
señales telegráficas
por entre oscuras nubes
a tormentas lejanas

3

Cada ventana enmarca
un bello cuadro que al pie
lleva una firma divina:
El Pintor de la Creación.
4

Reverberan, con el sol,
las rígidas paralelas,
semejando dos serpientes
de metálicas escamas
que apuestan una carrera.
Pasa el tren…..
y les mata la ambición.

5

En surcos, la tierra
parece un mar moreno.
Barco primitivo semeja
el cansado buey viejo
que tira del arado.

Costa Rica y junio de 1936.

---

1 Nombre de la autora: María Uribe.
2 Versos nuevos de GRIS.

Gris[1] (seud.)[2]. (1933). Blanca. *Repertorio Americano*, 27(13), 203.

Blanca

Anoche bajó
toda esa blancura
que hoy tan fríamente
cubre así la tierra.

Parecía jazmines
o pétalos sueltos
que mano de un ángel
de arriba lanzara.

Con su paso leve
la nieve ligera
muy pronto cubrió
toda la ciudad.

Tan alba, tan pura,
y tan frágil es,
que siento al pisarla
un dolor cordial.

Toda esa blancura
muy simbólica es:
se admira un momento,
se enloda después.

Yo miro a la nieve
como algo muy mío;
se posa allá fuera
con indiferencia.

Pero es aquí dentro
en mi corazón
que siento su frío
como un torcedor.

Como una montaña
que se acumulara
muy fría toda ella
mas... blanco su color.

Formas caprichosas
como de Carrara
tiene esta montaña
de nieves de mi alma.

Estatuas queridas
de ilusiones muertas
¡por frías y por blancas
no os quiero destruir!

Y como allá fuera
la luna ha bajado
y está en su trineo
resbala y resbala,

Aquí en mi nevada
corazón adentro
se pasea muy grave
el señor Dolor.

Desde mi ventana
veo yo nevar;
perdida en ensueños
de blanco color.

De pronto algo negro
cortó esa blancura:
un gato atrevido
tras su gata amiga...

Nueva York, invierno de 1936.

---

1 Nombre de la autora: María Uribe.
2 Gris es una poetisa costarricense de mucho valer. En Nueva York reside hace años.

Gris (seud.)[1]. (1936). Buho. *Repertorio Americano*, 31(23), 356.

Buho

En mi mano tuve
un buho agorero
de plumaje negro
y el ojo avizor.
Y como es sombrío,
en todo, mi ser,
el ave nocturna
creyó que mi mano
era la penumbra
del anochecer…

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)[1]. (1934). Burgueses. Repertorio Americano, 29(11), 164.

Burgueses

Millonarios que viajan
de país a país,
llevando un equipaje
como de troup teatral.
Miran todo el paisaje
geográfico y humano
como si fueran ambos
georoglíficos chinos.
Nada entienden, ¡burgueses!
porque les ciega el alma
densa venda de metal.
No tienen conversación
que no se centre en su yo…
Es fácil asegurar que
no viajan por ver
sino por dejarse ver.
Con ninguno cambiaría
mi brújula de viajera,
que es microscopio de almas
y telescopio de pueblos.
Mis ojos, abiertos siempre,
no hay nada que los deslumbre
para apreciar, conscientes,
el abismo y la cumbre.

Kingston, Jamaica. Mayo del 34.

---

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)[1]. (1934). Cava hondo. *Repertorio Americano*, 29(11), 164.

Cava hondo

Cava, cava, tristeza,
con tu afilado azadón;
cava hondo, que en mi alma
muy adentro queda el fondo.

Cava, tristeza, cava,
déjame oír el rumor
de la fibra que remueves
cuando arrancas crüel
las raíces del corazón.

Tristeza, no acabarán nunca
de extraernos el corazón;
si su raíces penetran
por toda mi construcción.

Y se extienden muy lejos
de lo que crees ser mi cuerpo.
Muy fuertemente se aferran
a personas y a cosas:
Por doquiera que pasé,
allí arraigó el corazón.

Cava, tristeza, cava,
lo más hondo que puedas;
cuando acabes de excavar
será porque habrás tocado
el confín del Universo…

El Radio, Cartago. Julio del 34.

---

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)[1]. (1931). Cordial. *Repertorio Americano*, 24(5), 71.

Cordial

A mamá, que cual vestal acuciosa
con sus cartas mantiene perenne
llama en el pebetero de mi alma.

Noche, nochebuena,
de tanta paz llena!
Bendigote yo
la generosidad
del rico aguinaldo
con que me regalas:
pues que me has traído
a manos muy llenas
mil recordaciones
que a esta noche sola
hacen compañía.

Del alma muy cerca
desfilan ¡tan vivos!
recuerdos muy caros
y caras y nombres.
Mi madre primero,
la siguen después
el padre y hermanos,
la predilecta hermana
y el hermanito ido.

Y aquí la visión
se ha opacado un poco,
tan llena esta l´alma
que brotó una fuente
y a través de brillantes
se completó el recuerdo.

.....

Nochecita buena,
Fiesta de Noel!

.....

¿Por qué tan oscuro, hondo el firmamento?
Parece que durmiera Dios,
y apagó las luces
de su ideal mansión.
Apenas se oye su respirar lento.
Se ocultó quizás
por no querer ver
los hombres en terreno afán:
la fiesta burguesa
con que rememoran
del rabí divino
su pobre nacer.

Nueva York. Nochebuena, 1931.

---

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)[1]. (1936). Crepuscular. *Repertorio Americano*, 31(23), 356.

Crepuscular

La tarde no quiere irse,
ni la noche quiere entrar.
Todo está sin definirse:
no es oscuridad nocturna
ni diáfana luz solar.

Los perfiles de los montes
como en sueños se entreven…
Se adivina tras las nubes
algún celaje distante.

Las torres de la ciudad
parecieran, por lo vagas,
dibujo a medio borrar.

Con temor llegan los ruídos
de distancias muy remotas:
el persistente rodar
de la carretera cansada;

desentonado ladrar
de perros de la campiña;
voces de chiquillería
que vienen desde el pinar.

Y ha llegado hasta aquí,
con sones de pastoral,
la vos del Angelus, suave,
para recordar que es hora
de que todo entre en la Paz.

---

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)[1]. (1934). De par en par. *Repertorio Americano*, 29(11), 164.

De par en par

No tengo más corazón.
En mi pasado quedó,
y es por eso que hoy
como sonámbula voy
sorda a toda emoción.

La fe que fué llamarada
no luce más su fulgor;
sus cenizas se confunden
con la esperanza hoy carbón,
y con el amor, que humo es.

Hoguera inmensa mi vida,
en ella se consumieron
los ideales más quiméricos
y los sueños más queridos
que alenté con fuego vivo.

Hoy me hallo en esta cumbre
de toda desolación,
abierto de par en par
lo que corazón fué,
viendo la vida pasar…

Nueva York. Febrero del 34.

---

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)[1]. (1933). Después de la lluvia. *Repertorio Americano*, 27(13), 203.

Después de la lluvia

Va pasando... pasando...
la tardecita triste.
El sol se fué ocultando
por no verla llorar.
En pañuelos de gasa
todo su llanto secó;
y ha quedado ahora
tan quieta y silenciosa,
que hasta la brisa teme
hacer ruido al pasar.

¿A dónde irá a ocultarse
la tardecita de hoy?
Vapasando... pasando...
Meditativo el gesto,
su mirar de dolor.

Te ruego que te quedes
conmigo, tardecita,
porque eres gris y sola
mi alma te necesita.
Tú me harás compañía,
yo tu hermana seré,
hasta que llegue el día
que juntas, de la mano,
las dos nos perdamos
en la paz del arcano...

Julio, 1932.

---

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)1. (1926). En todo te encuentras... *Repertorio Americano*, 12(2), 334.

En todo te encuentras...

SÍ, en todo lo sutil, en todo lo que
ostenta más trazas de divino.
Con voces de oro te trae la mañanita
alada. Los fulgores del sol
aumentan tu presencia.
Tímida y fría viene la luna a traer
tu recuerdo que estremece, con actitudes
dolientes, los sitios por donde
tú pasaste. Las estrellas juegan al
escondido, imitando tus gestos de
niño mimado.
Se engalanan de matizado lenguaje
las flores para evocar la variedad
polícrona de tu espíritu.
Hay trinos nuevos —idioma de misterios—
que tratan de imitar las profundas
voces de tu alma.
En todo te encuentras...
La brisa silenciosa trae tus quejas,
y hay en el huracán el tono de tus
arrebatos de tormenta.
Hallo en la suavidad del arroyo al
correr, el fácil discurrir de tu pensamiento
sobre temas que amabas.
La lluvia evoca la amargura insistente
que gotea sobre tu corazón.
Por eso la llamas hermana!
En todo te encuentras: eres música,
eres luz, eres flor...

---

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)[1]. (1948). Es así… *Repertorio Americano*, 44(4), 61.

Es así…

Es así la Muerte
como esta nevada:
sobre cada vida
ya muy lentamente
fabricando a diario
la losa o sudario,
cual esta nevada
que ha ocultado pronto
lo que ha poco era
techumbres y tierra,
árboles ya secos,
incluso los pinos
que aún retenían
todo su verdor.

Algo en nuestras vidas
va quedando yerto
en el transmutar
de cada momento.

Quizás es por eso
que así nos fascina
desde la ventana
ver la nieve blanca
con su paso leve
camina y camina…

Ada, Oklahoma, U.S.A. junio 1948.

---

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)[1]. (1926). Evocación. *Repertorio Americano*, 12(2), 334.

Evocación

Es tu recuerdo esencia...
En el ambiente quieto de la sala paseábase en silencio el aroma de los lirios.

Al aspirarlo, irguióse la evocación de tu recuerdo, como estatua fina y consistente.

Es tu recuerdo aroma... Si de la rosa aspiro su fragancia exquisita, tú en ella vienes como inesperada visita.

Si a la violeta humilde traiciona su fragancia, tú en ella vienes, con aires de elegancia.

Y en estos lirios puros tú llegaste a mi, y tu recuerdo fué como velo sutil que hubiese cubierto toda el alma, quedándose allí.

---

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)[1]. (1926). Fué en mayo. *Repertorio Americano*, 12(2), 334.

Fué en mayo

FUÉ en Mayo... La tierra agradecida
a los primeros aguaceros estalló
en sonoras risas en la boca de
encarnadas rosas. Aquí y allá la
alegría mostrábase en múltiples
floreceres: humildes briznas, altivas
flores, temerosos símbolos de
esperanza asomándose en los árboles
antes secos. Y esparciendo su unción
sobre la matizada explosión de vida,
la alegría saltadora de las aves,
con trinos – aleluya. Parecía que la tierra
quisiese absorber todo el calor del sol,
para secar el copioso llanto. Estaba
complaciente como si fuese a celebrar
sus bodas con el sol…

Fue en plena Primavera, que sobre el
alma cayó nevada inesperada.

(1925)

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)[1]. (1934). Grillo. *Repertorio Americano*, 29(11), 164.

Grillo

A doña Ramona V. de Becerra,
que tanto me confortó con la
ternura de su afecto.

Quién creer pudiera
que en esta ciudad
poblada a millares
y tan mundanal

Yo sólo tuviera
¡única amistad!
un grillo que canta
bajo el ventanal.

No puedo explicarme
la presencia extraña
en esa azotea
del pobre animal.

No hay plantas, no hay tierra,
ni una piedra amiga
que lo protegiera
del crudo invernal.

Y él canta que canta,
como que adivina
que dentro, en la estancia,
huérfana, mi alma,

Otra voz no escucha
que la melodía
en un sí bemol:
crii – crii – crii…

Cómo yo quisiera
llevar a mi amigo
dos pisos abajo
donde hay un solar.

Que pudiera al menos
mi triste cantor
encontrar un techo
mientras vuelve el sol.

Más yo no he podido
separarme de él,
sin su canto amigo,
¿cómo viviré?

Si en la noche el sueño
a mi cuarto no entra
el grillo lo sabe,
y vela: crii – crii…

El alma me duele,
grillo solitario,
pero mi egoísmo
te reclama aquí.

Si el frío te hiere
y no cantas más,
hasta en el silencio
oiré tu crii – crii…

Nueva York. Nov. 26, 1933.

---

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)[1]. (1936). Grito. *Repertorio Americano*, 31(23), 356.

Grito

Campesino que has roto
con tu grito estridente
el cristal transparente
de esta tarde estival.

Embriagado, inconsciente,
ensuciaste el silencio
de celeste color
que adornaba el ambiente.

Más sensato que tú
fué el grillo inocente
que acalló su violín
y adoró al sol poniente…

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)[1]. (1948). Hechizo. *Repertorio Americano*, 44(4), 61.

Hechizo

A Hilda Crespi de Mac Donna,
afectuosamente.

La noche frente a mí:
Profundo, combo abismo.

Las sombras vagan tenues,
vacilan, van y vienen.

Los cerros de Escazú
más cerca se presienten.

Como si se apretaran
aquí en mi derredor.

En el jardín las matas
simulan los espíritus

que arrebujados quieren
contar leyendas viejas

de brujas y de gnomos
que en estas vecindades

tenían sus aquelarres
en un lejano ayer.

Estoy frente a la noche:
profunda, ancha y honda

como el Destino incierto
que por doquier me ronda.

San Rafael, Escazú,
Costa Rica, 1947.

---

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)[1]. (1936). Inventario. *Repertorio Americano*, 31(23), 356.

Inventario

En el cierre de cuentas
del año que se va,
tengo yo, subrayada,
una suma total.

De enero hasta diciembre,
minuto por minuto,
hice la entrada, fiel,
de este constante Haber.

Son casi jeroglíficos
que sólo yo puedo leer.
Cuatro de ellos componen
mi máximo capital.

Con él sellé mi libro
y lo di a la Eternidad:
Amor.

Diciembre 31 de 1935.

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)[1]. (1936). Ironía. *Repertorio Americano*, 31(23), 356.

Ironía

Nunca vi carcajada
de mayor ironía
que en la cara feliz
de una yunta de bueyes.
Remolcaba, orgullosa,
sin salir de su paso,
automóvil que ayer
de tanto correr
en la calle enfermó.

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)[1]. (1934). Libertad. *Repertorio Americano*, 29(24), 375.

Libertad

Qué estrecho y encadenado
es el sentido civil
de la expresión "Libertad".

Muchas leyes, prohibiciones,
algunas muy bien pesadas
en la balanza no justa
llamada Constitución.

Pero hay una libertad
que es libre e ilimitada,
es el derecho a gozar
de los bienes naturales.

Ni Cresos ni Salomones
pudieron jamás dictar
con sabiduría y poder
que no se goce al amar.

Esa es la libertad
de que me ufano yo;
la que me deja apreciar
intensamente feliz,

Un glorioso amanecer,
o el infinito azul
por donde viaja, sin freno,
ávida, mi fantasía.

Todo el espacio es muy mío:
nadie me puede prohibir
que vaya corriendo a capricho
la línea del horizonte.

Y ese aire puro, tan claro,
como pupila de Dios,
es también mi posesión
y nunca se podrá agotar.

Esta libertad
de hacer lo que quiero
con el corazón
es todo un tesoro.

Y soy rica, como nadie,
pues me pertenece el Sol,
esa moneda gigante
que no se gasta jamás.

Y si me cansa una vez
estar en un solo sitio,
yo salto de pico en pico,
las montañas elevadas.

Quiero música oír?
Ahí está el agua cantarina,
que tiene más en su voz
de queja que de canción.

Voy al arroyo a escucharla,
y me cuenta en pentagrama,
que todos los ríos son
las lágrimas de la Tierra.

Si del ser humano
me siento cansada,
yo busco a las bestias
que pastan en paz.

Ellas saben bien
que yo, sin ser franciscana,
me siento muy hermana
de todas las criaturas.

Y cuando todo en el mundo
me estorba, mi refugio ansiado
es el templo quieto
de un recuerdo amado…

Y no hay dictadores,
sultanes o reyes
que puedan mandar
en mis posesiones.

El Radio, Cartago, 1934.

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)[1]. Lo adivinaste madre!. *Repertorio Americano*, 24(5), 71.

Lo adivinaste madre!

A Concha

«Tendrá los ojos verdes,
la naricilla así.»

Y el corazón tan suave
que bien semejará
plumón de los ángeles,
cabello de Jesús.

De ingredientes divinos
su cerebro se hará.
Tendrá de sol, de fuente,
de música y de flor.

Milagros de Natura,
secretes del Artífice
cuya cábala honda
nadie comprenderá.

Así será tu hijo:
Bella combinación
de realidad, de ensueño,
de capricho y de amor,

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)[1]. (1934). Luz. *Repertorio Americano*, 29(11), 164.

Luz

A la memoria *Masferrer,*
siempre vive en mi alma.

Entra, mañanita, entra,
baña mi casa de luz,
qué tempranera has estado
y tan limpia que te ves.

¿Cómo escapaste tan pura
del negro abrazo de anoche?
Detrás del bosque lejano
tus rizos de oro yo ví.

Y abrí presto las ventanas
y puertas de par en par,
para que vacies por ellas
tu enorme copa de luz.

Mira, yo mis pulmones
hincho del rico licor,
se va colando por todas
las células de mi ser.

Entra, mañanita, entra,
con tu mensaje de luz.
Déjalo que penetre
en mi cerebro sombrío.

Y que mate, en buena hora,
todos los gérmenes malos,
de tanta preocupación.
Entra, luz bienhechora!

El Radio, Cartago. Set. 4, 1934.

---

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)[1]. (1948). Marinas. *Repertorio Americano*, 44(4), 61.

Marinas

Como una hostia de oro, el sol desapareció
en las fauces enormes del océano.

*

Grácil y rápida se desliza la blanca nave
como una mariposa que acabara de dejar el
oscuro capullo de su *camouflage.*

*

El viento se mantiene ocupado en despeinar
la permanente de las aguas.

*

La ropa interior de los marineros tendida
mástil arriba, se esfuerza en hacer señales
a tierra.

*

Al entrar por la noche en la bahía, avanza
de puntillas la nave para no despertar al puerto

*

Cual cisnes marinos, los barcos veleros
ahuecan sus alas.

*

Mientras no logre desprenderse de la tierra
y volar como esas aves marinas, el hombre
no podrá jamás alcanzar alturas.

*

El viento ensaya los más caprichosos
malabarismos con las nubes para distraer
a las inquietas olas.

*

¿Quién puede leer el mensaje del pañuelo
blanco, todo encajes, que se pasan las olas
de una a otra?

En aguas de Brasil,
febrero-marzo, 1946.

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)[1]. (1938). Mi secreto. *Repertorio Americano*, 35(19), 300.

Mi secreto

Con una ansia buena,
sincera y tenaz,
hoy te estoy queriendo
como yo no creo
que quise jamás

Aunque los días pasen
y yo no te vea
tu recuerdo es ascua
en el corazón.

Cuando estoy contigo
el tiempo no existe,
y cuando me faltas
es eternidad…

Con el pensamiento
yo te sigo, fiel,
y ya no hay distancia
entre tú y yo.

Despierta o en sueños,
sola, en sociedad,
si río o si sufro,
a mi lado estás.

Pero sin embargo…
Hasta ahora no sabes
que te pertenece
todo este fervor.

Costa Rica y junio del 1938.

---

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)1. (1935). Milagro. *Repertorio Americano*, 30(21), 335.

Milagro

Para ti

Oye: hubo en mi alma
siempre sombras.

Caminaba como a tientas,
y respondía a mi llamada
el eco de mi palabra,
porque nadie entendía
el lenguaje que yo hablaba.

Es por eso que yo nunca
hice una estrofa al Amor;
mientras más viviese oculto
más tendría de eternidad…

Equivoqué mi sendero
por exceso de soñar;
pero pronto comprendí,
y me di a desandar…

Yo buscaba siempre, ¡siempre!
una voz y una mirada
que quedó, por fatalismo,
en mi ruta, rezagada.

Ni esperanza de encontrarla.
¿Cómo podría vislumbrarla
mi alma, siempre sombría?

Mas su videncia falló.
Porque en un día de oro
que afinaba hasta la coma
toda sensibilidad,

Yo oí tu voz a distancia,
y en tus ojos me miré
por el milagro patente
de psíquica televisión.

Desde ese día de gloria
toda sombra se esfumó,
y ha quedado en su lugar
una aurora ¡toda luz!

Desde que has entrado aquí
al santuario de mi alma,
su manto gris se cambió
y hoy ostenta en su lugar
tenues velos de ilusión.

Ya no se une el entrecejo
donde el pensar se asentaba,
es más dulce la mirada,
y es liviano el corazón.

Mucho más alumbra el sol,
y se puso más azul
la azul mansión del Creador.

Y si vieras las estrellas
cómo se han multiplicado:
así nunca habrá tinieblas…

Cuánto más huelen las flores
y qué intenso su color,
cual si fueran otra hechura
de divino horticultor.

Ya la música es mi amiga
y no me hace sollozar;
le conozco los acentos
de tu voz, ¡tan familiar!

Aunque quizá no he de verte
con los ojos corporales
eso poco se me da:
sé que existes allá lejos,
y muy cerca, en el recuerdo.

---

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Y te tiendo a la distancia,
como puente fraternal,
el corazón ¡llama viva!
para que se apoye en él,
esta amistad tan cordial…

Enero, 1935.

Gris (seud.)[1]. (1934). Misa de pueblo. *Repertorio Americano*, 29(24), 375.

Misa de pueblo

Todos tempranito
fuera de la cama.
Van los campesinos
“a hacer por el alma”.

Blusa y pantalón
bien aplanchaditos;
patita en el suelo
y un sombrero nuevo.

Van todas las mozas
bien engomaditas,
rebozos de seda,
todas tan hermosas!

Qué gusto me dió
verlos tan devotos
pidiendo al Señor
su ayuda eficaz.

Para la cosecha,
que quieren mayor;
y para los sueldos,
que no bajen más!

Salud y trabajo
su ambición mayor…
Oyelos, Señor,
que no piden tanto!

Regresan contentos
a su choza humilde.
Es porque ya vieron,
y hablaron a Dios…

El Radio, Cartago, 1934.

---

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)[1]. (1948). Muerte en la Sierra. *Repertorio Americano*, 44(4), 61.

Muerte en la Sierra

Aquí. Sobre esta cima de mármol.
Por mortaja el cielo azul,
y el leve tul de la brisa.
Ni el menor rumor que el mundo
evoque en éxtasis tal…

Así: Esperando que bajen
desde su olímpica altura
aquellas águilas fuertes,
y me eleven y me lleven
a sepultarme en lo azul.

Sierras de Córdoba,
Argentina, 1945.

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)[1]. (1934). Muy tarde. *Repertorio Americano*, 29(11), 164.

Muy tarde

Yo que he visto la vida
con fantásticos lentes,
que siempre busqué
la Belleza y Bondad.

He venido a palpar
con mis manos desnudas
el lado más llagado
de la humanidad.

A nadie creí malo,
y a todos perdoné.
Por su origen divino,
en todos tuve fe.

Y tarde, ¡ya muy tarde!
he venido a entender,
que no siempre es ganada
la lucha de vivir.

Si de escudo se lleva
un corazón muy rojo,
y nos defiende fiel
la fina espada del Bien.

Nueva York, Marzo del 34.

---

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)[1]. (1934). Niebla. *Repertorio Americano*, 29(11), 164.

Niebla

Hoy lavó la tarde
todos sus ropajes,
y sobre los montes
los puso a blanquear.

Desde aquí los veo
tendidos sin orden;
son todos muy leves,
como de organdí.

La luna esta noche
con su luz de plata
más los va a blanquear.

Y por la mañana,
con su enorme plancha
de oro, los secará el sol.

El Radio, Cartago. Set. del 34.

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)[1]. (1932). No ha muerto: se fue adelante…
Repertorio Americano, 25(18), 286.

No ha muerto: se fue adelante…

A Toña Masferrer, fraternalmente.

De silencio es mi homenaje,
de llanto y melancolía
para el amigo que un día
calor dió a mi alma salvaje.

Me entra un remordimiento
como una sombra de duelo,
porque mi ingenua torpeza
no supo dar un consuelo

a su alma siempre en tormento
ni a su inquieto pensamiento.

El me hizo comprender
en su tono paternal,
por qué no puede ser
este planeta natal
mansión de felicidad.

Si de una estrella has venido,
hijita, así me decía,
es natural que no encuentres
en esta tierra tu nido.

Si todo nos es extraño,
y no nos acomodamos,
nuestro ser tan huraño
no cambiará con los años
sino hasta que muramos.

Entonces retornaremos
a nuestro primer hogar,
¡y qué dichosos seremos
en nuestra patria estelar!

Mucha más clara que otras
acude hoy a mi mente
la evocación vehemente
de aquel ramo de rosas.

Las tomó con mano débil
y al aspirar su fragancia,
una rosa, por la estancia,
sus pétalos deshoje.

Y recogiendo uno a uno
los pétalos, *se los comió*
«Como iban a perderse,
si tu mano los tocó»…

En esta desolación
en que su ausencia me deja,
una esperanza me queda
de cierta realización:

Que a la Muerte, mi amiga,
he aconsejado que diga,
al darme su pasaporte,
que voy en busca, a una estrella,
de mi hermano, que impaciente,
partió primero que yo.

New York, setiembre de 1932.

---

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)[1]. (1926). Pasó un viajero... *Repertorio Americano*, 12(2), 334.

Pasó un viajero...

ERA el alma un desierto. El horizonte,
amplio, vago. Arido y triste el ambiente.
Pensamiento y silencio la invadían.
Llegaste tú. Traías un mensaje de
tierras ignotas. Y fué fértil al escucharte,
en ternuras, el alma.
Era tu voz un canto... a cuyo célico
encanto prendíanse en el alma luminarias
extrañas. Tornóse el desierto
en alcázar de ensueños do el viajero
vivía en ternuras sin cuento, porque
el alma, en un éxtasis de gozo divino,
al viajero acogió como a heraldo
de amor.
Y el viajero pasó… y en el alma
aún queda de la suya el sabor, fresco
y dulce, tal mensaje de amor.

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)[1]. (1934). Paz. *Repertorio Americano*, 29(11), 164.

Paz

Se ha dormido la Paz
sobre los campos verdes…
Pasa en puntillas el viento
para evitar el rumor.

Los árboles le hacen guardia
en silenciosa actitud;
se mecen muy débilmente
sin producir un frú-frú.

Vuelan más levemente
los livianos pajarillos
y dicen mil suaves trinos
en su lengua de arrurú.

Pace el ganado: ras, ras,
en un pianísimo son.
A ratos se queda quieto
como si meditara
la sinrazón del rumiar.

Ensaya una tortolita
su monótono cuú-cuú.

La Paz escogió esta tarde
para quieta, reposar.
Han venido a acompañarla
muchas brumas
envueltas en capa gris.

Yo me he quedo extasiada
viendo dormir a la Paz,
con su sueño tan sereno,
libre de toda inquietud.

El sol vendrá a despertarla
con sus mil besos de luz.

El Radio, Cartago. Julio del 34.

---

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)[1]. (1938). Portal. *Repertorio Americano*, 35(19), 300.

Portal

Verdes prados, y amarillos;
tierra negra en producción,
y otras parcelas que aún
no ha trabajado el peón
en demanda de su pan.

Altas montañas en torno,
verdes o azueles,
según su proximidad.

Y cerros altos... Muy altos!
en formas tan caprichosas
que se asemejan algunos
a titanes que durmieran
un sueño de Eternidad.

Los techos blancos y rojos
como puntitos lejanos
ponen en este paisaje
su nota de humanidad.

Como si fuera un mosaico
se ven acá y acullá
paciendo tranquilamente
animales de verdad.

Hoy un swampo sobre el cual
una blanca, grácil garza,
se mece con suavidad.

Y como en todo portal,
el tren, para allá y para acá
anima este cuadro agreste
prestándole realidad.

No son de algodón las nubes.
Lo prueban cuando tal vez
el arco iris las convierte
de color en variedad.

Las estrellas que sonríen
guiñando su ojo de luz,
prestan desde los cielos
al Portal su claridad.

Y hay una brisa que mece
al niño, que es el Dios-Pan
y le canta, con voz suave,
arrurúes de Navidad...

El Radio
Diciembre, 24 de 1937

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)[1]. (1931). Prisión. *Repertorio Americano*, 24(5), 71.

Prisión

Esta mañana hermosa
es una tentación.
Se han soltado, traviesos,
los doce hijos de Eolo,
e irrespetuosamente alzan
las faldas de las damas.

Invitan con sus guiños
a vagar por los campos,
a danzar rondas helénicas.

Esta mañana hermosa
es una tentación.
Ha dado a los cielos
su más azul color.
El velo de las nubes
nunca más tenue fue.
El sol desde su trono
abre su ojo de luz,
y aconsejar parece
un vuelo hacia lo azul. . .

Esta mañana hermosa
es una tentación.
Pintó de azul las aguas;
así parece el cielo
más fácil de coger,
pues se refleja en ellas
con todo su esplendor.

Mas… es una tentación
que nunca vencerá
pues el deber, tirano,
jamás nos soltará.

Y en vez de, placenteros,
gozar de este otoñal,
iremos, resignados,
a ganarnos el pan.

Y aquí, en el rascacielos,
nuestra consolación
limitase a mirar,
a excusas del patrón,
la azul inmensidad. . .

Nueva York, Otoño del 1931.

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)[1]. (1926). Recuerdo. *Repertorio Americano*, 12(2), 334.

Recuerdo

DENTRO, en la capillita interior, ora
el alma, y una calma indescriptible
toma. En la oscuridad terrible
se enciende una cinta de luz!
Mi densa oscuridad se rompe cual
interrumpe la solitaria roca de la
montaña un chorro de aguas purísimas,
y es un contraste encantador.
Es su recuerdo que no me deja, y
como nunca, vive en mi alma muerta.
Es el celeste consuelo que colora mi
tristeza…

(1926)
San José, Costa Rica.

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)[1]. (1933). Riqueza. *Repertorio Americano*, 27(13), 203.

Riqueza

Mientras haya una estrella
en la noche serena;

mientras la luna ría
con risa de Pierrot;

mientras se abra un flor
efímera y modesta;

mientras en mi ventana
se pose una avecilla;

mientras a mi oído llegue
la acariciante voz

de Chopin y Beethoven
y la rima sublime
de algún poeta ignorado;

mientras Tu recuerdo sea
mi luz, consuelo y guía,

habrá en mi alma alegría y
reiré de la Suerte

por que en tesoros tales
estaré tan extasiada.

¡que aunque pase la Muerte,
creerá que soy la Nada!

---

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)[1]. (1931). Rosas amigas. *Repertorio Americano*, 24(5), 71.

Rosas amigas…

A Madeline Barchi
Rosas amigas,
rosas rojas, altivas,
embajadoras fieles
de una amistad sin pliegues.

Me miráis, calladas,
y dicen tanto tus
pétalos de seda
y tu perfume santo. . .

De quien las envía
emblema cierto,
pues es así
el corazón de Ella:
Un fértil huerto
que da y que da,
sin consumirse nunca,
como la rosa da
su esencia bella.

Rosas, caritativas rosas,
en esta noche nostálgica
sobre tu seda suave
mi corazón descansa.

Nueva York, Nochebuena, 1931.

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)[1]. (1936). Sinfonía. *Repertorio Americano*, 31(23), 356.

Sinfonía

Traigo los oídos
llenos de rüidos
extraños
que suavemente
se prendieron
al pasar por los caminos:
crii – crii – juízz!
tacatacatacaaa
tocotocotocooo
en un tono diferente;
croac – croac,
cùu – cúu – buzz!
bi… chio, chip, chip, chip…
la avecilla retardada.
Y quisiera al pentagrama
trasladar la sinfonía…

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)[1]. (1933). Sol. *Repertorio Americano*, 27(13), 203.

Sol

Sol que alegre retornas
de aquellas tierras lejanas;
dime ¡Sol! ¿Ni una palabra
de mi ausente? Si es que vive,
segura estoy que tus rayos
con el oro de su luz
acariciaron Su ser.

Sol, yo quiero sentir
el calor de tu abrazo;
y también quiero beber
a grandes sorbos tu luz,
porque creo que estarás
saturado de Aquel
en quien tu luz se posó.

Primavera del 1932.

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)[1]. (1933). Talismán. *Repertorio Americano*, 27(13), 203.

Talismán

Relojito diminuto,
mi precioso talismán
que minuto a minuto
mi vida vas regulando.

No podría pasar sin ti;
es tu flébil tic-tac
cual vocecilla secreta
que al atar Su recuerdo
a cada instante que vivo
da un motivo a mi vivir.

Jamás le faltará cuerda
a esa joyita que adoro,
pues cuando cese su ritmo,
el suyo mi corazón cesará.

---

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)[1]. (1938). Tarde. *Repertorio Americano*, 35(19), 301.

Tarde

Mimosa y sensual
se tendió la tarde
sobre el lecho blando:
verde zacatal.

Quieta y sugestiva
espera, rendida,
la caricia suave
de la leve brisa.

Y los cantos tiernos,
cortos, musicales,
con que la enamoran
pájaros de invierno.

Cansada, la tarde
se quedó dormida…
Tendido junto a ella
el Silencio grave.

Discreta, la noche
bajó sus cortinas,
y a todos los ruidos
les puso sordina.

El Radio, 1938

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)[1]. (1935). Telaraña. *Repertorio Americano*, 30(21), 335.

Telaraña

Teje, teje, arquitecto diminuto…
Qué de prisa haces tu tela
y muy perfecta te queda.

La simetría que tú empleas
no hay sabio que la conozca,
la combinas muy bien
con estética y resistencia
y tiene su finalidad.

Qué hábil y qué acuciosa
vas para allá y para acá;
parece que tienes prisa
por acabar tu labor.

Dicen los que piensan mal
que es hambre la que te apura,
pero yo que te he observado
les puedo rectificar:

No es ambición, yo lo sé,
lo que te mueve al tejer,
como si tu cuerpo fuese
un fino ovillo sin fin…

Yo también devanaba
el ovillo de mi fantasía
cuantas veces te observaba,
apenas oscurecía.

Una mañana, feliz,
encontré la solución
con la ayuda del rocío
y de un sol muy madrugón.

Para remordimiento
de los que pensaban mal,
que era tu instinto animal
el que impulsaba tu afán.

Vi bien claro, arañita,
que cifrabas tu ilusión
en cazar, de mañanita,
bellas cuentas de cristal…

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)[1].(1935). Tragedia del cafetal. *Repertorio Americano*, 30(21), 335.

Tragedia del cafetal

Cogedora de café,
linda y fresca campesina,
que al desgranar la fruta
tus sueños vas hilvanando:

"Cuando aumente la cosecha
y a mí Juan le paguen más,
el señor cura echará
sobre nosotros ¡bendito!
un lazo que ni el pizuicas
podrá desatar jamás".

Así pensaba Camila
la linda muchacha fresca,
mientras su sangre joven
animaba su mirada.

Un ruido oyó en ese instante
como de hierba al moverse,
y creyendo era su Juan
se volvió muy ligerita.

Y al punto se sintió presa
en los brazos del patrón
que la estrechaba y besaba
con una bestial pasión.

Luchando por escaparse
de tan odiado truhán,
la muchacha sorprendió
entre unas matas, detrás,
a su enamorado Juan,
que había seguido al señor.

Con ojos de amor la miró.
Su faz empalideció,
y sacando su cutacha
destazó al rico patrón.
Y ¡claro! hoy el pobre Juan
descontando su condena
allá en la isla San Lucas
seca su carne morena.

Aquí la pobre Camila
llora y llora sin consuelo
marchitando su hermosura…

Yo la he visto noche o noche
cuando hay luna bella
dirigirse al cafetal;
se sienta bajo la mata
donde enterró su ilusión,
y busca, con su ojo triste
la telaraña de ensueño
que hace diez años tejió
entre esmeralda y rubí…

Costa Rica, 1935.

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)[1]. (1934). Tu recuerdo y yo. *Repertorio Americano*, 29(24), 375.

Tu recuerdo y yo

Más temprano que otros días
quise salir a pasear.
Vino alegre mi caballo
para dejarse ensillar.

Quería yo perderme
por un sendero ignorado
donde nadie me siguiera
sólo tu Recuerdo amado.

Brioso mi corcel trotaba.
Yo lo guiaba distraída,
y a mí lado volaba
tu noble Recuerdo alado.

La mañana despertaba
para mirarnos pasar;
creía que estaba soñando
y volvíase a acurrucar.

Tan de madrugada era
que las culebras aun
no habían salido a asolear
el tornasol de su piel.

Parpadeaban, soñolientas,
las florecillas silvestres
y en un bostezo decían:
¡Buenos días! ¡Bueno días!

No encontramos ni un labriego
por la ruta solitaria;
todavía se calentaban
junto al generoso fuego.

Y seguíamos tú y yo
conversando en el silencio;
admirando de natura
tanta belleza ignorada.

Consciente de nuestro paso
el viento nos saludaba
con una fresca caricia
sobre la frente cansada.

Aun dormían los peñones
bajo frazadas de musgo,
era un placer contemplar
la variedad del matiz.

Se desperezaba el río
y se alargaba… alargaba…
hasta llegar a la mar.

Todo por nos saludar
y por correr con el chisme
de que íbamos los dos
a la montaña a pasear.

Todos te adivinaban.
Me veían sólo a mí,
y presto venía el comentario:
Ahí va el Recuerdo a la par…

El sol nos vino a encontrar
a la plaza de Orosi,
y con su luz nos mostró
todo aquel bello lugar.

Fué tan fuerte la emoción
que a mí me sobrecogió,
que estreché más tu Recuerdo
bien cerca del corazón.

¿Fué fantasía? O es que allí
aun moran, en fe de la tradición,
los espíritus rebeldes
de los fieros españoles.

---

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Sin cerrar mis ojos ví,
espada en cinto, bota alta,
a más de un conquistador,
cruzar enhiesto, la plaza.

En silencio te busqué
pidiendo que me explicaras
la tan extraña visión
que no podía comprender.

Y en tu aura pude ver,
delinearse muy clara
la forma de un caballero
de aquel tiempo señorial.

Hice volver al caballo
y regresamos los dos,
meditando la aventura
en el Valle de Ujarraz.

Al salir nos dimos cuenta
que hasta el río Reventazón
tiene su porte gentil:
pasa besando los pies
a la señora Orosi.

El Radio, Cartago, 1934.

Gris (seud.)[1]. (1934). Tu viaje. *Repertorio Americano*. 29(24), 375.

Tu viaje

A Claudia Lars, Hermana
en la luz y en la tristeza.

Está triste la tarde.
Van muy a prisa las nubes,
como huyendo, con temor.
Ha venido a visitarme una musa,
en muy doliente actitud.

No tiene ganas de hablar,
pero adivino en su gesto
que se querría desahogar.

Tiene los ojos llorosos,
y su voz, débil de pena;
me ha dicho en pocas palabras
el dolor que la abruma.

Me recuerda, entre sollozos,
la bella tarde de ayer
cuando sentadas las dos,
(mi amiga y yo, no la musa)

Junto al arroyo parlero,
sobre la piedra paciente,
y bajo el generoso alero
de un árbol clemente
que nos libraba del sol.

Allí donde tu voz de alondra,
me tuvo en éxtasis, horas,
oyéndote contar la pena
que transformaras en canto.

Que se cumplieran, ¡preciosa!
desde que pones tu planta
en la nave venturosa
que lleva tu carga valiosa,

Confundíase tu voz con la del agua,
que era plegaria y lamento;
con la del viento, ¡tan suave!
que no podíamos traducir.

Y yo supe de tu pena,
de tus sueños y temores,
de tus ansias y dolores
y de tu imposible amor…
Me contaste de tu viaje
que tanto pesar me da;
me inquieta sobremanera
tu destino, pasajera.

Porque llevas plena el alma
de intangibles realidades,
de ensueños de oro y de nácar
que en este plano no cuajan.

Es por eso que tu viaje
me contrista lo indecible
porque sé, por experiencia,
que doquier alces tu tienda,

Será tierra deleznable.
Porque tu trono, princesa,
lo dejaste en una estrella
cuando bajaste a la tierra.

Hada quisiera ser
y con mi varita de oro,
recitar en baja voz
los deseos más carichosos.

Hasta que arribes a puerto
donde la Vida, humillada,
se tienda a tus pies,
y te ofrezca, callada,
cuando tu anhelo soñó.

El Radio, Cartago, diciembre 10 del 34.

---

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)[1]. (1933). Unos ojos vi. *Repertorio Americano*, 27(13), 203.

Unos ojos vi

De esmeralda clara, limpia,
unos ojos que yo vi.
Cual un mar en plena calma
me mostraron hasta el fondo
de la más extraña alma.

Con mis ojos se encontraron.
¡Dos abismos se miraron!
Me he perdido yo en tus ojos,
en los míos, ¿estas tú?

De segundos el encuentro,
mas de siglos el recuerdo.
Yo los busco, los persigo,
y podría muy bien dar
de mi vida lo que resta
por volverlos a mirar.

Esos ojos que yo ví
no tendrán jamás su par:
eran verdes, dulces, hondos,
y sabían lo qué es mirar.

¿Dónde están? Los quiero ver
un minuto y nada más;
y después, como aquel día,
que se vayan... que se pierdan...

1932.

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)[1]. (1935). Yiri. *Repertorio Americano*, 30(21), 335.

Yiri

A Xinia, hermanita menor.

Pajarito alegre,
que muy de mañana
saltabas nervioso
cantando a la aurora
tu mejor canción.

Dulce pajarito
que más de una vez
compartimos juntos
en esta casona
quieta soledad…

Ave pequeñita
de vivo color,
qué gusto me daba
todas las mañanas
cuidar de tu jaula,

Darte un baño fresco
que tú recibías
con saltos ligeros;
tu comida limpia,
y un baño de sol.

Yiri, pajarito,
¿te cansaste acaso
de ser animal
y volaste al cielo
a hacerte fanal?

Yiri, pajarito,
con cuánta emoción
te tomé, copito
de blando plumón
y te fuí a enterrar.

En la tarde alegre
que tú celebrabas
allí en el jardín
donde en las mañanas
también tú cantabas.
Yo me arrodillé
para abrir el hoyo
que, quieta, transparente,
lágrima furtiva
rápida marcó.

A mí no me importa
que me crean pueril
porque le hice a Yiri
grave funeral
en vez de entregarlo

A la despiadada
hambre **formical**
o a otros insectos
que pronto, en la nada,
lo hubieran dejado.

Con su cabecita
mirando hacia arriba
yo lo coloqué,
y en la tierra suave,
como una señal,

Le planté un retoño
de blanco rosal.
Yiri, pajarito,
tu suave plumón
pronto veré en flor…

Costa Rica, 1934

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Gris (seud.)[1]. (1931). Yo quisiera ser Jano. *Repertorio Americano*, 24(5), 71.

Yo quisiera ser Jano

Para ti

Yo quisiera ser Jano:
Jugaría con el Tiempo.
Como por hábil magia
siempre estarían presentes
todas las Horas buenas.

Los minutos locos
desapareciendo irían.
Y los minutos tristes
tampoco existirían.

Los días apacibles,
aquellos en que no hubo
ni queja ni rencor,
aquí estarían sonrientes
para no irse jamás.

Los otros, los sombríos,
corridos, apenados,
ocultándose irían
hasta dejar de ser.

Si yo fuera Jano
aquí estaría latente
aquella Hora Suprema
que junto a ti viví.

Cargada de ternuras,
de ofrendas, de promesas,
y de idealismos plena.

Todo mi poder deico
aquí lo mostraría al retener esa Hora
en que tan tuya fuí.

.....

Sin roces corporales
toda mi alma te dí.

.....

El milagro mitológico
cobra hoy su realidad
al convertir esa Hora
en toda una Eternidad.

New York, Otoño del 1931.

1 Nombre de la autora: María Uribe.

Ifigenia, (seud.). (1933). Anatomía. *Repertorio Americano*, 27(17), 269.

Anatomía

Era una masa roja y sangrienta
que de dolor la víscera partía,
era gigante altivo y en su loca
visión abrasadora se moría.
Soñaba con los ojos de un extraño
que su hermano cerebro le fingía,
y besaba las manos de la dicha
que en carrera veloz, también huía.
Nació sano, era alegre, era la imagen
del que el dolor ignora y la porfía,
pero llegó fatal aquel instante
en que guijarro cruel su vida hería.
Rocoso, estéril, sin calor ni riego
quiso vivir la luz de un nuevo día
e incauto abriendo al lanzador de flechas
empezó de este modo su agonía.

San José de C. R., octubre de 1933.

Ifigenia, (seud.). (1933). Tarde gris. *Repertorio Americano*, 27(17), 269.

Tarde gris

Cortina espesa de niebla
cubre el día con su manto,
y afuera, tras los cristales,
la lluvia sonríe en tanto.
El glu glu de una gotera
pone una nota de hastío
y recuerdo sola, triste,
el amor que ha sido mío.
En la acera, triste y muda,
de harapos yendo vestida,
camina una viejecita
que es remedo de mi vida.
Y en los charcos de la calle
del cieno saltan las gotas
porque ellas están felices
cual del pentagrama notas.
Hay un chirrido que deja
oír su triste lamento,
cuando pasa por la puerta
añosa, su amigo viento.
Y al mirar la tarde triste
como vestal al martirio,
brota en mi alma el anhelo
y así pienso en mi delirio:
Como esta tarde brumosa
de cantar tan necio y lento,
así ha sido mi alegría:
papel que va con el viento.
De negra escarcha vestida
como el fantasma de un cuento
camino yo por la vida
y un fardo es mi pensamiento.

San José de C. R., octubre de 1933.

Lira, Carmen. (Seud.). (1922). A Tórtola Valencia.
Repertorio Americano, 4(30), 411.

A Tórtola Valencia

DECID, señora, ¿sois acaso el octavo
pecado, aquel con que han soñado
hace siglos los hombres hastiados
de la vulgaridad de los siete del
catecismo?

¿El pecado que no tiene nombre inmediato
y definitivo lo mismo que los perfumes?

Cuando danzáis vuestro cuerpo parece
disputado por ángeles y demonios.

Diríase a ratos que vuestra carne es
presa de los horrores con que las
tentaciones asedian a los anacoretas en
los cuartos de Breughel el Joven.

Dios envió un ángel a clavar en
vuestros pies y brazos la espina del
tormento.

Hace siglos el mismo alado mensajero
quizá hundió en el corazón
de la Santa de Avila, quien para siempre
perdió la calma, y no fué ya sino
viviente anhelo de penetrar en el
pensamiento de la Eternidad.

María del Pilar. (1941). Claro de luna. *Repertorio Americano*, 38(9), 143.

Claro de luna

Dedicado a J. García Monge

Sonata de Beethoven, melodía
en que palpita el alma del artista
música delicada que transporta
a la cúpula azul del infinito.

Evocación sublime que nos llega
envuelta en la plegaria de sus ritmos
aleteos de pájaros heridos
o remedo de flautas que sollozan.

Libélulas minúsculas que giran
y despiertan las notas en el piano
suspira de una fuente cristalina
en donde a media noche, temblorosa
baña su desnudez la luna llena.

Guatemala, 1941.

María del Pilar. (1941). Confeti. *Repertorio Americano*, 38(9), 143.

Confetti

A Flavio Herrera

Noche:
Cabellera oscura que despeina el día.

Viento:
Mar diáfano en que revuelan
grandes pájaros de acero.

Cielo:
Sábana de raso azul con que se cubre la tierra.

Nubes:
Ilusiones inocentes que se plasman en el cielo.

Luna:
Amazona sobre un corcel luminoso
que recorre gentilmente la pista del cielo azul.

Cometa:
Estrella que se engalana con regio traje de novia.

Luceros:
Cuentecitas desprendidas
del rosario diamantino con que los ángeles rezan.

Sol:
Rojo farol de cristal
que encienda cien mil bujías.

Día:
Galante enamorada de una viuda.

Tierra:
Una de las bolas con que juega
el sol malabarista.

Montañas:
Perennes proveedurías de los circos.

Volcanes:
Gigantes pisapapeles
en los papiros del lago.

Mar:
Actor dramático que siempre emociona.

Olas: Clásicas bailarinas
de la danza macabra.

Lagos:
Pupilas dilatadas con colirio de sol.

Ríos:
Carnaval de serpentinas tiradas al mar.

Guatemala, 1941.

Montalban, Gertrudis. (1935). Destino. *Repertorio Americano*, 30(23), 366.

Destino

Si fuésemos buenos, ¡oh Dios! ¡Qué belleza!
Te haría una corona bien blanca de azahar
orlando tu frente, tu sabia cabeza
con claro rocío, perlas congeladas
de tanto llorar.
Si él se arrepintiera y por cada agravio
que inferido hubiera en nuestra amistad
no hubiera una queja ni un leve resabio,
yo sería la esencia
de la caridad.
Si yo contristada de tantos errores
alzara la frente ante la gravilla
de los áureos rayos de tus resplandores,
crecería cual planta
de buena semilla.
Y si siempre juntos la vida llevamos
amando la Santa Voluntad Divina,
a tus pies rendidos, de paz entonamos
mística, alba y buena,
nívea sonatina.
Mas si acaso el hado, erecto destino,
con letras de lloro escribió al nacer
que para cada uno trazó su camino,
me ciñeré a un símbolo:
¡Sufrir es Mujer!

San José, Costa Rica, 1935.

Montalban, Gertrudis. (1935). La abuela. *Repertorio Americano*, 30(23), 366.

La abuela

Mirada dulce de Nazareno
adorna el nácar de sus mejillas
y esconde siempre bajo su seno
su amor henchido de maravillas.
Sus manos dulces pasan las perlas
de ébano y vidrio de su rosario
y quién diría, como yo al verlas:
¿Son el objeto de algún glosario?
Y yo que siempre traviesa he sido
registro cofres, desato flores;
y de sus manos, poema vivido
la historia encuentro de sus amores.
Azul el príncipe de la leyenda
marcó en su pecho la dulce llama:
juntos corrieron sobre la senda
y cimentaron la fuerte rama.
Árboles troncos de recia hechura
dieron al Cielo sus ramazones:
Natura pródiga en la hermosura
unió virtudes y corazones.
Las cenicientas hebras, despojos
de lo que fueron sus negros hilos
son ya del tiempo sólo rastrojos
que a flores dieron suaves asilos.
La saltarina voz de la abuela
que ingenuo y bello cuento desliza,
semeja a veces la rapazuela
de porte amable y dulce sonrisa.
Allá en el fondo del viejo armario
que guarda intacta la dulce historia,
sólo ha quedado como un osario
el polvo vivo de la memoria.
Lazos celestes, rosadas flores
que hablan de citas y de emociones
sellan las cartas de los amores
que unir pudieron dos corazones.
Y hoy al mostrarlos, dos lagrimones
corrieron suaves por las mejillas;
recuerdos gratos, dulces canciones,
olor a lirios y a manzanillas.
Ya el hombre bueno, fiel compañero
que dióle vida y amor de cuna,
descansa inerte bajo el rastrero
tallo de hierba, blancor de luna.
¡Mis tiempos idos!, dice la abuela.
¡Cuanto lamento que se hayan ido!
mis días risueños de ir a la escuela!
¿Mi pobre viejo? ¡Jamás lo olvido!
La viejecita que es fuerte tallo
enjuga el llanto; tenue sonrisa
salta a los labios y de soslayo
reprende al nieto por su malicia.
Pues ella ha visto que de su llanto
el niño ha reído mientras dijera:
“¿A un hombre extraño quisiste
tanto?
¡Jesús me valga! ¿Quién lo
creyera?

San José, Costa Rica, 1935.

Montalban, Gertrudis. (1935). Reproche. *Repertorio Americano*, 30(23), 366.

Reproche

¿ Por qué si mutuamente nos odiamos
hasta inferirnos daño en nuestra vida,
nos empeñamos en abrir la herida
de imaginar que siempre nos amamos?

Acaso la tormenta de la duda,
el saber si mis sueños se agotaron,
olvidando el dolor, verdad desnuda,
te hacen volver a tiempo que pasaron!

¿Por qué pretendes reanimar la llama
que en nuestros pechos encendió la hoguera?
No es cierto que el peligro no se ama
si de la fe no existe le ceguera?

Convencidos estamos que juguetes
de la suerte implacable siempre fuimos,
sin embargo, a la prueba me sometes
y de ella triunfaremos si sufrimos.

En la ignorancia del vivir me hallaste;
apenas de la grada en la penumbra
como un reptil a ti me sujetaste
y mataste mi fe; ¡ya hoy no te alumbra!

Porque tornaste en áspid ponzoñoso
el vergel de mis caras ilusiones;
¿cómo quieres ser fuerte y victorioso
si mezquindad revisten tus razones?

¿Olvidas la humildad? ¿De dónde vienes?
Del polvo de los años. ¡Presumido!
Hoy triunfas y en tu vigor retienes
las victorias que acaso has conseguido.

Pero, ¿y mañana? ¿Para dónde iremos?
¿Excepción eres del presente mundo?
“Somos polvo y al polvo tornaremos”
gusanos putrefactos de lo inmundo.

Mas no, ¿qué digo? en mi delirio ciego
mezclo emociones que expresar no puedo,
para ti el corazón siento de fuego
pero el perdón, jamás te lo concedo.

Cruda y tenaz en mi alma es la batalla
al contemplar mi templo destruído,
pero no importa, en mi interior estalla
la dulce floración de un nuevo nido.

San José, Costa Rica, 1935.

Montalban, Gertrudis. (1935). Resurrección. *Repertorio Americano*, 30(23), 366.

Resurrección

Arroyuelo serpentino de mi alma
que vendado recorres la vereda
de mi esperanza rota,
detén tu paso! préstame la calma
y refresca la rosa —enredadera
de mi vida, tristísima gaviota—
Remansos imborrables del recuerdo
dadme aliento! Haced que la añoranza
de los días de encanto en que me pierdo
recobre la dulzura de otros días. ¡Esperanza!
vestid mi corazón con la ternura
de humildad, como a mística violeta
que esconde su corola en la verdura.
Cristal como las aguas del diamante
y escondida en un manto de pureza,
retornaré a las manos del Altísimo
dejando en los zarzales, la aspereza
de mi vida de pobre caminante
que trocó en manantial su desventura.

San José, Costa Rica, 1935.

Montalban, Gertrudis. (1935). Verano. *Repertorio Americano*, 30(23), 366.

Verano

Poblachito del ensueño
bañado alegre de sol;
colinitas levantadas
por la bendición de Dios;
corre el aire rumoroso
cabe al río, saltarín,
y las hojas van cayendo
como lluvia del esplín.
Las carretas, paso lento
van subiendo la espinada;
de jugosa y dulce caña
por los tallos hacinada.
Y los bueyes mansos
siempre, en su pupila
retratan, el remanso
de la vida de este pueblo.
Cerros verdes, en la falda
de florcitas salpicadas
mientras pacen las vacadas
o sestean a los rayos
de ese sol que todo abrasa.
Por la noche, la tranquila
paz del alma. Sólo se oye
el lloriqueo de la chicharra
y el graznido de las aves
que anidan sobre las ramas.
Todo es sombra misteriosa:
las piedras que amontonadas
semejan vacas echadas
en el centro de los ríos,
mientras reciben airadas
el beso frío de las aguas,
que al chocar contra su mole
se retiran presurosas
en forma de albas guirnaldas
tejidas en cuento de hadas.
Todo canta o todo duerme
en este poblacho mío:
es el genio de la vida
concentrado en sus entrañas:
lento correr de la vida: el río
El secreto de la vida?
Insolable! La montaña!

San José, Costa Rica, 1935.

Odio, Eunice. (1947). Alba. *Repertorio Americano*, 43(25), 393.

Alba

Pájaro que albas madrugas
por posarte en ramas verdes...
Blas Franco.

Alba
de corazón amedrentado,
y de sandalia entre las hojas,
queda,
de crestas frías desbridadora
tenue,
en lumbre ardida,
y de color
abierta.

Frutal en corazón originado,
vierte el cuenco de alondras
para el día.
Cuerpo alegre quemándose los dedos
va el alba rosa en mineral vestido.

Alta está la azucena descubierta
donde un aire caído se apresura
a ser aroma donde el suelo brota.

Ahí donde el claror brisas deslumbra,
un buey azul, con deshojado belfo
la orla gastada de la luz consume.

Odio, Eunice. (1945). Alizarín. *Repertorio Americano*, 42(8), 122.

Alizarín[1]

(Canción)

Alizarín,

Pájaros polichinelas
dialogan en tu jardín,
diálogos de plumería.

Un pinzón trasnochador
piensa con alas curvadas,
que la alberca es un estambre
con fingimientos de agua
y espejitos amarillos.

Un grillo
con voz de duda,
hace una pátina blanca
para que duerma la luna,
y murmuren las cigarras
su sospecha cristalina.

Ay!
Con el viento se pierden
blancas ramitas del día.

---

1 De las canciones con tono de ay y almendras.

Odio, Eunice. (1945). Amores de Sor María de la Anunciación. *Repertorio Americano*, 42(8), 121.

Amores de Sor María de la Anunciación

A **Juan Manuel Sánchez**,
nuestro máximo Juan Manuel,
corno si fuera yo misma.

María de la Anunciación,
discípula de los chopos,
tenía un temblor de cristal
cuando dormía en el agua,

María de la Anunciación,
doctora antigua del huerto,
era maestra de grillos
y tejedora en la arena.

Sor María,
tenía un amor,
con los trascielos del agua,
tracielada se ponía
en desvestida fragancia,
y murmuraban los grillos
y descendían las cigarras.

María de la Anunciación
tenía un temblor de cristal
cuando en el agua callaba.

Odio, Eunice. (1945). Corazón con parque y niños.
Repertorio Americano, 43(25), 393.

Corazón con parque y niños

Angeles de cuatro sílabas,
llevaban tu corazón.

Lo dejaron en el parque,
—suma de arribo, temblor—
Contracielo del estanque,
agua que nunca llegó.

Ahora,
cuando los niños,
dibujan con tiza el mundo,
y llueve sobre la gente,
campanada de crepúsculo,
tu corazón a la sombra
consulta en los silabarios
lleno de pecho y de humo.

---

1 De las canciones con tono de ay y almendras.

Odio, Eunice. (1945). De noche, por esas noches, por esos muros. *Repertorio Americano*, 42(8), 121.

De noche, por esas noches, por esos muros[1]

De noche,
con la estrella,
se ve muy alto el muro vecino
sobre el mundo,
y hasta parecen muelles
en sus aguas gastadas,
y hasta hay niños que purgan
una pena de alondra,
De noche
con la estrella
hay corazones de hombre
que oscilan
sobre el muro.

1 De un libro en preparación.

Odio, Eunice. (1945). De un poema con cuatro acentos.
Repertorio Americano, 42(8), 121.

De un poema con cuatro acentos[1]

A Pedro Juan Labarthe,
mi poeta y hermano de siempre.
Por ahí viene volando
mi corazón de ajedrez.

No tiene bordes
ni diámetro,
ni camina con los pies,

tiene dos blancas ramitas
agudas de largos viajes,
y altas
si lo quiere el día.

Por ahí viene volando
mi corazón de ajedrez.

Mira si puedes cogerlo!

Una, dos, tres!

Corazón de blancas ramas
se te fue.
Ay!

Se te fué el corazón,

Mira si puedes cogerlo
otra vez.

---

1 Del libro por publicarse Filo de Luna Nueva.

Odio, Eunice. (1945). Del Almendrolón. *Repertorio Americano*, 42(8), 122.

Del almendrón[1]

El almendrolón
vive en el río florido,
y la almendrita,

ciñe verdes suspiros,
Ay!
Almendrita nocturna,
almendrolón dormido.

Quién te fuera llevando
inquieto
como te lleva el río
en su dulce espejito.

Maravilla almendrita
de espuma y sueño,
Almendrolón dormido.

---

1 De las canciones con tono de ay y almendras.

Odio, Eunice. (1947). Dos poemas para el desvelo.
Repertorio Americano, 43(25), 395.

Dos poemas para el desvelo

Hoy
como nunca.
Amado,
era tu nuca suave,

y tu mejilla,
un kilómetro blanco
que llegaba del aire.

Hoy
como nunca,
Amado,
se trasladan cerezos
a tu casa,

y por tu cuello pasan
en crucero,
ciertos peces rosados.

Yo,
entretanto,
fijo la variación coral
de los radiogramas,

y un río inédito
anota
sus mojadas costumbres
en tu pelo.

Verte
es no ganar aroma

Sino perderte en el viento.

Verte es no saber ya ver
purezas del jazminero.

Tenerte es traer el cielo
de cuatro puntos distantes.

Amor,

Emigrante azul,

Sub-rosa de los estanques,

Ah!

Qué dulcísima fábula
de azucenas extraviadas,

Qué ángeles de cuatro sílabas
entre el temblor de las manos,

Amarte

es no tener ya forma
para tu cuerpo e el alma.

Odio, Eunice. (1947). El grillo dibujador. *Repertorio Americano*, 43(25), 393.

El grillo dibujador

Sobre el umbral de las uvas,
un grillo con escaleras
dibuja su corazón,

Sobre escaleras quebradas
do re mi fa sol,

Sobre escaleras de vidrio
su corazón colorado
tin ton,

Escaleritas sonoras,
¿Quién quiere mi corazón?
Mi corazón verderín,
mi doblado corazón,
Verderín dibujador
naranjalito en el arbol,

Para tener sobre el aire
dibujado el corazón,

Quién tuviera
como grillo una escalera,
do re mi fa sol,
Una escalera de vidrio
tin ton

Odio, Eunice. (1945). En la tarde, en las ramas…
Repertorio Americano, 42(8), 121.

En la tarde, en las ramas…[1]

Tarde en las ramas y en el agua,
agua de la tarde.

y el vendaval sonámbulo
de la clara mañana
con dirección al faro
de insomnios trasparentes
de la tarde en el agua,

Ruiseñor
volador
un rosicler geométrico de alas,
rama del aire
en la ventana dulce
de la tarde en el agua.

1 Del libro por publicarse, **Agua, camines, clara. 2da, parte.**

Odio, Eunice. (1945). Esas mujeres perdidas… *Repertorio Americano*, 42(8), 121.

Esas mujeres perdidas...[1]

A **Nicolás Guillén**, enorme
poeta y gran amigo.

Esa mujer que vimos
pegándose a la luz,
apropiándose los faroles,
con los ojos en veredas caídas,

Señora exacta y sola es,

y va a morirse
en uno de estos días.

Me lo dijo en secreto
aquel señor que se nutre de
diminutivos
esclarecidos y esfumados
en las salas de fluoroscopía.

Yo la había visto ya antes;
cuando solía irse
entre las voces y los cuerpos
de los hombres,

Señora exacta y sola de la umbría,
limpia de albas presencias,
merodeando entre los brazos
hondos de los prostíbulos,

desafiante de coloraciones dudosas,

enlutado de tréboles
su cuerpo todo un gajo
de nocturnas perspectivas,

marchando tras las voces airadas y
rugosas entre predicadoras hierbas
y cacerías displicentes,

y ahora va a morirse,
decayendo,
tenaz en su morir,
líquido el paso
descontinuado y hosco,

Señora exacta y sola.
Limpia de albas presencias.

---

1 Del libro por publicarse **Pobre calle pobre.**

Odio, Eunice. (1947). Fantasma de San Jerónimo.
Repertorio Americano, 43(25), 393.

Fantasma de San Jerónimo

A Quico Fernández, en Granada,
Nicaragua, para que lo aloje
debidamente entre sus devociones.

Entre arcángeles y mangos
San Jerónimo bendito
resuena de enero a mayo.

Sansebastianes desnudos
amarrados a su pecho,
le sacan el corazón
con palitos y banderas.

San Jerónimo bendito,
— la barba en clave de sol
y aroma de crepé lila —
no tiene borde su casa
ni ganado su colina.

Solo,
por la carretera,
San Jerónimo declina,
mientras llueve le han brotado
recodos y remancillos.

San Jerónimo de día
pone la luz,
y en la noche
luceros y hierbecillas.

dic. 24-46.

Odio, Eunice. (1947). La clase de matemáticas. *Repertorio Americano*, 43(25), 394.

La clase de matemáticas

Al queridísimo maestrito Rocha,
profesor de Matemáticas en el
Instituto Nacional de Oriente,
Granada, Nicaragua.

El maestro recostado en un coseno
tira entre un lirio
un radical pequeño,

y el lirio eleva a quintas dimensiones
su número impreciso en la madera.

Mil números tirados en el aire
forman letreros, sumas, alfabetos,

letreros de clavel desintegrado,
alfabetos de química en bandera.

Un seis y otro seis equivocado,
juntan su atroz figura en un cuaderno.

lápices,
lapiceros
y compases
sufren entre las puntas de tos dedos,
un luto de ecuaciones y toneles,
y par la sien resbala como un eco
un cataclismo roto de papeles.

Gestos de sí y de no,
anotaciones hechas en bandeja,
aclaración menor en las pizarras,
duda tenaz entre la ceja izquierda
y la esperanza en puntas desvistiéndose.

Cambia de sitio el nueve contra el cuerpo,
el cero sulfuroso se apresura,
aguijonean al uno los escépticos,
se alegran de su forma las esferas,
y se descuelga el rombo a la pirámide.

Corre la dimensión hasta su borde,
gestos de sí y de no
lamen la lengua de las espirales,
Refractan los azules sus dos piernas,
los poros duelen, queman las pestañas,

onces de alambre acuden por el aire,
sietes de estaño llegan en bandada;

un diez redondo clama contra el muro,
aclaración mayor en las pizarras.

Un balazo de luz
quiebra su culo entre el reloj y salta,

mueren de atroz blancura las paredes,

Alisan su furor las progresiones,
cambia el cielo de rumbo,
de corazones las equivalencias,
de dueño el día,
de longitud los átomos.

Qué fracaso más alto
çontra el sueño!

Qué sueño más metódico
el del caos!

Odio, Eunice. (1947). La lluvia. *Repertorio Americano*, 43(25), 393.

La lluvia

La lluvia
ha dejado guardado su vestido,

para que no lo vean las furias,
para que no lo toquen los pararrayos
con sus dedos de vino
y llanto.

La lluvia,
melancolía de nube descendida,
ha dejado guardado su vestido
en las puntas del aire.

Sobre la falda
se pasean los pájaros,

entre su burla de agua
la sonrisa menor de los arcángeles.

Odio, Eunice. (1947). La madre soledad enlutada.
Repertorio Americano, 43(25), 395.

La madre soledad enlutada

La madre soledad
enlutada.

Está muy honda de día
y muy callada de noche.

Y es que de noche,
madre soledad
trota imperfecta en el muro

que la cambia,
de madre negra enlutada,
en forma de oro,
desnuda.

Odio, Eunice. (1945). Las alcaldesitas. *Repertorio Americano*, 42(8), 122.

Las alcaldesitas[1]

Las alcaldesitas,
una a una,
y dos a dos,
sueñan que el monte suspira.

Las alcaldesitas,
sueñan que se van al monte
por el río.

Era la tarde delgada
como una gota de lirio.

Las alcaldesitas,
pies en el tibio sendero,
ojos en sombra de almíbar
y labios en la alameda.

Soles en sueño se quedan,
el lucerón en el cielo
les repica sus espuelas,

Ay!

llevan ceñidas sus medias,
y en la mirada una torre,
Que las alcaldesitas,
vuelta abajo y sin veleta.

---

1 De las canciones con tono de ay y almendras.

Odio, Eunice. (1947). Lin lan cantaba la alondra.
Repertorio Americano, 43(25), 394.

Lin lan cataba la alondra

Lin lan
cantaba la alondra,

Lin lan
en torre de albahaca,

La alondra no sube al árbol
el árbol sueña que sueña
alondras sobre sus ramas.

Lin lan
cantaba la alondra,

Lin, lan
en torre de albahaca.

Golondrín deja en el aire
su corazón de doncella
prendido de la alborada,

Lin lan
suspira la golondrina
sus ternuras con el agua

y el árbol sueña que sueña
alondras sobre sus ramas.

Odio, Eunice. (1947). Max Jiménez ha muerto. *Repertorio Americano*, 43(1), 6.

Max Jiménez ha muerto

A su esposa.

Esperadme,

Que entierre a mi muerto

Ya regreso,
pero después de haber ido
con la noche a la altura del hombre,
no más arriba que mis ilusiones,

Después de entrar, a saco,
por la última esquina del sonido
corno una campana colérica
que afirmara
su estatura profunda en el vacío

Porque no es posible que nos falte,
de pronto,
dónde trazar el golpe de un abrazo,

Y después te traigan
entre olores manchados,
entre cirios,
y entre otros animales celestes y turbados,

Con una carcajada de hoja en la rodilla
y un resquemor de liquen royéndote los brazos.

Y nosotros,
aquí,
buscándote,
agolpada la voz al cabo de todos los caminos.

Ah
Hermano,
Camarada,

Tú eres el que no cayó solo,
por que contigo ha resbalado inmensamente,
al chocar de tu voz,
mi pálida intemperie traspasada,
mi condición extensa de animal unánime y caído
al comienzo casual de tu silencio.

Clima de vegetales clausurados ha, tu mano
de paz enajenada

Y tu ojo de altura y resistencia

Cómo partir ahora el pan,
en salud,
en guerra,
en alegría,

Sin tu cruel mansedumbre
junto a los alimentos y los pájaros.

Cómo ir,
ahora,
al orden perturbado de la tierra,

A la orilla cardial de tu mujer
que termina de llorar en los párpados,

Si estamos casi al borde de amarte más que nunca,
y conmovernos brutalmente
como un manojo de montes
en libertad de vegetar
y de morir.

Dónde ir ahora y viajar por tu sonrisa
dando golpes de sueño y de verano,

Con esta vocación de escalofrío
y esta pesada longitud de sombra,

Dónde poner mi claridad cayendo de si misma
y sollozando por los cuatro costadas que te nombran,
ya más arriba de tu frente consumada,

mucho más cerca, sí,
de tu caerte a plomo
como una dulce grey de edificios en marcha
con niños derribados y violines
y con el corazón a pie
como si hubieras muerto
y yo no hallara más pecho para la soledad.

Como si huyeras por la última esquina del sonido
en tanta cruel profundidad,
que llego, a penas hasta tu caída,
hasta tu forma en mi alma derrumbada.

Como si hubieras muerto

dejadme así llorando entre mis brazos,

Espeso el grito tierno y enterrado,

Esperadme
a que entierre a mi muerto,

Ya regreso

El corazón a pie
con el vacío.

San José, Costa Rica, mayo de 1947

Odio, Eunice. (1947). Nocturno de los niños. *Repertorio Americano*, 43(25), 393.

Nocturno de los niños

Las ranitas arlequines
se trepan a los aleros.

(La noche les abrió el corazón
y se los puso negro).

¿Habrá un sapito pintado
de bermellón y acuarela,

un sapito que sea pinturero?
  Negro
        Naranja
            y limón
¿Que les abra el corazón
y se los pinte de nuevo?
  Uno
        dos
            tres
sapitos de usos silvestres
pasan pintando jardines,

las ranitas arlequines
se mueren en los aleros,
Ay!

La noche les abrió el corazón
y se los puso negro.

Odio, Eunice. (1945). Nube y cielo mayor. *Repertorio Americano*, 42(20), 310-311.

Nube y cielo mayor

A los milicianos de dentro y fuera
Porque en España ardía la voz,

Ardía el vientre floral de la mujer
en cinta con el mundo,

Ardía la arteria triste desnudada,

Ardía el humus conciso de los hombres,

Ardía el húmedo estuario de tu daga
total y coronada.

Porque en España
se cubrían de lujosos cadáveres
los párpados de las muchachas

y el alba cercenada
soñaba con obispos y medusas,

y murmuraba el hombre su cándida estatura
más allá de su muerte conquistada,

Porque en España,
Miliciano español
encubierto de escombros doloridos,
y tu cielo veloz acuchillado,

Mientras los enlutados
perdían tu ancha jornada de magnolias,
y revolvían
hasta variarla toda,
la gracia popular de las tahonas,
tú estabas en la época lluviosa de tu sangre,

y tu cuerpo,
en aire de paloma entrecortada,
recorría este suave desorden de ecuadores,
esta fácil ternura de los rostros de América.

Salud
Miliciano Español
a tu frente miliar
y a la turbia excelencia de tu sangre,

Salud a tu mejilla levantada,

Salud
Miliciano Español

Discípulo tatuado
en la cubierta entraña de Guernica,

Salud al espinazo de tu espada,
Porque en España,

cuando los enlutados
pacían en tu dulzor enrojecido,
y comían de tu carne derramada.

Tú eras como un ángel escolar
en la esquina del mundo,

como un sol destapado con tu herida,
Salud
Miliciano Español,
griterío original de días degollados,

Herida desplomada en las puertas del hombre,

para que el hombre oyera
tu iracunda fragancia
y acogiera
el alto decaer de tu cintura,
el cálido color de tu armonía,

Salud a tu lacónica silueta
melancólico el gesto entre las rocas,
y la mirada envuelta en una lágrima,
Salud
hasta tu corazón más, íntimo,
y en tu sudor más íntimo,
y hasta en el dorso
más olvidado de tu hueso,
desordenado y alto,

Salud a esa tu muerte aun desechada,
tu muerte aun húmeda y sola
al socaire del olivo,

Salud
Miliciano Español,
Dinamitero que ardes
con tu boca en armas
y tu fragor al cinto,

Salud hasta en tu niño fusilado
que deslinda su ombligo entre tu frente,
Salud
Miliciano Español

Porque cuando en España
los arzobispos desfondaban a Cristo
y le pateaban el muslo y los dedos largos,
tú estabas con el rostro dividido
y con el sexo lleno de semanas
eternamente oscuras.

Porque cuando los militares de medio rostro
mutilaban la era embarazada
y se masturbaban la mente con un paraguas,
tú estabas cerrado a todas las sangres,
parado sobre todos los asaltos,

y tu cuerpo de suave corola destituída
tenía una voz para tu mismo cuerpo,

Salud
Húesped funeral y hermoso,

Salud
entre tu frente que está al socaire del olivo

aun sola;

porque aún
entre los relojes de los bufetes
y de los tocadores,
los arzobispos y los medios rostros de los traidores,
se masturbaban la mente con un paraguas,

y en tu España,
en la mía,
en la de todos,
aún arde tu cuerpo como un clavel de asalto.

Aquí,
amigo,

Miliciano español,
poblado, hermano nuestro,
sobre tu corazón de polvo y estampido
nosotros estamos parados al pie de las cosechas,

Sobre lo que parece que se ha roto en el llanto,

Estamos todos,
mostrando el tanto de brillo de una lágrima.

Somos los apasionados magníficos,
los pequeños exaltados
siempre floridos,

los de rostro transitable,

Estamos todos
esperando sobre la piedra erguida,
somos los de dentro y los defuera,

somos todos los americanos.

Odio, Eunice. (1947). Para las niñas que siempre están en la luna. *Repertorio Americano*, 43(25), 393.

Para las niñas que siempre están en la luna

En el río una niña
como cerezas
suspirando en el aire
su flor entera.

mientras pasan y pasan
con plumas quedas,
gallitos desmayados
y enredaderas.

En el río las niñas
comen cerezas

derramando en el aire
sus flores nuevas.

Flores con pies desnudos
y vientre alegre.

Niñas!

Niñas con violoncines
y cascabeles.

¿Dónde estarán los niñas
de medio rostro,

que enjugan con suspiros
su media sombra?

¿Donde estarán las niñas
de los arroyos,

las niñas desveladas
de capricornio?

Mientras pasan y pasan
por el sendero,
gallitos desmayados
y enredaderas.

Odio, Eunice. (1945). Pepón de la Campa. *Repertorio Americano*, 42(20), 311.

Pepón de la Campa[1]

A *Pepón de la campa*,
por su metro noventa
de estatura y sus dos
mil metros de España.

Pepón de la Campa Campa
Dinamitero insumiso,

Pepón te llaman a gritos,
turbiones de Guadarrama
y alertas de los olivos,

Pepón de la Campa Campa,
Dinamitero insumiso.

Pepón por ocho, costados,
Pepón por quince banderas,
y cuatrocientas heridas,

Te llevan veinte mil
[hombres
en sus solapas gastadas,
y en sus sudores más
[íntimos,

Te llevan las niñas fértiles
en sus cinturas soñadas,
y en sus vientres españoles,

Pepón sin cielo sabido,
Pepón sin tierra del
[almohada,
Canta, canta la honda
[entraña,
Pepón de la Campa Campa,
en tu mochila de españas
un luto de sangre viva
por los altos olivares.

Dinamitero insumiso,

Dinamitero abrupto
de los propios andamios
[de tu frente,
Dinamitero inflorescente
de la vida
y de la muerte
en el huraño cielo de tu daga;

Piedra aguda en el aíre,
en tu espinazo mal herido
miras al bien sangrando,

Dinamitero de la Vida,

Mira que te están gritando
turbiones del Guadarrama
y alertas de los olivos

Pepón de la Campa Campa,
Dinamitero insumiso.

Costa Rica. 1946.

Odio, Eunice. (1947). Si pudiera abrir mi gruesa flor.
Repertorio Americano, 43(25), 394.

Si pudiera abrir mi gruesa flor

Amigo soy de los que nunca fueron domeñados,
de los hombres y mujeres cuyo ser nunca podrán domeñar,
de aquellos a quienes leyes, teorías, convenciones,
nunca podrán domeñar.

WALT WHITMAN

Yo no me dejaré humillar por las cosas irracionales:
penetraré lo que hay en ellas sarcasmo hacia mí;
haré que las ciudades y civilizaciones se me rindan;
WALT WHITMAN

En un lugar de le Mancha, de
cuyo nombre no quiero acordarme,
MIGUEL DE CERVANTES

Anita andaba en el sueño
con zapatos de vigilia,
ay Anita! por tus pies,
te van a negar el día.
Marzo del 46.

Si pudiera abrir
mi gruesa flor
para ver su geografía íntima,

Su dulce orografía
de gruesa flor;

Si pudiera saltar desde los ojos
para verme,
abierta al sol;

Si no me golpeara de pronto,
en la mejilla este cañonazo de sombra,

Esta orilla de silencio
que es lo que ciertos pañuelos
a la lágrima,
una cuneta blanca,
descubierta,

Si pudiera quedarme abierta al sol
como el sencillo mar;

Y alta,
recién nacida hija del agua,

creciera mi color
al pie del agua.
¿Por qué no he de poder
desnudarme los pies en una casa
en que los alfabetos
se trepan desde el labio a la palabra,

y en que duendes de menta
sirven de verde y florecida sombra?

¿Por qué no he de poder,
desnudarme los pies en una casa

en que todos los días un año
desviste su estatura melancólica,

y en que la costa azul de un relicario
guarda el retrato
de un vecino de mayo
que se ha ido?

Sin embargo,
no puedo desnudarme los pies en esa casa,
ni poner sobre la mesa el corazón.

Pero puedo
abrirme como una flor,

Y saltar desde mis ojos para verme
abierta al sol.

Granada, Nicaragua.
Junio 12—46.

Odio, Eunice. (1947). Si yo no fuera casada… *Repertorio Americano*, 43(25), 395.

Si yo no fuera casada…

Si yo no fuera casada,
me casaría con la alberca.

Entre el vestido de novia
y mi cabello desnudo
atracarían
mil promesas de agua.

Cambiaría el cielo de manos,
de rumbo azul la azucena.

Y yo entre la lengua quieta
del agua desdoblaría,
ternuras de un vestido,
y escuadras de mar y tierra.

Si yo no fuera casada,
en un bar de mariposas
me casaría con la alberca.

Odio, Eunice. (1945). Sobre la muerte de Fernando Brenes. *Repertorio Americano*, 42(20), 144.

Sobre la muerte de Fernando Brenes

Hablo en nombre de todos
Con la mirada huyendo en una lágrima,

Cómo hacemos, amigo,
para decirte,
que estamos casi al frente de nuestro cuerpo,
desgajados
puros
en pleno alumbramiento con tu muerte,

Cómo hacemos con tu velocidad aniquilada,

Cómo hacemos, amigo, para decirte
que estamos más arriba de la frente,

Que hemos Ilegado a tu ciudad muy húmedos,
todos al borde de un escalofrío,
al filo de una lágrima,

Cómo hacemos todos
llorando a la orilla virginal de tu pañuelo,

Cómo hacemos
amigo, para decirte,
que tu semblante sube aislado y hondo,
y tu paso adelántase suavísimo,
a tono con el fiel de la congoja,

Porque es que ahora
se detiene tu olor en la fragancia,

y tiene un gesto de agua
tu silencio,

Porque es ahora que se pone
tu carne toda larga,

tu piel toda brumosa,

y tu materia esquiva
se vuelve terminante a cada beso,

Cómo hacemos
tan turbios, nosotros,
como establos,
como piedras,
tan tersos todos,
tan cambiados;

Tan faltos hasta de tu solapa familiar,

Si la brutal ternura se amontona,
y el cielo cae de tu alma
en cada pecho,

Cómo hacemos,
hermano
para decirte

Costa Rica, enero 8 deI 46.

Odio, Eunice. (1945). Subiendo van al Monte…
Repertorio Americano, 42(8), 122.

Subiendo van al monte…[1]

Clavelito de almendra,
Ay Clavelito!

Subiendo van al monte
los peregrinos,
a lavar una torre
de cien suspiros,

Ay!
Claveles dormidos.

Ay!
Clavelitos,

Amores van en sandalias
cruzando el río,
para ver a la niña
lavando lirios.

Ay amores,
por el aire y por el río!

---

1 De las canciones con tono de ay y almendras.

Odio, Eunice. (1947). Yo no te había visto, rosal…
Repertorio Americano, 43(25), 395.

Yo no te había visto, rosal

Yo no te había visto,
rosal,

pero un día
supe que ahí,
en la tarde,
cayendo de sí misma
se te ahondaba una rosa,
y hábiles deshojaban
tus pétalos
menudas cercanías
de palomas.

Leal, Adela. (1947). El maíz. *Repertorio Americano*. 43(24), 378.

El maíz

Se oye un rumor de esperanza
el campo verde y puro;
se ven trazas de labranza
y habrá pan, yo lo aseguro.
Como un mar verde se mece
la milpa que ya han sembrado,
y como cada día más crece
pronto será cosechado.
Se ven rubias cabelleras
que se mecen al compás
de un vals que ejecuta el viento
con su orquesta nada más.
Mas el tiempo va pasando,
ya el maíz maduro está;
ya lo están recolectando
y qué bien, pues pan habrá.

Sta. Cruz, Guanacaste, C. R., 1947.

Padilla, Rosario de (1947). Amanecer. *Repertorio Americano*, 43(8), 126.

Amanecer

Todo es alegre en el monte!
Todo es alegre en el campo!
—Mira! el sol sobre los cerros
cómo se mece bailando!

Los pájaros acompañan
con su música de sabios.
—Hay chirridos en los huecos!
Los reptiles y los sapos,
quieren unirse a la orquesta
y en el pozo están las ranas croando!

Las mariposas vestidas
con los colores más raros
son las reinas de la fiesta
no se cansan de dar saltos!

Y hasta el agua del remanso
al chocar contra las piedras
hacen un compás de tango…!

Todo es alegre en el monte!
Todo es alegre en el campo…!

Padilla, Rosario de (1945). Delirio. *Repertorio Americano*, 48(12), 183.

Delirio

Tuve nuevas visiones
en mis ojos cansados...
Destellaron mis manos,
que se hallaban inertes,
mi boca floreció al nombrarte despacio,
deshojó el corazón la rosa del pecado.

Serpentinas de fuego
chispearon el espacio
y se rasgó la incógnita
al mirar a mi lado,
las sandalias dormidas
en su estuche de raso,
y una dulce penumbra
matizando los cuadros...

La visión me hizo daño
en la noche de insomnio...

Vi la sombra de mi alma
y la miré llorando.

Era tan limpia como la luz de los astros,
en sus manos vi nardos...

Sentí mi corazón gotear el desencanto.
El grito llegó al fin,
pero vino cansado.
Mas no perdí el anhelo...
Aún estaba dormido
el inconsciente casto...

Una campanada agitó mi silencio,
entreabrí el pensamiento
y miré las estrellas largo rato
hasta verlas perderse en el espacio.

Y aún estaba soñando
con vergeles de espinas
y con rosas de llanto.

Padilla, Rosario de (1945). Duda. *Repertorio Americano*, 48(12), 183.

Duda

El paso ansioso... la mirada cumbre
del que quiere abordar el infinito...
Una calma que raya en el delito.
En la estufa, muriéndose la lumbre.

El reloj atrasado por cumbre;
En el suelo, olvidado el manuscrito
Un rostro cadavérico y contrito
y un corazón que nana pesadumbre

Un relámpago traza su luz roja…
Un trueno que retumba en la congoja
como un dardo de duda y de desvelo...

Enciende las tinieblas del engaño,
los minutos se alargan como un año
y dos ojos imploran hacia el cielo.

Padilla, Rosario de (1947). Éxtasis. *Repertorio Americano*, 43(2), 26.

Éxtasis

Para el maestro
don Roberto Brenes Mesen

Me miro; en sus ojos ví la lumbre
y me llegué hasta él con inocencia.
No fue más pura el agua de la cumbre;
y quedé impregnada de su ciencia!

Era arrullo su voz; sabiduría
oíle con fervor y saturada
de sus palabras claras como el día
abrieron en mi vida una alborada. . .!

Largo rato sus frases me llevaron
a otros mundos recónditos y bellos,
mis ojos al mirarlo se enturbiaron. . .
era tanta la luz de sus destellos!

Y quedaron grabadas en mi mente,
y soñé con el sol y las estrellas,
me remonté a los cielos dulcemente
siguiendo los designios de sus huellas!

Costa Rica, junio de 1947.

Padilla, Rosario de (1947). Jardinero ¡tengo sed!.
Repertorio Americano, 43(8), 126.

Jardinero ¡tengo sed¡

Jardinero de ojos negros, ven a regar mi vergel
están las rosas marchitas, y los geranios también.
Sus pétalos se deshojan, porque tienen mucha sed
Dadles agua, dadles agua, jardinero es tu deber,

Jardinero de ojos negros, ven a regar mi vergel.

¿Por qué, Señor, has deshecho este huerto de placer…?
Hoy es árido sendero, sin aves, flores haced
que esta tierra ya reseca vuelva pronto a florecer.
Ya no hay sombras, ya no hay césped, y las abejas
se han ido a libar lejos la miel..!

¡Manda acíbar de tus vides!
¡Mándame agua de tu edén!

Miré llorosa: la tierra, perlaba en gotas mi sien
Y de pronto en todo el huerto
brotaba agua por doquier! En surtidores de plata,
se bañaba mi vergel…

Jardinero de ojos negros mira mis rosas de ayer
están lozanas y frescas, tú les diste de beber!
Has revivido mi senda con el milagro al verter
tu cántaro en mis rosales, que hoy han vuelto a florecer.

¡Jardinero de ojos negros, es de los dos el vergel…!

Costa Rica, 1947

Padilla, Rosario de (1947). La esfinge del amor. *Repertorio Americano*, 43(8), 126.

La esfinge del amor

Era mi vida pura cual diáfano penacho
Era mi risa alegre, manantial de cristal,
Era mi cuerpo esbelto cual palmera del trópico
Eran mis ojos dulces con luz de despertar…!

Soñaba con las tardes cubiertas de celajes
Amaba las mañanas bañadas por el sol!
Y las noches serenas coronadas de estrellas
Filtrábanse en mi alma llegando al corazón!

Gustábame ataviarme… Tocaba la guitarra
Cantábale a los pájaros con toda mi pasión!
Corría por los campos en busca de las flores
Para adornar mis crenchas, y darles suave olor…

Era feliz entonces, en una tarde efímera
Dios misteriosamente te puso en mi camino..!
Te amé intensamente; se encendió toda mi alma,
Y tuvo colorido mi vida y mi destino.

Mas no todo es dulzura; hay un poco de llanto
Alguna nubecilla nubló mi fantasía…
Al ver el sol grandioso muriendo en el ocaso
Se fué en mi paraíso la paz y la alegría…!

Pero un día me dejaste naufragando en la vida!
No alcancé mi quimera y murió mi ilusión,
y ni el polvo siquiera que dejaran tus huellas
Me dejaste; ni eso, sólo llanto y dolor!

Y fué mi vida lágrimas, y fué mi risa mueca,
Y fué mi cuerpo tronco doblegado al dolor…
sólo mis ojos fueron serenos, y más tristes
al sepultar en ellos la esfinge del amor…!

Padilla, Rosario de (1945). La partida. *Repertorio Americano*, 48(12), 183.

La partida

Partí; se oscureció mi entendimiento,
El rumor se esfumó en la lejanía
Oí tu último adiós... llevé tu acento
al azul de mi loca fantasía...

Nube que pasa... se la lleva el viento,
nota perdida de mi sinfonía...
Qué tristeza vivir sólo un momento...
si es eterno el romance y la poesía.

Así pensé cuando cayó la palma,
partí con ilusión dentro de mi alma
en velo gris, envuelta mi tristeza...

El paisaje ahuyentó mi pesimismo.
Ensayé una sonrisa de mutismo
al aliento de vida y de promesa.

Padilla, Rosario de (1945). Lluvia. *Repertorio Americano*, 48(12), 183.

Lluvia

Paso las horas mirando
tendida sobre el diván,
cómo azotan mi ventana
mil lágrimas de cristal.

Llueve, llueve lentamente...
en el gris atardecer.
Nubes grises... gris presagio...
Ceniza en todo mi Sér.

Humo en mi boca, en mis ojos,
fantasma del vendaval,
como hipnotizada miro
a mi ventana llorar.
Y mis ojos se me llenan
de lluvia, llanto y cristal.

Padilla, Rosario de (1945). Miedo. *Repertorio Americano*, 48(12), 183.

Miedo

Hay temblor de hojas de palmera
en tu alma...
Espero... espero... espero, tu Palabra.

Un raudal de ternura se deshoja
en tus dedos...
Ocultas a la luna, en la flor de tus ansias

Prendida en el balcón de tus pestañas.
Hay estrellas...Pero tú las apagas.

Deja vagar las pinceladas...
deja que corra el óleo de tu vida
profana...

Navegante de la bruma...
Fantasma del silencio
Si las alas de tu sombra están cansadas
entonces...espero tu palabra.

Guatemala. 1953.

Padilla, Rosario de (1945). Nada. *Repertorio Americano*, 48(12), 183.

Nada

Ni tu sonrisa...
Ni tu frase...
Nada...
Todo mudo quedó

Mataste el regimiento de alegría
y calló el tambor del corazón.

El alma huyó en pantuflas
hacia el viento; el viento en una nube
vió pasar: el llanto de la lluvia,
el llanto de las almas,
el llanto de las rosas.

El viento abrió sus brazos de molino
y al alma se llevó...
Doblaron las campanas del olvido,
doblaron en las bodas de dolor...

Ni tu sonrisa,
Ni tu frase...
Nada...
Todo mudo quedó.

Padilla, Rosario de (1949). Nocturno sentimental.
Repertorio Americano, 45(15) 230.

Nocturno sentimental

Dejad hilar mis pensamientos, en la rueca del recuerdo...

Es media noche y escribo en el silencio y la cama;
ni una brisa que haga ruido, todo dormita en la estancia…

Estoy triste: veo mi vida escabrosa y sin un fin.
La primera hoja del libro de los años que viví
está toda muy borrosa y no alcanzo a percibir
ni el pasado ni el presente, mi futuro se ha nublado en la página
diez mil…

Quiero escribir está noche de inquietud; no estoy soñando...
Aún tengo un poco de luz en mi mente y en mi mano.

Miro de pronto milagros: la pantalla de marfil
que tengo sobre mi mesa, gira y gira sobre sí...
y se apaga y se ilumina.
Como cine del recuerdo, de pronto veo revivir
los fantasmas del pasado... de lejos vienen a mí.
.....
Mi primer cuadro de vida: una niñita feliz
que juega todas las tardes con su perrito Mimí,
un bebé de celuloide y un pianito de París;
eran mis tres ilusiones... tres juguetes que perdí...!

Da otra vuelta la pantalla... quince años ayer cumplí;
tengo un traje color rosa, un anillo de rubí,
y un novio que escribe versos imitando a Lohengrín.
En el aire olor a vida, a claveles, a ilusión...!
Charrasquear de las guitarras: serenatas del amor...!
El amado que se acerca; sentir muy queda su voz.
Esperar en la ventana con los sueños del querer.
Luna, noches de verano; dulces horas del ayer...!

Traje blanco, velas pálidas, mucha luz en el altar.
Juntas las manos temblantes en plena felicidad...
esos cadenciosos ritmos de la música nupcial
me atormentan en esta hora de quietud y soledad:
llegan las notas ligeras como ramos de azahar.
Da otra vuelta la pantalla... mi vida jugando está
y los años van pasando: cinco, diez y muchos más...
Mi jardín ha florecido: tres rosas tiene mi hogar
que han perfumado mi vida con su risa y su cantar...!
.....
De pronto mi estancia queda sumida en la oscuridad
y mi lámpara nocturna no quiere más alumbrar...!
Los fantasmas del recuerdo, los fantasmas, ya se van;
mis manos, inútilmente, los pretenden sujetar
y sólo sombras me quedan en mi fría soledad...!

Y hoy, muy lejos de mi tierra, donde todo era esplendor,
conviviendo con la plebe, comiendo pan del Señor
sin discordias y sin llantos... y hoy veo a mi alrededor
ojos que miran con sangre, indiadas de perdición
donde levantan blasfemias, hablando en nombre de Dios;
comulgando con el alba prenden velas al Señor
y así encubren el engaño estas gentes sin fervor;
se creen Hombres Superiores y no tienen corazón...!

Y hoy te quiero más que nunca, tierra noble y consagrada,
heredera de Castilla, heredera de la fama.
Linaje puro y bravío de clarín y de batalla,
de raza que nació libre y que jamás será esclava...!

Volver a tener veinte años y vivir entre los sabios...!
volver a tener veinte años sin esclavitud y hermanos
en naciones y costumbres: centro-americanizados...!
Viviendo el Siglo de Gloria, de la atómica y del radio
en Costa Rica Española que a todos tiende la mano...!

Padilla, Rosario de (1947). Queja. *Repertorio Americano*, 43(8), 126.

Queja

“Alma mía comprensiva
“no me vengas a turbar;
“mira que estoy en retiro,
“vete, y déjame soñar.

“Anda al jardín del ensueño,
“a las flores, al palmar,
“donde están las rosas rojas…
“vete, vete a libar
“todo lo dulce que encuentres
“y llena de miel vendrás…!”

Mi alma partió sin enojos,
oí lejos su aletear,
mí cuerpo quedó en la sombra
mis ojos sin luz están
y mis manos quietas, pálidas,
no pueden acariciar…!

Entonces, llamé a mi alma;
Vuelve otra vez… ¿Dónde éstas?
Mi cabeza está vacía!
y no quiero ya pensar.
Eres tú mi complemento,
sin ti no puedo soñar…!
Tráeme toda tu dulzura,
Ven, que te quiero abrazar!

Ella se acercó despacio,
mas no me quiso mirar…
Sus ojos llenos de lágrimas
claváronse en el cristal
y la ventana hermanaba
con ella su hondo penar…!
Sus vidrios goteaban quedo
voltié a verlos sollozar,
y una sonrisa muy honda,
le dirigí al ventanal…!

Padilla, Rosario de[1] (1945). Seis poesías. *Repertorio Americano*, 42(6), 88.

La tragedia del T. I. 45

Sedientas de emociones y paisaje,
cinco águilas amantes de aventura,
sin presentir el término del viaje,
volaron con arrojo hacia la altura...!

El alma de los montes era pura,
ningún ser pisoteó su gran linaje;
y de pronto... ¡como una cortadura...!
se abrió campo, y cayó la cruz salvaje...!

La montaña moruna vió azarosa,
correr la sangre en su seno rosa,
como un bautismo que lo manda el cielo,

resignada recibe en su regazo,
cuatro vidas que pasan al ocaso
y un aguilucho que remonta el vuelo...!

1 Poetisa costarricense de moldes viejos con el verdadero concepto del modernismo: música, galanadura del lenguaje, sentimiento y pensamiento. Conjunto raro en nuestros tiempos. Entre el circulo intelectual ha sido la revelalación de 1945.- Anibal Reni

Marasmo

Cansancio perenne ya tienen mis ojos...
Y quiero cerrarlos para no mirar...
Nubes pasajeras, montañas dormidas,
Siempre el mismo cielo, verde azul el mar...!

Y el viento inclemente que lo mismo lleva:
Podredumbre, lodo y polvo de altar...
y siempre lo mismo donde existe vida…!
Qué habré de mirar...!

Seré de otra raza?
Nuevos horizontes de extrañas llanuras...!
Paisajes soñados de jade y cristal...
Un mar sin oleaje de muchos colores...!
Sentirme sonámbula por toda una vida...,
ver todo sin miedo de no despertar...!

Visión

Quiero vivir mi vida tan libre como el viento,
Asociarme a la estrella, asociarme a la luna...!
Radiante, esplendorosa como el hada de un cuento,
Se esconde y aparece, de nuevo entre la bruma.

Derramaré el almíbar en todos los senderos,
En tantas manos buenas anhelantes de flores.
Daré muchas estrellas a muchos pordioseros...
Que nunca vieron una brillar en sus dolores...!

Como una pitonisa yo llevaré mi nave,
Por mares y borrascas, uniendo corazones,
Iré en rayo de plata hacia el azul; soy ave.
Buscadora de ensueños, amante de emociones...!

Erguida y optimista, desde mi cetro etéreo,
Veré hormigas humanas cansadas de llorar...
Visión de media noche, se achica el hemisferio,
Y el mundo queda pálido, cual bola de billar...

Deja de ser ya mar

Eres el mar, invulnerable y loco;
yo soy la estrella y me reflejo en ti.
No te jactes de hundirme poco, a poco...
Estoy muy alta, y tú? Bajo de mí...

Eres el mar sarcástico altanero,
que se quiere salir de su lugar...
y yo soy las palmera taciturna
que ni siquiera puedes salpicar...!

Eres el mar, yo soy la salvavidas,
ni tú, ni el viento me han de estremecer...
no le temo a la furia de tus olas,
es un vaivén que me hace adormecer...!

Deja de ser ya mar, sé manso lago,
para poder tenderme junto a ti,
yo seré la ribera y a tu lado,
te daré sombra y vivirás por mí...

Coctel final

Sangre, miel y hiel con gotas de llanto:
ese fue el coctel que tuvo mi vida...
Elixir diabólico que apuré gustosa...
perfume romántico, almíbar suicida...

Subí a la montaña; contemplé extasiada,
la gran maravilla del sol cuando muere...
Ví luna amarilla en el cielo azul,
culebras de fuego buieron mis ojos...

Mojóme la espalda la lluvia inclemente.
Anduve entre rosas, anduve en abrojos.
Fuí al templo y piadosa bendije mi frente.

Amé en las tardes quietas y ambarinas...!
Lloré en las noches negras como el mal...
Aprendí a reír de muchas maneras,
mimosa, serena, burlista, y fatal.

Jugué con las olas y fuí la sirena
de playa aromada de yodo y del sal...
Todo lo he tenido todo lo he probado
Hastiada ya al fin...

Cerraré mis ojos para no ver nada,
taparé mi oído para no oír nada...!
Y sobre mis labios pondré mucha miel...!
Con gotas de llanto, con sangre y con hiel...!

Mujer

Sumergida en el mar lo hago mi lecho
en sus olas dormito a mi placer,
hamacada en su sábana de espuma
viviendo la ilusión de algún querer.

Contemplo con fervor el firmamento,
quisiera conocer su gran poder;
arrullada me duermo entre las ondas,
mirando las estrellas sin querer...

Y sueño que soy luna esplendorosa...
Amando mar y cielo de una vez...
El llanto celestial moja mi rostro,
el mar lame mis manos y mis pies.

Amada así, mecida por las olas,
despierto al fin soberbia de placer,
con mi velo de espuma y de rocío
y corona de perlas en mi sien...!

Y allá en el cielo? hay guiños de mil ojos...?
Desafiante los miro con desdén,
monstruosamente azul y soberana...
Me siento reina porque soy mujer…!

Padilla, Rosario de (1947). Sueño alado. *Repertorio Americano*, 43(8), 126.

Sueño alado

Me remonté al Cenit ebria de altura
encendida la luz del sentimiento
volé… volé arrastrando mi amargura
los astros desafié del firmamento.

Así llegué, audaz en mi locura,
cerré los ojos y cambié mi acento;
el destino acogió mi desventura
y me perdí en los ámbitos del viento.

Mas sentí que al llegar mil chispas de oro
cegáronme al instante mi decoro
humillado quedó... Voló el anhelo.

Deseché una a una mis querellas
tuve grandes amigas las estrellas
y la luna sonrióme desde el cielo.

Padilla, Rosario de (1945). Tendida en la playa. *Repertorio Americano*, 48(12), 183.

Tendida en la playa

Mil dedos verdes de palma
van diciendo adiós al viento.

Una barca solitaria
en la playa está durmiendo.

El sol cerró su ventana,
las aves vuelan ligeras
derramando sus colores
en el arco iris de seda.

Paisaje falto de luna
y de novios que se besan.

Paisaje para la celda
de sor María Magdalena...
Paisaje para la alcoba
de la blanquísima abuela

Paisaje para la choza
del pescador que se aleja...

Mil dedos verdes de palma
abanican mi pereza.

Tendida sobre la playa
miro la primera estrella...

Padilla, Rosario de (1945). Todo terminó. *Repertorio Americano*, 48(12), 183.

Todo terminó

El mar fué mi amigo.
El mar me comprendió.

Tendida en la playa,
lloré tu amor.

Me quedé contemplando largo rato
la agonía del sol...

Encendí la linterna del olvido
y alumbré el corazón

Y vi que estaba muerto... Mudo...Frío.
En las aguas, tu imagen se borró
Sacudí la cabeza a los recuerdos,
y cerré con llave el corazón.

Tiré la llave al mar,
y todo terminó...

Penón de Abbad, María Socorro. (1951). Amores.
Repertorio Americano, 47(8), 126.

Amores

Amores blancos, castos amores,
cantan en la vida como ruiseñores.
Cascada de bálsamo sobre las heridas,
luz e idealidad
amparo y consuelo en la adversidad.
Amores rosados, sueño inmaculado
de la adolescencia

Celeste visión de un mundo sin duelos,
sin odios ni celos.
Fuente de ilusión.
Castillo de naipes sobre el corazón.

Amores; rojos amores.
Rumor de cantáridas, desesperación.
Agua que no calma la sed que devora.
Llama que consume honor, vidas, honras.
Abismo sin fondo. Angustia sin voz.
Fuente de dolor.

Penón de Abbad, María Socorro. (1951). Balada de los que quisiera ser. *Repertorio Americano*, 47(8), 126.

Balada de lo que quisiera ser

Para estos niños que pasan desvalidos,
sin pan, sin amparo ni abrigo;
quisiera ser fina misericordia,
que cubriera sus flacos miembros,
que aplacara sus hambres atrasadas,
que diera calor a sus tiernas
almitas desamparadas.

Para esa dura mirada, que quiere herir,
porque está humillada,
quisiera ser anuncio de alegrías,
venda de alivio para cubrir su herida.

Y para esos otros, implorantes ojos,
que buscan amores, ternuras y goces
que les son vedados,
manantial de limpio amor quisiera ser
para calmar su sed!

Penón de Abbad, María Socorro. (1951). La lima de los deseos. *Repertorio Americano*, 47(8), 126.

La lima de los deseos

Ahí está la puerta;
ahí está la aldaba.
Llama con fuerza,
la vida pasa.
Una voz pregunta:
—¿Qué deseabas?
Tú le contestas.
O todo, o nada!
Y los deseos como fantasmas,
innumerables formas detallan.
Aprisionarlos entre las manos,
eso pretendes, pero no puedes,
son como rayos de sol que escapan.
Prisma fantástico de la inconstancia!
Hora los quieres.
Después te inquietan.
Luego te cansan.
Tal es el término de nuestras ansias.
Tenerlo todo; y poseer, nada…!

Penón de Abbad, María Socorro. (1951). Las horas.
Repertorio Americano, 47(8), 126.

Las horas

Las horas blancas, las horas negras,
las que destruyen y las que enseñan.
Las horas malas, las horas negras.
Todas las horas de la existencia,
tienen su objeto, tienen su esencia.

No son en vano que hasta ti llegan,
van dirigidas por el Arcano,
Cumplen misiones y obligaciones,
todas las horas de la existencia.

El Alfarero que las modela,
te las envía como una ofrenda
No te entristezcas cuando son malas,
ni te entusiasmes cuando son buenas.
Guarda paciencia, pues son misterios
las horas todas de la existencia.

Penón de Abbad, María Socorro. (1951). Lirios azules.
Repertorio Americano, 47(8), 126.

Lirios azules

Lirios azules vieron mis ojos.
Azules lirios como miosotis.
Ángeles blancos, ángeles bellos
de azules túnicas.
Pálidas vírgenes de azules velos.
Azul transparencia de lejano cielo.
Ojos azules los de mi madre,
como lo de mis pequeños.
Vida teñida de azul reflejo.
Cielos y mares se dan un beso.

Penón de Abbad, María Socorro. (1951). Montañas de Costa Rica. *Repertorio Americano*, 47(8), 126.

Montañas de Costa Rica

Montañas azules,
sublimes montañas.
Terciopelo verde,
con luces moradas.
Por sobre los picos,
les tienden las nubes
sus velos de armiño.
Hermanas del cielo,
montañas azules,
guardadoras fieles,
de tesoros verdes,
de cascadas límpidas
preciosos joyeles.
¿Qué escultor modela,
vuestras formas suaves,
vuestras formas bellas?
Coquetas montañas
de gestos pueriles,
y de graves gestos,
de ofrenda y plegaria.
Vestales del mundo;
sublimes montañas!

Penón de Abbad, María Socorro. (1951). Perdónales Señor. *Repertorio Americano*, 47(8), 126.

Perdónales Señor

Perdónales Señor tanta bajeza.
Perdónales su falta de nobleza
Si ellos te perdieron en el camino,
si no han podido verte,
si no han sabido hallarte,
o no han querido;
perdónales Señor, apenas son niños
que cruzan entre sombras,
pendientes del abismo.

Sus pasos van inciertos,
sus voces están muertas.
Sus ojos sólo miran,
del mundo las mentiras.
Están en la agonía
de su materia viva,
sin luces que les guíen,
sin alma que ilumine
las tenebrosas sombras,
de sus inciertas vidas.

Penón de Abbad, María Socorro. (1951). Regreso del campo. *Repertorio Americano*, 47(8), 126.

Regreso del campo

Iluminadas de verde
me han florecido las manos.
Que vengo del verde prado,
y he cogido amado mío,
el canto del riachuelo,
la frescura de los montes
y el perfume de los lirios.
La resina de los pinos
se ha enredado en mis cabellos
y traigo un nido de pájaros
en el corazón dormidos.

Mírame amado a los ojos,
juraría que han cambiado.
No es posible que estén negros,
con el verde que han captado
Toda la savia del monte
por mis venas se ha filtrado,
y si me abrazas, amado,
toda la tierra florida,
estrecharás en tus brazos.

Penón de Abbad, María Socorro. (1951). Resurrección.
Repertorio Americano, 47(8), 126.

Resurrección

Señor, contigo estuve en otra vida.
Oí tu voz y compartí tu angustia.
Viví de tu pasión la muerte y gloria,
y ante mis ojos vi el milagro hacerse
historia.

Señor, tu mano acarició mi frente,
tu puro acento acarició mi oído.
Tu mano derramando haces de estrellas,
señaló un nuevo rumbo en mi camino.

Yo fui a tus pies sumisa como hierba,
y leve, cual aroma de los pinos.
tu fuiste en mi corazón sagrario vivo,
incensario de amor, dulce martirio.

Te amaba mi Señor, cómo te amaba!
Temblaba sólo al verte desde lejos.
Tu silueta era luz en mi memoria,
esperanza y dulzura en mi destierro.

Y te fuiste Señor; una mañana,
llegaste a mi heredad mudo y sombrío.
Dijiste adiós con sólo la mirada,
y te esfumaste después en el vacío…

Penón de Abbad, María Socorro[1]. (1951). Sangre Española. *Repertorio Americano*, 47(8), 126.

Sangre Española

Teñiste en rojo
sangre de España,
el estandarte
de las batallas.
Junto al acero
de bizarros,
nobles caballeros,
quedaste grabada,
en lance certero,
por defender,
el honor sagrado
de una mujer.

Sangre española,
generosa y pródiga,
te ofrendaste siempre,
en altares nobles.
En gestas que escalaron
las más altas cimas,
de la oblación.

Sangre de mi patria,
corres por mis venas,
y siento que en ellas,
me dejas la historia
de grandes leyendas
de mística gloria.
De ansia aventurera
de lograr victorias.
De emprender caminos,
que nos muestren siempre,
lo desconocido.

Sangre de mi España,
eres para mí,
el más grande dón.
Un rubí engarzado
en el oro puro,
de mi corazón.

---

1 Se llama María Socorro Penón de Abbad. Por una feliz coincidencia la conocí en casa de sus padres, recién venida de Curazao donde tiene su hogar y sus hijos. Recitó algunos de sus poemas y me dijo que esa inquietud había surgido en ella espontáneamente. Escuché con recogimiento aquel raudal de ritmos y cadencias y no pude menos de sentirme conmovido ante la presencia de una mujer, que como tantas otras, y tan gloriosas de América, vuelca sus sentimientos y ternuras en la copa azul de sus versos alados.

Ella es modesta. Nunca ha llevado a la prensa su nombre ni sus producciones. Dice que escribe por un impulso natural y por un desahogo de su espíritu que alivia los exquisitos brotes de su sentimiento. Vive ni envidiada ni envidiosa. En su lírico palacio de cristal arrulla sus recónditos ensueños lo mismo que caricia en sus cunas el caballo sedoso de sus hijos. Pero es necesario conocerla porque siendo hija de padres españoles, es también hija de esta tierra porque en ella nació con sus versos y a través de ella canta y porque a través de ella teje sus ternezas con las fibras más finas de su alma. Cabe decir, entonces, que la poetisa Penón es una escritora más en el templo de las artes costarricenses. Escuchemos el tañido de su arpa. Pareciera que en un jardín de ensueños se fuera acercando cautelosamente el milagroso paso de los ángeles. Gonzalo DOBLES.

San José, Costa Rica.1951

Penón de Abbad, María Socorro. (1951). Ven madre.
Repertorio Americano, 47(8), 126.

Ven madre

Ven madre;
siéntate conmigo.
Hagamos con tus sueños y los míos,
una tupida trenza,
que se enrede, como salvaje hiedra
por el tronco ideal de la quimera.

Ven madre;
dejemos ir al viento nuestras penas
y recordemos solo,
cual fresco manantial,
las horas buenas.

Ven madre;
que al reflejo de tus ojos azules,
protegida, amparada
bajo el ala amorosa
de tu tierna mirada,
te haré confidente
de las emociones que tengo
guardadas en arca sagrada.

Sabes, madrecita,
desde que hago versos,
se me ha revelado todo el Universo
Y sé tantas cosas que antes ignoraba
Quiero que las sepas,
quiero que las oigas
madrecita amada!

Povedano Loría, María Elena1. (1951). Bajo el dibujo chinesco del sauce... *Repertorio Americano*, 47(6), 84.

BAJO el dibujo chinesco del sauce;
en la noche, una pareja pequeña
quiebra una sola sombra en el cauce
del río que corre y que sueña.

Y un idioma que canta secretos
con ritmos de extraño sentido
inunda el bosque de retos
entre cantos de tórtolo herido.

---

1 Como profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Costa Rica, tuve oportunidad de conocer a la señorita María Elena Povedano Loría en uno de sus aspectos más interesantes. Me refiero a la capacidad amplia y fácil que posee para expresar sus pensamientos, ya sea en forma oral, ya escrita.

No solo piensa bien la señorita Povedano sino sabe comunicar esos pensamientos suyos dándoles la elegancia necesaria para hacerlos aceptar sin discusión.

Me preocupó ese aspecto. Como estudioso que soy de la Literatura Nacional me pareció ver en ella a un valioso exponente de nuestras Letras. Para fundar esa opinión, que
hasta
entonces era intuitiva, le pedí algunos de sus trabajos literarios en prosa. No sólo me entregó, con cierto injustificado temor, unas prosas sino las hizo acompañar por poesías suyas llenas de pensamiento expresadas en una forma que, sin exagerar, podría llamar impecable.

Desde ese momento mi opinión, ya reforzada por una realidad indiscutible, fue y es la de que en María Elena Povedano Loría tiene Costa Rica a una de sus mejores poetisas. Su forma es tan atractiva como lo es su fondo. Sabe sentir, sabe pensar, sabe decir esos sentimientos y esos pensamientos de manera que contagia a quien logra conocerlos.

José Fabio GARNIER

Povedano Loría, María Elena. (1951). Corona de navidad. *Repertorio Americano*, 47(6), 84.

Corona de navidad

En la ventana de enfrente
corona de Navidad
un niño dobla la frente
fuentecita de ansiedad.
En la ventana de enfrente
los gnomos bailan en cruz
dos de ellos con una fuente
y en ella un niño de luz.

Povedano Loría, María Elena. (1951). De lejos.
Repertorio Americano, 47(6), 84.

De lejos

Vivís de romances de viejos
flores de rostro risueño
Yo voy pasando de lejos
¡Cómo os envidio y os sueño!
Arremangada camisa
él viene descalzo y sucio
Pepe habla en secreto a Luisa
mientras se impaciencia el rucio.
Negras las trenzas de seda
brillantes de luz los ojos
entre sus manos se queda
la lluvia de sueños rojos.
Amor de los cafetales
¡Los rubíes campesinos!
causa de risas y males
en que cruzan sus destinos.

Povedano Loría, María Elena. (1951). Dos vuelos.
Repertorio Americano, 47(6), 84.

Dos vuelos

¡Oh intangible inteligencia humana!
que así vuelas por diferente ruta
Cual si toda la muchedumbre hermana
no se estremeciese en redonda gruta.

Grados infinitos en todo el cielo
marcando se hallan un arco inviolable
que no puede cruzar ese tu vuelo
y que a tus ansias alcanzar no es dable.

Pero, volad estremecida en ansias
id sin alas a temblar de amor,
que aunque recorras miles de distancias
retornarás a tu primer albor.

Tú augusta soberana; erguida
hacia los cielos de oro, ciencia azul
seguid do el ave del saber anida
pero siempre al amor irás unida

*

ANTE la mirada con que tú me bañas
muda y angustiada en aquel momento
vibraba un trepicar de fuerzas extrañas
todas desatadas por tu grave acento.

Loca yo de angustia; loco de soberbia
alta y luminosa, me despedazabas
y esos elementos me tenían ebria,
mas te perdonaba porque tú me amabas.

San José, Costa Rica, 1951

Povedano, María Elena. (1951). El castigo hace casto. *Repertorio Americano*, 47(6), 84.

El castigo hace casto

Así mucha gente dice
es que esta vida es muy dura
olvidan que Dios bendice
la fruta que está madura.
Madura bien el castigo
la vida, no, nunca es dura
jamás; es sólo amorosa
perdona bien castigando.
Perfume es el de la rosa
y... vive el cardo espinando.

Povedano Loría, María Elena. (1951). Es un niño enfermo. *Repertorio Americano*, 47(6), 84.

Es un niño enfermo

Mira... lo estamos matando
no ves que tembloroso el pobre
de tanto herirlo sigue pronunciando
débil, muy débilmente... tu nombre.

¡Detente! Que es un niño enfermo
míralo, ya no se defiende,
de frío; olvídalo sobre el yermo
en mi alma dolorida sus deditos hiende.

¡No lo mates, no! Si se está muriendo
déjalo en silencio ¡Ay! no hagas ruido
en silencio poco a poco se va yendo,
que es un niño enfermo nuestro amor herido.

Povedano Loría, María Elena. (1951). Mariposas. *Repertorio Americano*, 47(6), 84.

Mariposas

Llamárase sublime aquel instante
en que hubo una mirada de tus ojos
que pareció venir de lo distante
a cubrirme de cándidos sonrojos.

Recuerdos tales en el alma viven
prendidos entre amor y la inocencia
y teme el pensamiento que otros priven
de ese dulce soñar la conciencia.

Povedano Loría, María Elena. (1951). Por la que no fue. *Repertorio Americano*, 47(6), 84.

Por la que no fue

Y así vas prendido de otra mano
sin amarla y sin saber por qué,
sintiéndote siempre tan lejano
soñando con la sombra que se fué.

¡Ah! Los que buscáis un imposible
incienso entre formas de mujer
los que amais un recuerdo en lo intangible
simplemente porque no pudo ser.

Povedano Loría, María Elena. (1951). ¿Por qué?. *Repertorio Americano*, 47(6), 84.

¿Por qué?

Mariposas sutiles nuestras alas
¡Por qué amar la vida tanto!
por qué nos causa irremediable llanto
del fulgor de un instante separarlas.

Povedano Loría, María Elena. (1951). Reflejo. *Repertorio Americano*, 47(6), 84.

Reflejo

Han caído en la mesa de fino charol
todas desprendidas, pobres bailarinas
cuatro florecillas, flores danzarinas
con enaguas blancas, amplias de farol.

De la porcelana y del bacará
se asoman al borde, siete o doce flores;
“Sobre el agua negra, de ocultos rumores”
–ellas se preguntan: “¿Qué se sentirá?”

Povedano Loría, María Elena. (1951). Tu. *Repertorio Americano*, 47(6), 84.

Tu

Así como no tememos la muerte
porque vemos un más allá...
siento unida a mi vida tu suerte
No importa el sendero en que vaya

Tú existes ¡Sabe Dios dónde!
pero existes en mí
No importa el ser que te esconde
sólo sé que voy hacia tí.

Prieto, Emilia. (1955). La Princesa Parizada. *Repertorio Americano*, 49(5), 79.

La princesa parizada

a Cecilia.

La princesa Parizada
sea la de tu devoción.
Supo vivir lo que era
una noble convicción.

No dejó que la aturdieran
los gritos del fracasado
y se trajo de los montes
el pajarito enjaulado

y rama verde del árbol
que canta extraña canción
y en un cántaro aguas de oro
que dan la resurrección.

Fué a rescatar al hermano
convertido en piedra negra
y no se perdió al andar
por las encantadas selvas.

La princesa Parizada
la de las Mil y Una Noches
la que no les tuvo miedo
a las fieras ni a los hombres.

Costa Rica, Nov. 8 1936.

Renata Mersee[1]. (seud.). (1947). La misma vieja herida...
Repertorio Americano, 43(7), 110.

Los primeros pasos…

La misma vieja herida...

La misma vieja herida que se abre.
La misma que sangrara ya hace tiempo,
que creyera cerrada.
La misma que naciera
con el primer dolor
y que no sana
porque lo días, los seres,
se encargan de llenarla
con la hiel de otras penas
y la sal de otras lágrimas.
La misma vieja herida...
No es un nuevo dolor,
ni son nuevas las ansias
que desgarran.
Es que a veces el musgo
de los días más felices
nos la cubre,
y engaña,
y pensamos que ya cerró la herida,
y que el espíritu
ha nacido de nuevo,
sin nostalgias.
Pero no;
la misma vieja herida es
que no cierra y que sangra.

1*¿Renata Mersee?* Su nombre de pila es otro. Ella es de Puntarenas, colegiala. Le damos la mano y le decimos : Bienvenida! Prosiga. Hemos de escuchar otros sones que su lira nos promete.

Renata Mersee[1]. (seud.). (1947). Ludovico. *Repertorio Americano*. 43(7), 110.

Los primeros pasos...
Ludovico.

Ludo: narigudo, peludo, tosco y rudo.
Vico: panzón, calvo, bizco y rico.
Pobre enano Ludovico!
Es tu nombre detestable
una amarga biografía
de tus males y esperanzas,
tus defectos, tus andanzas,
y en su trágica armonía,
es tu solo nombre
un hombre
que conversa y desafía.
Siento darte tan mal rato
pero tengo que decirlo:
¡Si tuvieras otro nombre
que no fuera tu retrato...!
Pobre Ludo,
Pobre Vico,
pobre, pobre Ludovico.

Puntarenas, Costa Rica. Julio 1947.

1*¿Renata Mersee?* Su nombre de pila es otro. Ella es de Puntarenas, colegiala. Le damos la mano y le decimos : Bienvenida! Prosiga. Hemos de escuchar otros sones que su lira nos promete.

Sáenz de Miller, Virginia. (1950). Canto a mi patria.
Repertorio Americano, 46(6), 90.

Canto a mi patria

Yo soy hija verdadera de de la tierra tropical,
soy hija de Costa Rica,
y aunque mi padre fué un intelectual,
y aunque mi madre vivió en la capital,
yo soy sólo una nativa,
una hija verdadera de la selva tropical.

Si allí vivieran los indios mi piel sería morena,
si allí abundaran los negros mi piel sería carbón,
pero todos somos blancos descendientes de españoles
y por eso soy trigueña, y me creen una europea,
pero soy una nativa,
una hija verdadera de la selva tropical.

En mis años juveniles yo desee correr el mundo
y el destino, buen maestro, aquí me trajo a aprender,
y gozando del "confort" de la vida americana
yo añoro las bellezas de la selva tropicana
y cambiara mis sillones por la rama de un guayabo
en que joven me sentara con el futuro a pensar.

Aunque mi color es blanco sé que mi sangre es oscura
y que la triste historia india mi alma toda la vivió,
he trepado por las cumbres, he corrido por los llanos,
he bajado por los campos donde está el Reventazón,
me he bañado en las aguas de esos ríos pedregosos
y también en las tranquilas del Sixaola dormilón.

Mis manos saben a mangos, mis dientes a nances finos,
el café me dió su aroma y la caña su sabor,
he sufrido con los bueyes, con las aves he cantado,
he corrido sobre potros y me he quemado con el sol.

Costa Rica, tierra amada, lejos de tu suelo yo
soy como flor transplantada que no muere ni prospera
y vive esperando el día en que pueda a ti volver
para abrazarme a tu tierra, para bañarme en tus aguas
y volver a ser lo que era, tan solo una flor nativa,
una hija verdadera de la selva tropical.

Los Ángeles, diciembre 1949.

Soledad (Seud.) (1926). Hoy… *Repertorio Americano*, 12(19), 293.

Hoy…

Para Carlos Luis Sáenz

Hoy que estoy con el alma
enferma de dolor,
quiero pedirte, hermano
un rayito de sol.

Dame esa paz, hermano,
esa paz del vivir,
que tranquiliza el alma
y hace al hombre feliz.

…Es amarga la vida,
es muy largo el camino,
hasta llegar al fin
que nos trazó el destino.

Tú tienes esa paz,
esa paz del vivir,
que tranquiliza al alma
y hace al hombre feliz!

Costa Rica, 1926.

Torres, Olga. (1951). De ayer a hoy. *Repertorio Americano*, 47(9), 138.

De ayer a hoy

Esfinge es tu silencio y mi spleen el desierto.
Sobre mi arena blanca, como una maldición
se levanta tu cuerpo, inmóvil al recuerdo
que herido sangra y mana del pobre corazón.

De ayer a hoy, estoy como los lirios
que del tallo al cortarlos al punto marchitaron.
Y estoy como la llama de algún pálido cirio
conservando la vida, apenas oscilando.

Las preguntas se pegan a mis quietas pupilas
y mis labios se juntan en rictus de agonía.
En mis noches eternas, tibias lágrimas lila
se desprenden… en insomnes gotas de agua fugitivas.

La inercia de las horas me habla de amor y olvido.
Del beso apasionado que juntó nuestras almas,
de esta ausencia terrible donde el destino quiso
que surgiera el enigma de tu muda palabra.

Todo es tristeza en mí. Todo es hastío…
Me duelen las ideas y también los latidos,
estoy como en suspenso en medio del vacío
conteniendo el aliento y ahogando los suspiros.

Hoy, es mañana en mí, y mañana es lo mismo
que la frase sin eco que no llega a mi oído.
El ayer luminoso se quedó en los abismos
del tiempo, y en los hilos de sangre de mi pecho aterido.

Torres, Olga. (1951). Florecillas de amor. *Repertorio Americano*, 47(9), 138.

Florecillas de amor

Estanque el de mis ojos, donde el plumaje blanco
de un cisne melancólico, abanica sus ondas…
Ondas serenas que piensan cuando hay lágrimas sin llanto,
y florecillas que caen, del árbol que me da sombra.

Círculos que se forman de cinco pétalos lila
en mi agua limpia y clara…
Es que al caer las flores, sobre mi alma tranquila
giran en pensamientos, que recuerdos me dejarán.

Crepuscular… La tonadilla se escucha de una lejana campana,
y se columpian las ramas de las palmeras gallardas.
Un piar de dulce alondra se escapa desde la grama,
verde plaza donde juegan, las codornices pardas.

En tanto mi pensamiento, girando, siempre girando,
se está llenando de trinos, y de luces, y de agua…
Porque en mi estanque sereno, las ondas siguen bogando.
Con las alas del recuerdo de mi bello cisne blanco.

Estanque el de mis ojos donde se mira el cielo noche a noche, engalanado
con su mantón estrellado y su diadema de plata.
Donde se caen las flores, girando, siempre girando,
en pensamientos errantes de una inquieta cabalgata.

Y se me mojan los labios, y estoy bañada la cara
con el agua misteriosa de ese estanque de luz rara.
Y el árbol que me da sombra, las flores sigue dejando
en el enigma de mi agua…con cinco pétalos lila, girando, siempre girando

Torres, Olga. (1951). Rosas blancas. *Repertorio Americano*, 47(9), 138.

Rosas blancas

Si cual la flor se cuaja de rocío
yo me cuaje la boca de tus labios…
¿A qué saber si todos eran míos?
O si eran besos tristes… prolongados.

Porque tuve ansiedad de tus cariños
me torné mariposa y fuí a tu alma
y en tu cáliz, mis élitros "corpiños"
de seda, se rompieron y fueron rosas blancas.

Rasgué mis pensamientos… Desatinos
que locos se llenaron de ansias,
sangre que por las venas corrió en vino
y embriagó de placer mis carnes ámbar.

Y subimos por la escala tibia de los luceros
y hurgamos el espacio azul del firmamento,
recogiendo luciérnagas fuimos por el sendero
de los celajes rojos, conteniendo el aliento.

Gustamos de la fruta agridulce del beso
y tu mano en mis manos pensaba…
Cómo coger racimos para saciar con esos
la sed y el soliloquio, de tu muda palabra.

Y yo te di mi vida. En el extremo arrullo
de tu abrazo y mi abrazo, nacimos ágiles.
Mi amor era tu voz, mis ojos… tuyos,
y mis dedos entre tus dedos… frágiles.

No me digas que es tarde para cantar la vida
y subir a la cima celeste, del dios Eros.
Ven, para que oficiemos la dulce misa lírica
en el ara sagrada del supremo deseo.

Porque tengo ansiedad de tus cariños…
Mariposa de alas tenues volaré hasta tu alma
y otra vez destrozados caerán mis corpiños…
y de seda mis élitros, te darán rosas blancas.

San José, Costa Rica, 1950

Urbano Pérez, Victoria. (1953). Alma. *Repertorio Americano*, 48(2), 29.

Alma

Alma,
en el silencio que te abisma
muy dentro de mí misma,
palpo tu forma y te presiento
cual una ráfaga de viento
que se calma.
Soplo de viento fino
Perfumado en las tristezas
flotantes del camino
que atraviesas.
Yo te adivino
alma,
muy dentro de mí misma,
pues hoy callas y te aquietas
y te encierras en un prisma
de silencio cristalino.
No te opacan las negras siluetas
de misteriosas penas
y siento que corre por tus venas
la sabia erguida de los pinos.
Alma,
¡yo sé tu forma!
Te palpo y te presiento
como una inmensa forma
transparente y lisa,
o como una ráfaga de viento
hundida aprisa
en la calma que te abisma
muy dentro de mí misma!
San Francisco, California.

Enero 16 de 1952.

Urbano Pérez, Victoria. (1951). Inquietud. *Repertorio Americano*, 47(2), 29.

Inquietud

¡Sí, quiero vivir!
Chupar la vida
Hasta sus raíces
Y no dejar que ella
Me chupe a mí.
¡Morir, quiera tal vez!
Pero morir con toda
La potencia de mi juventud
En la plenitud
De mi vejez.
Porque me da miedo perder
El sabor que traerá mañana,
Dejando yo de ser
En hora muy temprana.
Y miedo me da también,
La firmeza de la muerte,
¡Tan abstracta y tan palpable!
Tan inerte...
Y sobre todo, ¡tan inevitable!
Porque no sé si tras el horizonte
Donde acaba la vida
Y que habré de traspasar,
Existe otra vida
Con otro verde monte,
Otro dulce cielo
Y otro inquieto mar.

Agosto 17. 1948

Urbano Pérez, Victoria. (1951). Tarde lluviosa. *Repertorio Americano*, 47(2), 29.

Tarde lluviosa

¡Cuán lluviosa está la tarde!
Un ruido se oye en los ventanales
Al golpear las gotas sus claros cristales.
En ellos apoyo mi frente
Que de fiebre arde,
Y al sentir mis lágrimas brotar de repente,
Pronuncio: ¡Cuán lluviosa está la tarde!

Allá, apoyada en los cristales de su ventana,
Está una viejecita de cabeza cana;
La miro contemplar con cara temblorosa
Las lágrimas que mojan su ventana,
Y presiento en sus labios: ¡Cuán lluviosa...
cuán lluviosa está la tarde!

Setiembre 22, 1943

Urbano Pérez, Victoria. (1951). Tormento. *Repertorio Americano*, 47(2), 29.

Tormento

Tormento de soledad
que no se llena nunca.
Ansia inacabable
de ternura
que es ya necesidad.
Delirio inmenso y palpable
de querer y ser querida.
Angustia que es locura
y tormento de mi vida.
Soledad que me llena
de rígido vacío,
y destila en mí la pena
de amoroso desvarío.
Soledad que se convierte
en anemia del corazón
que ya presiente
la agonía de mi ilusión.
¡Oh enorme tormento
que de mi alma se alimenta
sin nunca acabar!
¡Oh angustia de soledad
que hasta en el pensamiento
yace y se acrecienta
como una tormentosa
necesidad de amar!

Setiembre 3, 1948